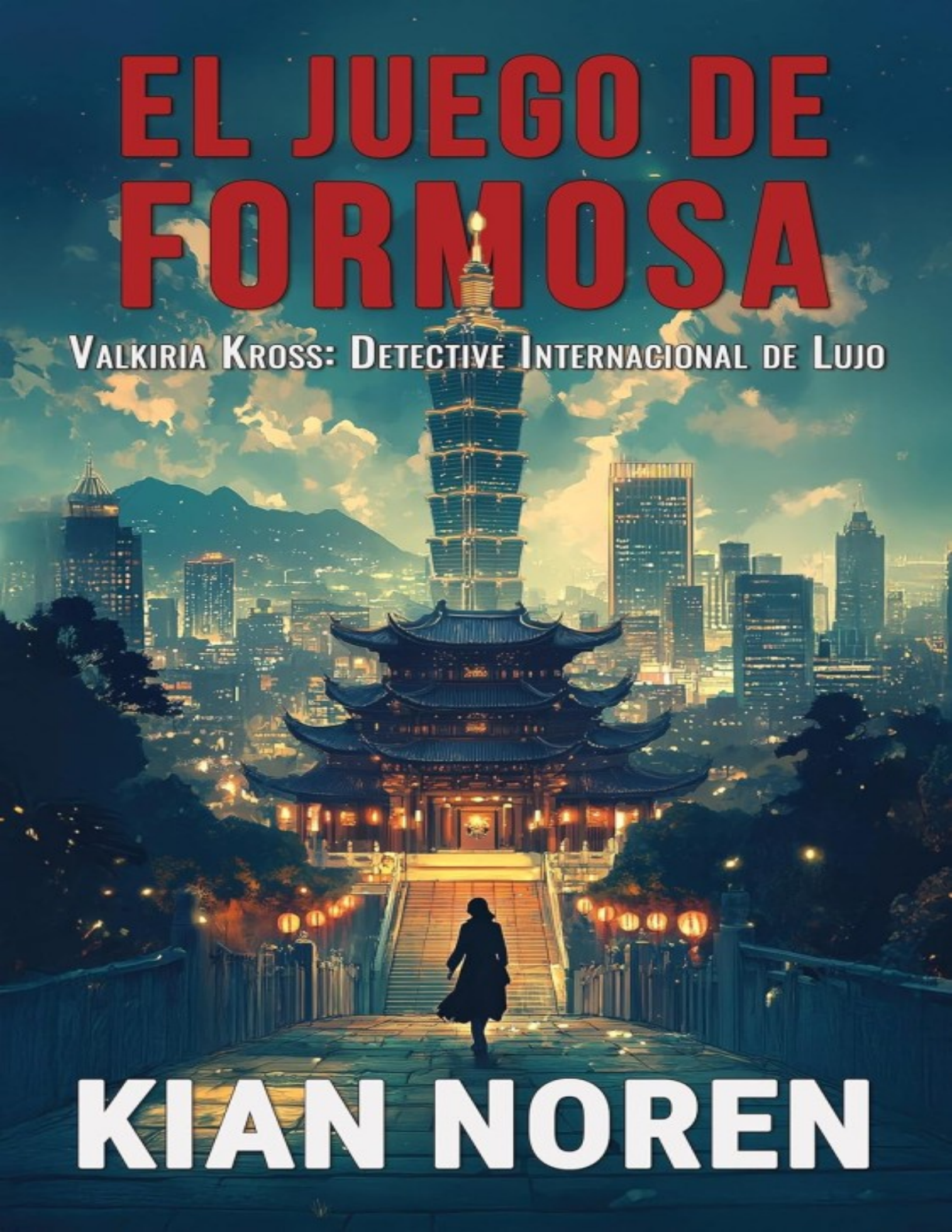
EL JUEGO DE FORMOSA

Valkiria Kross: Detective Internacional de Lujo



KIAN NOREN

EL JUEGO DE FORMOSA

Valkiria Kross: Detective Internacional de Lujo

KIAN NOREN

El Juego de Formosa — Valkiria Kross 2

© Kian Noren, 2025
© Alejandro Quijada, por la corrección

ISBN: 978-84-09-74439-8

Todos los derechos reservados para Kian Noren.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación y otros métodos sin el permiso previo y por escrito de este autor. Quien infrinja estos derechos podrá ser sancionado por la Ley.



VOROS
Studios

Hasta las piezas rotas pueden elegir cómo terminan el juego.

1

Siempre he odiado los aplausos. Nunca son para mí, son para la versión que otros creen que soy.

La vista que tengo es igual de abrumadora que surrealista. La librería más grande de Tokio, abarrotada de lectores. A mi lado habla Jac Ros, uno de los escritores más vendidos en los últimos años. Presenta *Sin testigos no hay crimen*, una historia de misterio ambientada en las montañas de Bulgaria.

Una historia real.

Una historia cuya protagonista soy yo.

Esta es la primera presentación del libro a la que asisto. También será la última. Me siento como una espectadora de mi propia vida. La gente me observa de reojo y cuchichea sobre mí como si fuera un personaje de ficción.

Jac me llamó la semana pasada para decirme que se acababa de publicar la traducción en Japón y que daría una charla para promocionarla. De casualidad estaba en el país y no me pude negar, sobre todo sabiendo que la última vez que nos habíamos visto fue siete meses atrás en la estación de buses de Bansko, al cerrar el caso en el que se basa el libro.

Mi vida ha cambiado tanto desde entonces que parecía la de una persona distinta.

Después del incidente en el hotel, Jac y yo tuvimos un par de reuniones online para que terminara de documentarse para la novela. Nada demasiado profundo. Como habíamos vivido lo mismo, no necesitó hacerme demasiadas preguntas. Le bastó con contrastar detalles menores. El primer borrador lo escribió en tiempo récord. Tanto Jac como la editorial querían sacarlo lo antes posible, aprovechando que el caso seguía fresco en la memoria colectiva.

Leer el borrador fue como verme desde fuera: mi memoria narrada por otra voz. Me descolocó reconocerme en una versión ajena de mí misma. Aun así, había que admitirlo: Jac sabía lo que hacía. Daba miedo lo bien que entendió mi forma de pensar, mis manías, mis miedos, incluso mis contradicciones. Y eso con apenas un par de

reuniones y unos días compartidos. Como si hubiese vivido dentro de mí más tiempo del que me gustaría reconocer.

El resultado fue una novela completamente realista. Incluso contenía particularidades tontas como que siempre estornudo tres veces seguidas, o la heterocromía de mis ojos. Dos elementos que eran innecesarios para la trama.

Esta mezcla de realismo y la forma en la que estaba narrada, junto a la relevancia mediática que ganó el incidente de Bulgaria, hizo que la novela fuese un éxito inmediato. Se publicó a mediados de julio, cuatro meses después de lo ocurrido en Bansko. Antes de que se comercializara ya tuve varios interesados en contratarme como detective privada, pues se me nombraba en las notas de prensa. Pero la cantidad de propuestas que me inundaron tras el lanzamiento fue embriagadora. Ahí fue cuando empezó la verdadera locura.

Las redes sociales que la editorial me hizo abrir se desbordaron de seguidores, a pesar de que solo tenía una publicación en la que ni siquiera se me veía la cara. En cuanto a los nuevos casos, filtré con cuidado hasta quedarme solo con unas pocas investigaciones que parecían serias y con potencial. Cuatro por ahora: dos en Europa, una en América del Sur y la última en Japón. Todas ya cerradas.

Devuelvo la atención a Jac y a la librería, en la que parece haber más personas que novelas. El escritor ha terminado de hablar y sondea al público en busca de preguntas. Esa es la parte que más me preocupa, cuando debo dejar de ser una espectadora para actuar como la celebridad en la que me estoy convirtiendo.

—Señor Ros, ¿no se le ha hecho raro aparecer como personaje en su propia novela?

«Si supieran el ego que tiene Jac…», pienso mientras me giro para escuchar la respuesta.

—No mucho, es algo que siempre he querido hacer. Está claro que no tenía la libertad de que el personaje actuase como quisiera, pues debía corresponderse a mi forma de ser y a los hechos ocurridos. Pero el verdadero desafío lo he tenido al escribir a Valkiria, a fin de cuentas, quería que la novela fuese lo más verídica posible.

Varias manos se alzan en cuanto Jac termina de hablar.

—A mí me gustaría hacerle una pregunta a Valkiria. —«Allá vamos», pienso acomodándome en mi asiento—. ¿Cómo te sientes ahora que eres famosa?

Me relajo junto a las risas de la sala. Ojalá todas vayan en esa línea.

El título que se inventó Jac se cumplió: me he convertido en una detective internacional de lujo, pero con menos glamour que en Bansko. No todos los casos son emocionantes y merecedores de una novela, algo que ya sabía de antemano. Las investigaciones han sido más normales, y aun así las he disfrutado. Ya acepté que, como mi hermano suele decir, para que en la vida haya verdor primero tiene que haber estiércol.

Libertad. Esa es la verdadera recompensa tras el caso de Bansko. No el dinero ni la fama, sino la libertad de hacer lo que quisiera, a mi manera. Claro que la libertad también tiene su precio: cada elección implica cargar con sus consecuencias. Aunque prefiero no pensar en las consecuencias que ya cargo.

—Pues tampoco sabría decirte que la pueda disfrutar. Es un honor que unas cuantas personas me hayan parado en la calle para pedirme fotos. El problema es que va un poco en contra de mi trabajo, cada vez tendré más complicado pasar desapercibida. Si esto no cambia, llegará un momento en el que los únicos casos que pueda resolver serán en mitad del Amazonas o en alguna isla perdida del Pacífico.

La audiencia ríe mi chiste y yo me relajo todavía más. Al final, la presentación no es tan terrible como imaginaba. Esta gente está aquí porque ha disfrutado del libro y, por ende, de mí. Debía reducir mi cinismo.

—¿Cómo supiste quién fue el culpable?

Sonrío y trato de explicar el razonamiento completo que seguí. Sin darme cuenta, estoy más de cinco minutos hablando sin parar.

—Si no te ha quedado del todo claro —añade Jac—, tienes una versión más entretenida de leer en el libro. Puedes comprar una copia firmada cuando terminemos.

Para mi sorpresa, la gente aplaude esa cuña publicitaria tan descarada. Es como si tuviésemos a un centenar de animadores

personales dedicados a dispararnos descargas de dopamina.

—Valkiria, he escuchado que estás aquí en Japón por trabajo. ¿Nos podrías contar más información sobre la investigación? ¿Se convertirá en tu siguiente libro?

—Lo dudo mucho —respondo, conteniendo una sonrisa—. La mayoría de los casos en los que trabajo no son tan glamurosos o intrigantes como el de Bansko.

El público aguanta la respiración, como si esperara escuchar el tráiler del siguiente taquillazo de Hollywood.

—Me contrataron porque, supuestamente, un espíritu rondaba un bloque de edificios. Los vecinos atestiguaban susurros nocturnos, sombras fugaces en los pasillos, incluso decían sentir caricias heladas mientras dormían. Pero lo más inquietante eran las manifestaciones físicas: objetos que se movían solos, luces que parpadeaban sin explicación. Todo muy cinematográfico…

Hago una pausa para mirar a Jac, que me observa divertido. Sé que ya está imaginando el primer capítulo.

—Pero resultó ser un inversor inmobiliario. Un tipo listo. Estaba manipulando a los inquilinos con historias falsas para generar miedo, provocar que se fueran y así hacer caer el valor de los pisos. Luego planeaba comprarlos todos a precios ridículos.

Algunas risas se escapan entre la audiencia, pero también noto cierta decepción. Como si hubiese arruinado el truco de magia revelando el mecanismo.

Las próximas dos preguntas son para Jac. Ya hasta me siento vacía cuando no soy yo quien recibe la atención. Por suerte, la siguiente persona en ponerse en pie me mira directamente.

—Valkiria, una duda que me quedó tras leer la novela es cómo reaccionaste a raíz del resultado final de los asesinatos. Es decir, ¿has contado con ayuda psicológica para trabajar el hecho de que no pudiste salvar a las víctimas?

El aire de la sala cambia. No hay silencio, aunque lo parece. La pregunta flota en el ambiente como un hedor estanco, y yo me convierto en una estatua. No pestañeo. No trago saliva. El corazón me golpea una vez, y luego se encoge como si intentara hacerse invisible. Siento el calor huir de mis mejillas, pero consigo mantener

el rostro quieto, intacto. Como si no me hubiera atravesado. Como si no acabaran de decir justo lo que más temía. No es una simple pregunta: es la pregunta. La que he estado silenciando bajo excusas y que ahora regresa con voz ajena para recordarme que nunca se fue.

—Eso sería muy peligroso —dice Jac cuando han pasado varios segundos en los que no he reaccionado—. Estoy hablando, por supuesto, por parte del psicólogo. Yo mismo me he metido en la cabeza de Valkiria y, si no eres ella, estar demasiado tiempo ahí puede provocar que se fría tu mente. No sé cómo ella es capaz de sobrevivir.

Un par de personas sueltan una risa vacía, y el ambiente se vuelve a destensar. Jac, con la soltura de quien lleva años enfrentándose a preguntas descarnadas como la que acabo de recibir, rápidamente señala una nueva mano.

Los treinta minutos restantes de consultas y comentarios vuelven a ser desenfadados, pero ya da igual. La preocupación que arrastraba desde hace meses ha salido de la botella y, al ser nombrada, ha cobrado un peso en mi mente imposible de revertir.

Cuando acaba la presentación formal, comienza la firma de libros, acompañada de canapés y cócteles. No sé si esto es habitual o si es el tipo de trato reservado a autores como Jac, pero no pienso quejarme. Intento llenar el agujero que se me ha abierto en el estómago con aperitivos que parecen diseñados para ratones. Y, sobre todo, intento esquivar a los lectores que vienen con la sonrisa puesta y preguntas afiladas, empeñados en meter el dedo en una herida que yo creía cerrada. Pero que, por lo visto, sigue sangrando:

¿De qué sirve detener a un criminal si no eres capaz de salvar a las víctimas?

2

El murmullo del público se filtra incluso a través de las paredes del baño. Me aparto del espejo y me apoyo en el lavabo, las manos húmedas, la mirada fija en un reflejo que se me hace ajeno.

Libertad. Es lo que este trabajo me ha dado. Puedo vivir donde quiera, moverme por el mundo sin dar explicaciones. Tengo más dinero del que necesito y una profesión que se me da bien y me apasiona. Sin embargo, aquí estoy, escondida en el único lugar de esta librería donde nadie puede exigirme una sonrisa. Porque esta libertad tiene un coste. Uno que nadie me avisó que tendría que pagar.

Cada vez que alguien pronuncia mi nombre en voz alta, es como si lo registraran. Como si no me perteneciera del todo. Me repiten que soy una inspiración, una figura pública, que ahora tengo una responsabilidad con mis lectores. Pero yo nunca firmé ese contrato. Solo resolví un crimen. Y ni siquiera son mis lectores, son los de Jac.

Me echo otra vez agua en la cara. Por un instante, me devuelve a mí misma.

Entonces escucho unos pasos, alguien entra en el baño. Sin pensarlo, me deslizo dentro de una de las cabinas y cierro la puerta con suavidad. Mi respiración se contiene por instinto. No quiero que me vean. No quiero que me hablen. No quiero que me digan que les cambió la vida un libro que no escribí yo.

Me dejo caer sobre la tapa del váter como si fuera un trono decadente. Uno de esos váteres japoneses a los que solo les falta cocinarte un huevo poché. Me apoyo contra la pared de la cabina y saco el móvil del bolsillo.

La pantalla está limpia. Ni una notificación. Pero no porque nadie me escriba, sino porque las tengo todas desactivadas. Una decisión que tomé el mismo día que me obligaron a abrirme redes sociales. Por salud mental, o eso me gusta pensar.

Abro Instagram. El alud de dopamina es inmediato. Cientos de menciones, historias, etiquetas. La mayoría vienen de la gente que está fuera, en la librería, comportándose como si fueran mis amigos

de toda la vida. Selfis borrosos donde se me ve de fondo, vídeos desde la fila, frases como «¡la conocí en persona!» o «¡es tan maja como en el libro!». Me río en silencio. Ni siquiera he hablado con la mitad de ellos.

Mi única publicación tiene decenas de comentarios nuevos. Es gracioso: el equipo de marketing me rogó que saliera yo, que pusiera cara a la historia, que fuese «accesible». Respondí que yo no quería ser accesible. Que ser accesible era una forma elegante de decir «abierta al consumo». Lo único a lo que accedí fue a mostrar las piernas. La foto es de hace varios años, tomada en alguna playa de Tailandia. Solo se me ve desde las rodillas hacia abajo, descansando sobre una tumbona. Ni ubicación, ni contexto, ni cara. Aun así, parece bastarles.

Me meto en los mensajes privados. La mayoría son dulces. Cándidos. Algunos dicen que el libro les ha encantado. Eso es mérito de Jac. Otros comentan que han visto alguna foto mía y que soy muy guapa. Eso es cosa de mis genes. Y francamente, ¿qué importa para ser detective? También hay quienes mencionan que les encanta mi humor irónico. Eso, sin duda, es culpa de haber crecido con mi padre.

Me piden que comparta información, que diga dónde estaré la semana que viene, que si puedo grabar un vídeo saludando a no sé quién. Cierro los ojos y respiro hondo.

Entre los mensajes, uno resalta: «Valkiria Kross Fan Club». Solo leer el nombre me revuelve el estómago. Esa cuenta me da náuseas. Es como esas historias en las que alguien entra a tu casa y duerme en tu cama sin que lo sepas. No cerré mi cuenta personal a tiempo y la mujer detrás de ese perfil descargó todas mis fotos y las republicó como si le pertenecieran. Como si mi vida, mis noches de resaca de adolescente y mis desayunos solitarios ahora fueran suyos por haber pulsado «seguir».

Reportarla no sirvió de nada. Creó otra. Y otra. Como una hidra digital con complejo de archivista.

Cierro Instagram antes de que me den ganas de arrojar el móvil por el váter japonés. Ya he tenido suficiente validación ajena por un día. Abro el correo, como si eso fuera a ofrecerme un descanso.

Error.

Ciento cinco correos sin leer. Ciento cinco. Y anoche dejé la bandeja de entrada en cero. Tengo una carpeta entera solo para peticiones absurdas. A este ritmo voy a tener que contratar a un asistente.

Abro el primero. Asunto:

¿Te interesaría colaborar con una marca de ropa sostenible?

Perfecto. Nada dice «resuelvo asesinatos» como una camiseta con la cara de Agatha Christie bordada en lino reciclado. El siguiente:

Querida Valkiria, somos una empresa de NFT que busca colaborar con creadores disruptivos…

NFT, por supuesto. Nada como convertir mis traumas en activos especulativos. Paso. Otro más:

Queremos invitarte a participar en un reality sobre detectives. Cada semana…

Cierro el correo sin terminar de leer. ¿Qué será lo próximo? ¿Una línea de perfumes con aroma a pólvora y frustración?

Suspiro. Me estoy pudriendo en el baño de la librería donde se presenta un libro sobre mí. ¿Cuánto tiempo llevo aquí dentro? ¿Diez minutos? ¿Quince? La gente debe de pensar que me estoy metiendo una raya de nicotina o practicando mi sonrisa en el espejo.

Dejo el móvil en el bolsillo y me levanto. Me lavo las manos, como si con ese gesto pudiera justificar mi encierro. El agua fría me sienta bien. Me miro en el espejo una última vez.

Ya basta de esconderme. Hora de volver al circo.

Nada más salir, Jac me intercepta. Sale del baño de hombres como si hubiera estado esperándome ahí fuera, con esa media sonrisa suya que mezcla complicidad y sarcasmo a partes iguales.

—Justo te estaba buscando —dice, como si no supiera que es la excusa más usada en los libros que él mismo escribe.

Asiento con la cabeza y dejamos atrás el gentío, nos escabullimos entre las estanterías como dos adolescentes que van a hacer algo prohibido. Me sorprende que nadie nos siga con la mirada. Quizá piensen que vamos a repasar el guion de las preguntas. O tal vez crean lo que sugirió aquella persona en Reddit…

Recuerdo el post perfectamente. Una teoría con hilos, emojis y análisis de capturas donde aseguraban que Jac y yo estábamos juntos. Que lo nuestro era evidente. Que él no lo había incluido en el primer libro para dejarlo como desarrollo romántico en la segunda parte.

Pensé en Naomi, su mujer. Solo intercambiamos un par de frases en una de las reuniones con Jac, pero me cayó bien. Supongo que ya estará acostumbrada a que cuchicheen sobre su vida. Sobre todo conociendo alguna de las fans que tiene él, que más que un libro de misterio, lo que necesitan es un psiquiatra.

Jac me mira con curiosidad sincera.

—¿Cómo estás?

Me permito soltar el aire. El suspiro es más largo de lo que esperaba.

—Bien. O lo estaba… antes de sentir tantos ojos clavados encima.

—Sí, lo he notado. Te observan como si bastara con que las miraras para resolver sus vidas.

Le dedico una sonrisa ladeada, pero no digo nada. Entonces se pone serio. O tan serio como puede alguien que escribe sobre crímenes y disfruta el drama ajeno.

—Sobre la pregunta… La de las víctimas de Bansko. Lo siento. No deberían haberte puesto en esa posición.

—Gracias —digo. Esta vez mi voz es más baja, casi un murmullo—. Pero no te preocupes. Al menos esta gente no está armada, ni me apunta con un cuchillo al cuello.

Jac suelta una carcajada breve, casi culposa.

—A veces unas pocas palabras hieren más que un arma, Valkiria.

—Puede ser —respondo, encogiéndome de hombros—. Pero al menos no te hacen puntos de sutura ni te obligan a ir al hospital.

Me observa como si quisiera decir algo más, pero decide cambiar de tema.

—¿Y? ¿Ya has encontrado otro caso digno de ser contado? Mi editor me preguntó hace dos días por tu siguiente historia.

Resoplo. No sé si reírme o esconderme entre las estanterías.

—Todavía no. Y aunque lo tuviera, no estoy segura de querer seguir ganando exposición. Una cosa es resolver un crimen. Otra es convertirme en la versión femenina de Sherlock con Instagram.

Jac abre la boca, dispuesto a replicar, cuando su manager aparece por un lateral.

—La fila para firmar libros no deja de crecer.

Su tono es urgente pero cordial. El escritor me lanza una mirada que sugiere «esto no ha terminado» y asiente.

—No te escapes —me dice, antes de desaparecer por el pasillo de novelas de ciencia ficción.

No contesto. Solo lo veo alejarse.

Al ver que varios lectores se acercan en mi dirección, me alejo entre las estanterías hasta detenerme en una sección al azar: Psicología, en su versión inglesa. Recorro los lomos con la mirada hasta que un título me llama la atención: *Arquitectura invisible: Cómo los modelos mentales moldean tus decisiones*. Hacía tiempo que no leía nada sobre el tema. Lo hojeo en busca de alguna idea útil, pero pronto me doy cuenta de que es demasiado básico. Inversión, la navaja de Ockham, el mapa no es el territorio, ensayos mentales… el ABC de esa materia. Algo decepcionada, lo coloco de nuevo en su sitio.

Tras quince minutos dando vueltas por las estanterías, esquivando a fanes y persiguiendo al del catering, empiezo a pensar en cómo escabullirme de ahí antes de tiempo. Se supone que esta tarde iría a cenar con Jac y su agente, pero lo único que me apetece es pasar por un ramen de camino al hotel para atiborrarme de comida contundente y apagar el sistema operativo de mi cabeza con alguna serie de entretenimiento barato.

Cuando la idea de no hablar con nadie más en las próximas horas me parece el paraíso, el móvil vibra. Me extraña el nombre en pantalla, pero sin darme cuenta sonrío.

—¡Mei! ¿Me llamas para decirme que vas a abandonar la partida?

Llevamos casi dos meses con la misma partida de ajedrez, la única

forma de comunicación que tengo con Mei Chen. Sin embargo, la voz al otro lado se entrecorta, casi con un llanto contenido.

—Val… —Escucho cómo traga saliva como si estuviese delante de mí.

—¿Qué ocurre, Mei?

—Necesito tu ayuda —dice con voz temblorosa y su marcado acento al hablar inglés—. Necesito que vengas a Taiwán.

De repente mi sistema está ebrio de adrenalina. Mi mente calcula decenas de posibles escenarios que justifiquen esa llamada.

—¿Cuándo?

Su respuesta es inmediata.

—Ahora mismo.

3

El traqueteo de las ruedas de mi maleta se diluye entre el bullicio de la gente. El tren del aeropuerto me ha dejado a diez minutos de la cafetería en la que había quedado con Mei. En solo siete horas, he pasado de la librería colmada de Tokio a Ximending, uno de los barrios turistas de la capital de Taiwán.

A estas horas de la noche la calle es un caos ordenado, como mi cabeza en estos momentos. Ruidos provenientes de parejas y amigos, luces cegadoras de motos y carteles publicitarios, olores fuertes a tofu estofado y a tapioca. Y aun con todo ese desorden, la armonía que lo sostiene genera una calma inesperada.

Mi mente está igual. Aún con las secuelas de la pregunta impertinente de la librería, ahondando en la culpabilidad que no me quito por lo sucedido en Bansko. Ahora se suma la alarmante llamada de auxilio de mi amiga, que me ha hecho tomar un vuelo con una rapidez sin precedentes. Ni siquiera me había despedido de Jac.

Aun así, hacía meses que mi cabeza no estaba tan centrada. Sé que me espera una investigación que va a exigirlo.

Llevaba años sin ver a Mei, manteníamos el contacto principalmente a través de partidas interminables de ajedrez. Nunca esperé que nuestra amistad se fuese a tornar en una relación profesional, sobre todo cuando me quiere contratar para recuperar a su hermana, a quien secuestraron unos días atrás. Viendo los, según ella, nefastos resultados de la policía, yo soy su último recurso para recuperarla con vida. Eso me bastó para subirme a un avión.

Reviso el móvil y doblo por un callejón secundario. Aunque apenas son las diez de la noche, las calles comienzan a vaciarse. Al llegar a la esquina, distingo la única cafetería que aún permanece abierta.

Al entrar escaneo rápidamente el establecimiento. Los camareros se preparan para cerrar. Solo quedan un par de parejas y un grupo de cuatro amigos, además de una persona solitaria en una de las esquinas. En esa mujer empequeñecida queda muy poco de la Mei risueña que conocí seis años atrás, en aquel torneo de ajedrez

universitario en Singapur donde terminamos jugando una partida tras otra mientras los demás recogían sus piezas. Yo aún estaba en el servicio militar, intentando no ahogarme entre órdenes y jerga táctica. Ella, con su mochila llena de apuntes y chucherías, fue lo más parecido a una amiga en esa tierra. Siempre sabía cómo arrancarme una sonrisa, incluso cuando yo no quería.

Con cierto reparo por interrumpir su ensimismamiento, me acerco. El traqueteo de mi maleta me delata varias mesas antes de llegar. La mirada de Mei brilla momentáneamente y le da la energía suficiente para ponerse de pie y abrazarme. Yo respondo al gesto con fuerza.

Por un instante, no estamos en una cafetería taiwanesa. No estamos en medio de un secuestro. Solo somos dos amigas reencontrándose. Pero su cuerpo tiembla. Se encoge entre mis brazos como si quisiera desaparecer. Me cuesta tragar saliva. Una parte de mí quiere protegerla, otra solo piensa en todo lo que ya debe haber sufrido.

Cuando nos separamos, su rostro vuelve a cubrirse con ese tono lúgubre que no recordaba en ella.

—Vaya aspecto que tienes… Si llego a saber que derrotarte tantas veces en el ajedrez te produciría esa cara, no lo habría hecho.

Mi intento de que esboce una sonrisa es inútil, pero al menos parece relajarse un poco.

Dejo mis cosas y me pido un descafeinado, ya va suficientemente rápido mi cerebro.

De regreso a la mesa, dejo que sea Mei quien marque el ritmo de la conversación. No quiero empujarla a abordar de inmediato el motivo de mi presencia.

Hablamos de lo único que parece abstraerla lo suficiente de su situación: del ajedrez. Comentamos la partida que tenemos a medias. Me explica la motivación detrás de sus últimos movimientos y yo le expongo por qué había sacrificado una torre y cómo estaba a dos movimientos de capturar a su reina. A ninguna de las dos nos importa mostrar nuestra estrategia de juego, sabemos que esa partida ahora mismo no es más que una distracción.

Tras diez minutos de charla, parece que Mei recobra la suficiente energía como para tratar el tema en cuestión.

—Sé que ahora eres una detective de lujo —dice de repente—, pero te pagaremos bien. Ya sabes que mi familia tiene dinero.

—El dinero me es irrelevante, Mei, lo único…

—Ahora mismo pagaríamos lo que hiciera falta con tal de recuperar a Yun —continúa Mei, ignorando mi interrupción—. Ese es el problema, que nadie ha pedido ningún rescate. En mi casa todo siempre ha tenido una solución negociable: un contacto, una firma, una transferencia. Pero esto… esto no sigue sus reglas.

—¿De qué estás hablando? ¿Entonces por qué la han secuestrado?

La expresión de Mei se crispa. Aprieta la servilleta entre los dedos con una fuerza que delata su angustia.

—Hace cuatro días Yun me pidió el coche, el suyo estaba en el taller. Era domingo y yo había quedado con unos amigos, así que le dije que lo necesitaba. Tuvo que coger el metro para acercarse a la periferia y revisar un edificio que la empresa de mis padres planea comprar.

Su voz se entrecorta. Le da un sorbo a su taza de café. La luz cenital empeora su expresión. Un rostro que atestigua que en los últimos días ha sobrevivido a base de cafeína y antidepresivos, devastada por el insomnio, el estrés y la culpabilidad.

Recuerdo haber conocido a su hermana solo una vez, durante una visita a Mei en Taipéi. Fue una comida breve, pero tensa. Ella no habló mucho, y lo poco que dijo fue con esa cortesía afilada de quien mide a los demás desde arriba. Me sentí como si estuviera siendo evaluada. O descartada. Mei se disculpó luego, con una media sonrisa que dice más de lo que permite su familia.

—Nunca volvió a casa —dice por fin—. El asesino la secuestró allí.

—¿Asesino? ¿Acaso… acaso le ha pasado algo a Yun?

—¡No! —responde de inmediato—. En principio parece que no. La persona que la ha secuestrado es un psicópata. Un asesino en serie que mantiene juegos macabros con la policía.

—¿Juegos?

—Secuestra a una persona y después envía acertijos a la policía. Si resuelven cinco, la libera.

—¿Y si no…? —Mi voz suena más débil de lo que esperaba.

—Entonces entrega su cadáver.

Me estremezco.

—Yun es la tercera. Las dos anteriores… murieron antes de llegar al tercer juego.

Sin poder evitarlo, mis ojos se iluminan. Afortunadamente, Mei tiene la mirada perdida en el poso de su taza.

Me fustigo de inmediato. ¿Cómo soy capaz de alegrarme así por la desgracia de una amiga? Odio esa dicotomía de mi profesión. La desgracia ajena no solo es mi trabajo, es también lo que me da sentido. Mi oportunidad de sentirme retada.

—El asesino se cree una especie de instructor que alecciona a la sociedad sobre lo corrupto que es el sistema. Ese maldito psicópata utiliza a mi hermana como una enseñanza.

Las palabras se le agolpan conforme su ira sale a relucir. Yo no la quiero interrumpir. Le conviene soltar parte del cóctel de emociones que tiene en su interior.

—Los dos primeros juegos de Yun ya se han resuelto. El segundo lo completaron esta misma tarde, con más margen que los acertijos de las primeras dos víctimas. Ahora mismo estamos esperando a que el asesino envíe el tercer acertijo.

Una persona que secuestra inocentes con tal de entablar un juego de tira y afloja con la policía para demostrar los fallos del sistema. Desde luego han quedado muy lejos los casos en los que investigaba una simple baja por depresión fraudulenta.

—¿Sabes cuándo el asesino entregará el siguiente juego?

—Teniendo en cuenta las ocasiones anteriores, seguramente mañana por la mañana.

—En ese caso, será mejor que te vayas ya a tu casa a descansar. Lo necesitas.

Mei me observa como una niña cuyos padres la acaban de enviar a la cama. A los segundos baja el mentón y asiente en silencio.

—No te preocupes, Mei —añado para tratar de devolverle un poco de la esperanza que claramente ya ha perdido—, me encargaré de que tu hermana vuelva sana y salva, ¿me oyes?

Mei asiente, más tranquila. Yo sostengo la mirada. Firme. Aunque por dentro todo se tambalea.

La duda me carcome: no sé si estoy lista para cargar con la vida

de su hermana. Sé que podré resolver el caso. Pero zanjar una investigación y evitar que haya víctimas son dos cosas muy diferentes, como yo misma comprobé en Bansko con las vidas que no pude salvar.

4

A pesar de que el jet lag es inexistente —solo hay una hora de diferencia con Japón—, esta noche estoy durmiendo fatal. Esta es la segunda vez que me levanto al baño con tal de reiniciar mi insomnio y ordenarle a mi cuerpo que se vaya a dormir.

Sentada en la taza del váter, noto una presión densa sobre los hombros, como si cargar con el mundo se hubiera vuelto parte de mi ritual nocturno. Me entusiasma volver a enfrentar un desafío mental de verdad, uno que no veía desde Bansko. Pero algo en mi cuerpo no encaja. Un malestar difuso me recorre sin motivo aparente.

Me lavo las manos y me refresco la cara. Aunque dudo que espabilarme vaya a ayudar a mi dificultad por dormir.

De camino a la cama me quedo cimentada al suelo. Me doy la vuelta y observo el umbral de la puerta. En la salida, como si esperara a que le dejara escapar, hay un trozo de papel. Quizás es algún folleto de información que se ha caído.

Me agacho. Parece una tarjeta de visita. La recojo y la observo de cerca. Solo tiene una frase impresa, está en chino:

神明不會聆聽那些從未學會呼救的人。民國114年10月11日｜12:00

Escaneo el papel con el traductor del móvil. Aunque el chino es mi segunda lengua materna, en Singapur se usa la versión simplificada de los caracteres, mientras que en Taiwán emplean los tradicionales, mucho más complejos. Leerlos me resulta difícil. Pronuncio la traducción en voz alta.

—Los dioses no escuchan a los que nunca supieron gritar.

La fecha marca el mediodía del 11 de octubre. Dentro de día y medio. El año se expresa en el formato propio de Taiwán, pero está claro que es el actual.

El asesino acaba de entregar el tercer juego, y me lo ha dado a mí.

Las preguntas se me agolpan una tras otra. ¿Cómo sabe que Mei me ha contactado para que investigue el secuestro? ¿Cómo sabe dónde me alojo? ¿Por qué me ha entregado el juego a mí en vez de

a la policía?

Con cada interrogante mi interés por esta investigación crece exponencialmente, al igual que mi preocupación por cargar con esa responsabilidad. Era cierto que ya le había dicho a Mei que yo me encargaría, pero todavía no había aceptado el dinero. Aún estaba a tiempo de echarme atrás.

La voz de la mujer de la librería de Tokio resuena en mi cabeza: «¿Has contado con ayuda psicológica para trabajar el hecho de que no pudiste salvar a las víctimas de Bansko?».

Esa pregunta sacó a relucir lo que la gran mayoría de personas parecían ignorar respecto a Bansko. Conseguí resolver el caso, sí, pero no pude evitar ninguna de las muertes. Sin embargo, yo me había llevado la fama y el reconocimiento porque acabé con los «malos».

Esa presión excesiva es la que me carcome, las serias consecuencias de que vuelva a hacer un trabajo incompleto y lo que eso significaría para mi reputación. La vida que me he construido, destruida. Porque en este caso, si fallo, no morirá cualquiera, morirá la hermana de una buena amiga, la hija de una familia con contactos en el país. Y aunque es egoísta mirarlo así, es la realidad. Aquí no está en juego la vida de un simple desconocido.

Voy hasta mi chaqueta y cojo uno de los chicles del bolsillo. Necesito mi máxima agudeza mental para tomar una decisión.

Cierro los ojos y dejo que mi cuerpo se hunda en el sillón. De pronto, mi mente se llena de escenarios. Los imagino con tanta claridad que por un momento no estoy en esta habitación de hotel, sino frente a una pantalla donde cada posibilidad se despliega como una película maldita. Veo el rostro de Yun sin vida, frío, pálido, con los ojos vacíos clavados en el techo de algún sótano. Y luego veo el rostro de Mei, ese gesto descompuesto que llevaría para siempre desde el momento exacto en que se enterase de que su hermana está muerta. Que no la salvé. Que llegué tarde una vez más.

Imagino sus palabras. No hace falta que las diga, las leo en su mirada: «Confié en ti». Sus manos aferrando el móvil con el que se entera de la tragedia. Su grito. Y lo que es peor, me imagino a mí misma intentando justificar lo injustificable. Buscando razones,

excusas. Como hice en Bansko. Como hago cada noche desde entonces para poder dormir sin que sus rostros me acechen en la oscuridad.

Esta vez es distinto. No porque la víctima importe más, sino porque, si fallo ahora, la culpa será aún más insoportable. No podré escudarme en la distancia emocional. No podré decir que hice lo mejor que pude con lo que tenía. Porque tengo más: tengo una conexión. Tengo a Mei. Tengo a Yun, aunque no tenga la mejor impresión de ella. Y sé, sin ninguna duda, que si muere, una parte de mí morirá con ella.

Por un instante me planteo una salida. Una que, aunque cobarde, podría tener justificación. Pensar en alguien con más años a su espalda. Un cliente una vez me dijo: «Intenté contratar a ese detective famoso, y como no me respondió, fui a ti». Esa frase se me quedó grabada. No como un insulto, sino como una advertencia: hay niveles en este juego, y yo todavía no estoy en el superior.

¿Qué pasaría si intentase contactarlo ahora? Pero es una idea que se disuelve tan rápido como aparece. No tengo ni una sola hora que perder. Para cuando logre que siquiera abra mi mensaje, Yun podría estar muerta. Y eso si responde. No, este caso no admite esperas, ni la vana esperanza de que alguien más lo resolverá mejor.

Además, incluso si él aceptase, ¿se implicaría como yo? ¿Sentiría ese fuego en las tripas que a mí me quema desde que escuché la voz temblorosa de Mei pidiéndome ayuda?

No.

Nadie lo hará como yo. Porque si dejo este caso en otras manos y Yun muere, no me bastará con pensar que hice lo correcto. No podría vivir sabiendo que, por miedo a fallar otra vez, decidí no intentarlo.

Esta vez, no. Esta vez Yun no se convertirá en otra víctima con mi nombre escrito sobre su cadáver.

Y aun así, aceptar este caso significa volver a colocarme en la línea de fuego. Significa arriesgarme no solo a perder, sino a romperme. A aceptar que, aunque lo dé todo, puede no ser suficiente.

Cojo el móvil. En España son las diez de la noche.

—¿Diga? —responde la voz de Max con un tanto de sorpresa.

—¿Te pillo bien?

—Sí, estaba viendo una serie. ¿No es muy tarde por Tokio? —pregunta mi hermano. Casi lo escucho estirarse.

—Estoy en Taipéi. Y sí, aquí son las cuatro de la mañana.

—¿Taipéi? Pero… ¿No estabas esta tarde en una firma de libros en Tokio?

—¿Cómo sabes eso?

—Sigo una de tus cuentas de fans. Subieron un vídeo tuyo firmando un libro y atiborrándote de canapés.

—¿Qué? ¡Max! ¿Por qué las sigues?

Me hierve la cara de vergüenza. Justo ese vídeo. ¿Canapés? ¿En serio? ¿Qué clase de imagen están construyendo de mí?

—Porque me di cuenta de que es la forma más eficaz de saber dónde estás. En tu perfil nunca subes nada.

—¡Pues claro que no! —resoplo—. Ni que fuera una *influencer*.

—Ya. Pero a ti se te da bien casi todo lo que odias —dice con ese tono que mezcla ironía y ternura.

Guardamos unos segundos de silencio. Me lo imagino en su cuarto de siempre. Recuerdo quedarme en su sofá un par de semanas este verano, cuando tuve un descanso entre dos clientes. Después de tantos años de distancia desde que mamá murió, ahora, de pronto, volvemos a tener lo que perdimos: la complicidad de entonces, pero transformada. Más sobria, más adulta.

—¿Qué tal las prácticas? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Lo de siempre: cafés, *excels* y fingir que entiendo lo que hago. Pero oye, me han subido el sueldo. —Hace una pausa teatral—. A cambio de mi alma.

—Eso te pasa por dejar que papá te meta en una multinacional. Bienvenido al mundo capitalista de los adultos.

—No me quejo. Al menos el aire acondicionado funciona. ¿Tú qué tal la vida entre aeropuertos?

—Aeropuertos y habitaciones de hotel. Y bien, resolviendo disputas familiares dignas de un culebrón. Cada vez me llaman para cosas más raras.

—Pero con primera clase y minibar, ¿no?

—Si ya sabes que ni siquiera bebo. —Hago una mueca que sé que

él puede imaginar perfectamente.

Max se ríe. Esa risa baja y sincera que siempre me hace cerrar los ojos por un segundo.

—¿Y eso que estás en Taipéi? ¿También por trabajo?

—Sí —digo, y no añado más.

Hay un silencio. Pero es de esos cómodos. Como cuando te sientas con alguien en un banco y ninguno necesita hablar para estar bien. Max no pregunta más. No lo necesita. Sabe que, si he llamado a estas horas, si estoy en un país distinto sin haber dicho nada antes, es porque algo importante ha pasado.

Y de algún modo, en su voz tranquila, en su silencio sin juicio, en su forma de existir sin necesidad de explicaciones, encuentro lo que no tengo en ningún otro sitio. Un ancla. Algo que me recuerda que hay una vida ahí fuera, normal y estable, en la que los problemas tienen formas más manejables. Max es mi puente a ese mundo. El único que me queda.

—Tengo que colgar. Quiero aprovechar las pocas horas de sueño que me quedan —miento.

—Claro. Y oye… —Su voz baja un tono, se vuelve más grave—. Sea lo que sea en lo que estés metida, recuerda que estás hecha para esto. Te guste o no, se te da demasiado bien arreglar el desorden de otros.

Sonrío sin darme cuenta.

—Gracias, Max. Siempre. Buenas noches.

—Buenas madrugadas, Val.

Cuelgo y me quedo mirando el techo. No necesito más confirmación.

Me incorporo con los hombros tensos y la mirada fija. Sé cuál es mi respuesta. Lo supe desde el momento en que le prometí a Mei que recuperaría a su hermana. Solo necesitaba verbalizarlo en mi mente para sellarlo.

Que yo me involucre o no en la investigación no aumentará el peligro que ya existe. Es más, a juzgar por el trabajo de la policía hasta ahora, lo único que podría hacer es incrementar las probabilidades de que Yun sobreviva.

Pero una cosa tengo clara. Si me meto en esta investigación, lo

haré de lleno. Estoy dispuesta a hacer todo lo que esté en mi mano para evitar una sola muerte en ese caso. No voy a dejar que el suceso de Bansko se repita.

Con esa resolución, me levanto del sillón y me acerco al pequeño escritorio que tengo. Abro mi portátil y comienzo a investigar. Quiero aprovechar el chute de nicotina que recorre mi cuerpo gracias al chicle. No tengo tiempo que perder, me quedan treinta y dos horas para resolver el tercer juego de este maniaco.

5

La luz del sol me despeja la cabeza, algo muy necesario tras la noche que he pasado investigando, con solo un par de horas de sueño esporádicas. Mei me espera en la puerta del hotel, parece que su sueño ha sido más reparador que el mío.

Echamos a andar sin decir nada, yo sigo su paso. Las calles de Ximending están tranquilas a las ocho de la mañana. Solo con unos pocos turistas que van al metro y algunos trabajadores que ya comienzan la jornada.

—Ya ha llegado el tercer juego.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes? ¿Ya lo han dicho por las noticias? —dice Mei, sorprendida ante mi comentario imprevisto.

—Me ha llegado a mí.

Seguidamente, saco la tarjeta de visita y se la entrego. Mei la coge con una mezcla de intriga y temor.

—Los dioses no escuchan a los que nunca supieron gritar —murmura en inglés—. ¿Cómo sabía el asesino que yo te había contactado? ¿Y cómo conocía tu hotel?

—Eso mismo me pregunto. Son más incógnitas que resolver. ¿Dónde está la comisaría?

—Detrás de ese hotel —dice señalando un edificio de veinte plantas que se alza al final del paso de cebra.

Al girar la esquina, la imagen que me encuentro es más propia de la entrada a un concierto pop que la de una comisaría. Decenas de periodistas están apostados en el acceso. Ni siquiera entrevistan a un policía. Están enfrentados a una puerta cerrada, como hienas a la espera de que alguien les tire un pedazo de carne.

—¿Tan mediático se ha vuelto el caso? —pregunto anonadada ante tal aglomeración de periodistas tan pronto en la mañana.

—Las otras dos víctimas fueron una universitaria ejemplar y un artista taiwanés de renombre. El asesino ya cuenta con una tercera víctima y pretende aleccionar al gobierno demostrando que el sistema está roto y él es una prueba de ello.

Su resumen no deja lugar para rebatir. Desconozco si ha habido

otros crímenes tan mediáticos como este en el país, o si recientemente ha habido algún revuelo de corrupción política o empresarial, pero está claro que los medios ansían exprimir esta oportunidad al máximo.

Rodeamos el edificio hasta una entrada secundaria sin periodistas. Mei llama a la puerta. A los pocos segundos, un hombre uniformado abre con cara de pocos amigos.

—Soy Mei Chen, la hermana de la tercera secuestrada. El inspector Jian sabe que iba a venir.

El agente asiente con cierto recelo, pero está claro que ya estaba informado al respecto.

—¿Cómo es que nos dejan entrar? No creo que este sea el trato habitual que se les dé a los familiares de los secuestrados en un caso activo.

—Ya sabes que la empresa de mis padres es importante, han trabajado incontables veces con el gobierno. En este país, como en todos, conocer gente te abre puertas.

Me encojo de hombros. Está claro que el amiguismo es igual de usado en Occidente como en Oriente.

Tras pasar un control de seguridad, avanzamos por los pasillos de la comisaría, que parecen sacados de una serie policial de los noventa. Baldosas grises, sucias, con juntas ennegrecidas por el tiempo. Paredes desconchadas bajo una capa de pintura beige que alguien creyó neutra, pero que solo transmite agotamiento. Luces de tubo que parpadean con desgana, emitiendo un zumbido bajo que parece decirte que no pienses demasiado. Es un lugar diseñado para apagar la mente, no para estimularla. Y eso me inquieta. Porque si hay algo que debería fomentarse en una investigación criminal es la creatividad. Pero aquí todo invita a rendirse antes de empezar.

Al llegar a una planta superior, nos da la bienvenida una oficina. Decenas de policías ya trabajan. Caminamos hacia uno de los despachos. Aunque los agentes nos miran, nadie nos pide explicaciones. Mei llama a la puerta y una voz en el interior nos invita a pasar.

«Inspector Jian», leo en la placa que descansa en su escritorio. Probablemente acabe de entrar en la cincuentena. Su corte de pelo

de estilo militar disimula las entradas de su cabeza redondeada. La pulcritud de su uniforme se extiende al resto de la habitación.

Hay una única excepción: una fotografía discreta enmarcada, casi escondida junto al monitor. Una adolescente de rasgos suaves sostiene una raqueta de bádminton y sonríe a cámara con dulzura. No es difícil imaginar que se trata de su hija.

—Señorita Chen, ya le dije que no era necesario que volviera a la comisaría. Lo mejor que puede hacer es…

—Acompañar a mis padres en casa y esperar sus noticias —interrumpe Mei con frialdad—. Sí, lo sé.

El agente suelta un suspiro lleno de paciencia. Se pone en pie y se acerca a nosotras.

—Supongo que usted es la señorita Kross.

Su voz suena tosca, forzada, como si exagerara el acento a propósito para dificultarme entender su chino. Me sorprende que sepa quién soy. Le estrecho la mano con cautela. Hasta ahora no he tenido ni una sola experiencia positiva con la policía. Aunque, para ser justa, mi opinión sobre ellos tampoco les deja mucho espacio para redimirse.

—Ayer la señorita Chen me avisó de que vendría. Al parecer, no está contenta con nuestros resultados y piensa que una detective extranjera, ajena a nuestra cultura y forma de hacer, será capaz de lograr lo que nosotros no hemos conseguido.

El inspector habla con una calma gélida. Sus palabras no son amenazantes, pero nada en su compostura muestra afabilidad. Voy a contestar cuando retoma su explicación.

—No sé qué pretende hacer aquí, pero antes de nada, permítame dejarle las cosas claras. Usted no es una consultora del caso. Como turista que es de Taiwán, puede hacer lo que le plazca en la ciudad, siempre y cuando no interfiera con el trabajo oficial de la policía. Y créame, dada la situación, mi paciencia es mínima, no permitiré que se entrometa en nuestra operación.

Frunzo el ceño ante una bienvenida tan severa.

—Entiendo su presión y desgaste. Pero mi intención es trabajar en paralelo, sin estorbar.

Jian no cede a mi propuesta. Vuelve a su silla y se deja caer con

fuerza, como si encima de sus hombros llevara toneladas de la carga de esa investigación. Se quita las gafas y se masajea el puente de la nariz. Este hombre ha debido de dormir esa noche lo mismo que yo o menos.

—¿Cree que no hicimos todo lo posible con las dos primeras víctimas?

El tono amargo de su voz convierte su comentario en algo más parecido a una pregunta retórica que a una afirmación.

—Señorita Kross, ¿sabe cuál es la diferencia entre usted y nosotros? Usted piensa que es especial y puede salvarlos a todos. Nosotros, los policías comunes —dice con un deje molesto—, sabemos que eso no es posible, una simple ilusión de quien no sabe en qué oficio se encuentra.

Resoplo ante su comentario. Odio el paternalismo y el cinismo, y ese hombre apesta a ambos.

—Entonces, ¿qué? ¿Se sientan a esperar a que la gente muera?

—No. Hacemos nuestro trabajo. Pero lo hacemos sabiendo que vamos a fallar muchas veces, aunque hagamos todo lo posible para evitarlo. Usted, en cambio… usted sigue creyendo que puede salvar a todo el mundo. Y esa obsesión no la convierte en mejor detective. Solo la convierte en alguien peligrosa.

Esa contestación me enciende. No tolero es el paternalismo cuando hay vidas en juego.

—Quizás usted no me quiera aquí, inspector, pero el asesino sí.

Mi comentario lo descoloca. Parte de la seguridad con la que me hablaba hasta este momento se desvanece. Saco la tarjeta que recibí unas horas atrás y la tiro sobre la mesa. Los ojos del agente se abren de par en par. La condescendencia que lo envolvía hasta ahora se disuelve, reemplazada por la concentración fría y alerta del investigador que lleva dentro. Relee varias veces el mensaje, en busca de una primera idea sobre la que indagar. Al minuto se percata de que Mei y yo seguimos delante de él, de que nuestra conversación todavía no ha terminado.

—Esto no la convierte en nuestra consultora, sino en parte de la investigación, un hilo más del que tirar. Antes de que se vaya de la comisaría, necesitaremos interrogarla para que nos cuente cómo

recibió el tercer juego y cómo es posible que el asesino conozca su existencia tan pronto.

»El subinspector Ren le hará las preguntas —añade, señalando al hombre que ha aparecido en el umbral de la puerta, como si el propio Jian lo hubiese invocado—. Yo necesito ponerme con este juego de inmediato.

Mei, con los hombros caídos y expresión de derrota, gira sobre sus tacones y se encara hacia la puerta. Yo me quedo clavada en mi posición.

—¿Para qué se va a poner con el juego?

Mi condescendencia es intencionada, y cumple su propósito. El inspector me mira más molesto que nunca.

—¿Cómo que para qué? No voy a perder el tiempo con usted. Subinspector, llévese…

—Lo que quiero decir es que no es necesario que se ponga con el acertijo. Ya lo resolví anoche.

6

—¿De qué está hablando? —dice el inspector con un aspaviento—. En ese caso, explique la solución, no hay tiempo que perder.

—No.

Los orificios de la nariz del inspector se dilatan. En un movimiento seguramente inconsciente, su mano se acerca al cinto, donde descansa su arma, como si considerase hacerme hablar por la fuerza.

Antes de que Jian se vea obligado a tomar medidas extremistas, razono mi comportamiento.

—Pretendo callarme la solución del tercer enigma. No por arrogancia, sino porque tengo claro que así no es como vamos a ganar este juego. —Los hombros del inspector se relajan levemente y su expresión afilada se suaviza—. Este caso se resolverá entendiendo la mente detrás de los juegos. Lo importante no es la solución a sus pruebas maniacas, sino descubrir quién es el asesino y, más crucial aún, dónde tiene a la tercera víctima. Nos ha dado día y medio, usémoslo. El tiempo que ganemos prolongando la resolución del tercer juego es tiempo extra con el que contamos para adelantarnos.

El agente parece reflexionar seriamente sobre mi idea durante unos segundos, pero finalmente retorna a su actitud de segurata de discoteca, determinado a que nadie más entre en el local.

—Independientemente de que queramos seguir o no ese planteamiento, es una decisión que nos compete a nosotros. Así que, señorita Kross, dígame ahora mismo cuál cree usted que es la solución al tercer juego.

A juzgar por la tensión de sus músculos, necesita emplear toda su fuerza para evitar que su formalidad y paciencia no se desvanezca. Yo no se lo estoy poniendo fácil.

—Usted mismo ha dicho que no necesitan mi ayuda, y que tampoco interfiera en la investigación. Eso es lo que pretendo hacer. Sentarme en una esquina de la comisaría a analizar los eventos ocurridos hasta ahora, mientras ustedes siguen con su

procedimiento habitual, como si yo no estuviese aquí.

—¿Quién se cree que es usted? No solo se niega a compartir información esencial del caso, sino que además solicita que le demos acceso a la documentación de una investigación en activo. No sé cómo se hacen las cosas en su país, pero desde luego aquí el sistema no funciona así.

—Inspector Jian —dice Mei de repente, con una autoridad que me pilla desprevenida—. Usted sabe perfectamente quiénes son los padres de la actual secuestrada. Mis padres. Ellos sí que saben cómo funciona el sistema. Forman parte de él. Con los pésimos resultados obtenidos hasta ahora y la repercusión mediática del caso, les bastaría una sola llamada para forzar un cambio en la dirección de la investigación.

»Lo único que quieren mis padres es toda la ayuda con la que se pueda contar, justo lo que ofrece la detective Kross. Como bien ha dicho, en ningún momento pretende entorpecer su procedimiento. Serán dos investigaciones paralelas. Pero para ello, Valkiria necesitará acceso a lo sucedido hasta ahora. Estoy segura de que entenderá la importancia de esto. Sería una lástima que este asunto empañara la conversación que mis padres tendrán la semana que viene con el Comisionado del Departamento de Policía de Taipéi, justo cuando hablen sobre los planes de la nueva comisaría.

Puedo intuir el sonido del rechinar de los dientes del inspector, mordiéndose la lengua con tal de no decirle a esa mujer lo que realmente piensa. Al menos estamos a solas, si esa humillación se hubiese producido delante de sus subordinados, seguramente no mediría sus palabras como ahora mismo lo está haciendo.

Lo que sigue es un silencio que sirve como una rendición no verbal. El inspector sale de su despacho, cruza las mesas abarrotadas de agentes y llega a una sala en el otro extremo. Nosotras le seguimos.

—Ni un solo documento u objeto que haya en esta sala puede salir de aquí. Y en todo momento somos nosotros, el cuerpo de Policía, el que tiene la prioridad de analizar una pista en específico. En un rato vendrá el subinspector Ren para interrogarla.

No me da tiempo ni de asentir ante su advertencia, el inspector

nos deja a solas en esa sala donde se apilan multitud de documentos y pruebas.

—Eso ha sido impresionante, Mei.

—¿Estás segura de que es buena idea? —pregunta, sin rastro de la seguridad con la que se ha enfrentado al inspector.

—¿El qué?

—Esperar hasta el final de la fecha límite para resolver el tercer juego.

—Sí, es la única forma de poder adelantarnos al asesino. —Mi amiga asiente con resignación—. Y ahora, que ya me has presentado a Jian, te puedes ir a tu casa. El inspector tiene razón, supongo que a tus padres les vendría bien tu compañía.

—Ni de broma —responde tajante—. Voy a hacer lo que esté en mi mano para rescatar a Yun. Además, por mucho que hables chino, no dejas de ser una extranjera, necesitas a alguien local para moverte por la ciudad.

Me quedo en silencio unos segundos, pero finalmente asiento.

—Está bien. Aunque en las siguientes horas no va a haber mucho movimiento. Quiero empezar por analizar por completo los primeros dos juegos de Yun.

Echo un vistazo general a lo que tengo delante de mí. Debajo de un mapa de Taipéi con varias chinchetas y etiquetas hay tres mesas separadas con documentos y objetos. La de la izquierda tiene un cartel pegado con el nombre de Shu-Fen Tsai, la primera víctima. La siguiente pone Kuan-Lin Lin, y la última Yun Chen. A pesar de que quiero investigar a las primeras dos víctimas, priorizo la actual, la única de las tres que todavía puedo salvar.

Tardo más de lo que me gustaría admitir debido a que todo está escrito en chino tradicional. Aunque puedo intuir el significado de las frases, necesito usar el traductor para confirmarlo. Varias veces tengo que recurrir a Mei para asegurarme de que estoy entendiendo bien los documentos.

Justo cuando me he concentrado, el subinspector Ren me interrumpe. Es más cercano que el inspector. O, más bien, es neutral. Me trata como a una testigo más de la investigación, y en ningún momento parece molesto de que me esté entrometiendo. Es

más, casi parece entretenido por mi presencia. Tras quince minutos en los que le cuento todo lo ocurrido esa madrugada, muy poco, me deja que continúe con mis indagaciones. Ni siquiera llega a preguntarme cuál pienso yo que es la solución del tercer juego. Es casi como si él ya lo supiese.

Después de una hora poniéndome al día con el panorama general del caso de Yun, me sumerjo en el primer juego. Lo entregaron el lunes, la mañana siguiente al secuestro. Es un sobre negro con un billete de lotería y un pez dorado de papel. La traducción del mensaje que lo acompañaba decía «Si nunca aprendiste a nadar, no culpes al agua». La solución estaba en el templo de Longshan, famoso por sus carpas. Tiene dos fuentes con un propósito espiritual, ya que según las creencias budistas, el sonido y la visión del agua corriente ayudan a purificar el alma de los fieles antes de que entren a rezar. En el fondo de una de estas fuentes, la Policía encontró un móvil metido en una bolsa de plástico. Ahí estaba la solución.

El mensaje moralista que lo acompañaba era una metáfora envenenada. No todo el mundo nace sabiendo nadar, pero el sistema evalúa a todos por igual, como si la habilidad de nadar definiera tu valor, sin importar si eres un pez, un pájaro o un perro. Los policías no fueron directamente al templo; antes probaron suerte en el acuario de Taipéi, una opción tan evidente que era poco probable. Aun así, lograron resolverlo con la mitad del tiempo aún disponible: veinticuatro horas de margen. Ese era el primer paso para resolver los cinco juegos del asesino para recuperar a Yun con vida.

El segundo juego fue un mensaje cuya traducción decía «El verdadero error es creer que la suerte se reparte por igual», acompañado de una carta de naipes cortada en dos. En este caso me sorprendió la rapidez con la que llegaron a una deducción. En la misma mañana en la que llegó el juego descubrieron que esa carta era propia de una serie de casinos ilegales de la ciudad. Tras numerosos intentos y más de treinta horas de búsqueda, ayer por la tarde dieron con el lugar correcto: un sótano bajo un mercado nocturno. Allí, adherido a la parte inferior de una mesa de póker, encontraron el móvil con un nuevo mensaje moralista sobre la

diferencia de oportunidades que tienen las personas y lo que eso significa a la hora de luchar en el sistema. Al parecer, ese casino en específico es conocido por la juventud. Muchos estudiantes se han arruinado ahí intentando encontrar una salida rápida a su situación desesperada.

Los dos juegos tenían cuarenta y ocho horas de límite. Ambos los resolvieron con margen de sobra. Sin duda, habían mejorado en comparación con las primeras dos víctimas. Ya comenzaban a saber cómo pensaba el asesino, algo que yo también pretendía dominar.

Tras ese análisis emergía un obvio patrón en los eventos, no solo lógico, sino ideológico. El mensaje detrás de los crímenes está claro. El asesino se dirige con un tono moralista, casi mesiánico. Sus actos son una forma retorcida de denuncia. Su blanco principal: el sistema educativo y social de Taiwán.

De eso se deduce que la mente criminal detrás de todo esto es alguien que siente que el sistema le falló. Que él es un defecto, alguien profundamente herido por ese sistema, obsesionado con corregirlo a través del castigo.

Entiendo el impulso. La necesidad de ajustar las reglas cuando sientes que el mundo te escupe en la cara. Yo también me he sentido un error del sistema más veces de las que quiero admitir. Pero usar a inocentes como metáforas… eso no es justicia, es cobardía. Un manifiesto no debería apestar a sangre.

Levanto la atención de la mesa, con documentos abiertos y papeles desperdigados por todas partes. El aire a mi alrededor está cargado. Al comprobar mi móvil me doy cuenta de que llevo tres horas sin moverme de la silla. Mei está sentada en otra de las mesas, revisando los documentos del segundo caso. Aunque a juzgar por su mirada, la atención la tiene en otra parte.

Me incorporo con un movimiento seco. Estiro la espalda y desvío la mirada hacia la ventana. La luz exterior ha cambiado, al igual que el murmullo que se filtra desde la calle. No me había percatado hasta este momento.

Mei también se pone de pie, a la espera de indicaciones.

—Por ahora ya es suficiente, necesito que me dé un poco el aire. Ha llegado el momento de interrogaros a tus padres y a ti.

7

Bajamos del metro, camufladas entre el gentío de trabajadores y turistas. En la cara de la gente se siente una tensión latente, algo que no recuerdo haber percibido en mi primera vez en el país unos años atrás. No me sorprendería que, con la repercusión mediática que están teniendo los juegos del asesino, esa inquietud se haya extendido por todo Taipéi. Sobre todo porque nadie sabe quién será el siguiente.

Una estudiante modélica, mujer de veintiún años. Un artista de relevancia internacional, hombre de treinta y cuatro años. Y ahora, una arquitecta de una de las firmas más importantes de la ciudad, mujer de veintinueve años.

La posibilidad de ser la próxima víctima de este psicópata planea sobre todos, y se refleja en las caras que me cruzo.

Salimos a la calle, directamente a un parque de gran extensión. Avanzamos sin decir una palabra. Yo guardo mis preguntas para el interrogatorio de sus padres. A juzgar por la expresión de Mei, parece que ella se las está haciendo a sí misma.

El parque tiene el suficiente tamaño para que, cuando te encuentres en su interior, te olvides de que estás en una ciudad de casi tres millones de habitantes. Alrededor de un pequeño lago se acumulan varios fotógrafos con objetivos de medio metro de longitud; todos miran a una rama en la que descansa un pájaro colorido. En las pequeñas explanadas de césped, ancianos se mueven con energía, estirando sus extremidades al ritmo de respiraciones sonoras. El único indicio de que seguimos en la ciudad son dos edificios altos que rompen el cielo. Mei los observa y se dirige hacia ellos.

Conforme nos alejamos del centro del parque, el sonido de los coches y las motos vuelve, junto al ruido en mi cabeza. Parece que este paseo de cinco minutos es el único descanso que voy a tener hoy.

Cruzamos una avenida cargada de tráfico y llegamos a la base de uno de los rascacielos gemelos que había visto desde lejos: dos

torres de vidrio azul y balcones alineados con precisión, tan imponentes como ajenas al caos de la ciudad. Mei entra sin decir nada; yo, por cortesía, le hago un gesto con la cabeza al portero que custodia la entrada.

El ascensor se detiene en una de las plantas superiores. Junto a la puerta donde Mei ha llamado, un ventanal de suelo a techo ofrece una vista despejada de la vegetación que hemos dejado atrás. Un pequeño oasis en medio del hormigón y el ruido.

—Valkiria —dice la madre de Mei con la mayor alegría que debe de ser capaz de reunir dadas las circunstancias.

—Señora Chen.

Le dedico una leve sonrisa adaptada al momento. Pasamos a la casa, nos descalzamos y nos acomodamos en el salón. Ya hay un té caliente esperándonos en la mesa. Todo está dispuesto con una precisión que roza lo militar: cojines simétricos, muebles de madera oscura y una vitrina con diplomas y maquetas de antiguos proyectos urbanísticos. En una pared cuelga un caligrama tradicional con caracteres dorados que no consigo identificar.

—¿Dónde está papá?

La voz de Mei es más un reproche que un interrogante. Parece suponer la respuesta.

—Trabajando —responde la señora Chen, con un tono que no admite réplica—. Ya sabes que tu padre no deja sus responsabilidades a medias.

—Ya os he avisado de que vendría con Valkiria. ¿Acaso la empresa es más importante que su hija?

—Ni se te ocurra insinuar eso.

El cambio en la actitud de la madre es tan repentino que me tenso. Su mirada es afilada. Sus manos se aferran a los brazos del sillón, como si tratara de detenerse a sí misma.

Mei, sin embargo, no se inmuta.

—No hay mucho que tu padre pueda hacer —dice en un tono más calmado—. Y ya sabes cómo es él, siempre con la responsabilidad de sostener al país con su trabajo duro y su sacrificio. Aquí cada uno aguanta la situación a su modo.

—Señora Chen, solo tengo unas pocas preguntas que hacerle —

digo, tratando de romper la tensión que se ha creado de un momento a otro—. No quiero molestarla mucho tiempo.

—Lo que haga falta.

—¿Podría empezar por contarme más sobre su hija?

La madre de Mei suelta un suspiro con el que parece desinflarse en su asiento. Su expresión se vuelve una nostalgia amarga, propia de quien habla de algo del pasado ya inalcanzable.

—Nació en el noventa y seis, tiene cuatro años más que Mei. Desde pequeña le encantaba ir con su padre al estudio de la empresa, andar entre las maquetas de los proyectos en los que estuviesen trabajando y observar los planos como si fuesen las hojas más interesantes del mundo. Desde el principio supimos que querría seguir los pasos de su padre.

»Cuando terminó el instituto, la aceptaron en NTU, la universidad más prestigiosa del país, donde estudió Arquitectura. Tras varios años en los que trabajó en estudios europeos y americanos, volvió a casa.

Me sorprende la rigidez de su voz. Sus palabras salen carentes de emociones, como si leyese un dictado en una clase de colegio.

—¿Me puede hablar más sobre Chen & Associates?

—Mi marido fundó la empresa hace cuarenta años. Somos un estudio de arquitectura especializado en construcción y renovación urbana. Tenemos varios clientes, pero el principal es el gobierno.

La señora Chen aprieta con fuerza los labios, como si tratara de retener algo que está a punto de salir.

—¿Y cuál es la función de Yun dentro de la empresa?

—Empezó como una arquitecta más dentro del equipo. Pero en los pocos años que lleva en la empresa familiar ya ha ganado premios importantes, y hemos conseguido contratos muy valiosos gracias a su trabajo. El año pasado la ascendimos a jefa de diseño arquitectónico, directamente bajo la supervisión de su padre.

La última frase la ha terminado en apenas un suspiro, como si se hubiese acabado el aire de sus pulmones. Sus dedos se aferran al rostro, intentando sujetar algo que se deshace por dentro. Los hombros, tensos al principio, empiezan a sacudirse en un ritmo irregular. Se muerde el labio, pero no consigue ahogar el gemido que

le sube desde el estómago.

—¡Es una niña que nunca ha hecho daño a nadie! —suelta antes de que su voz se quiebre del todo.

No llora de forma escandalosa. Es un llanto contenido, roto, el tipo de llanto que sale cuando ya no queda otra cosa.

Mei se acerca a su madre sin rastro de la rabia con la que le había hablado sobre su padre. La consuela durante los minutos que le lleva recomponerse.

—Lo siento… —dice la madre con la voz aún quebrada—. No quería…

En los últimos meses, he aprendido que es mejor no ceder ante las reacciones emocionales de los familiares y afectados, por lo menos no durante los interrogatorios. Es más importante salvar a la víctima o encontrar al criminal que evitar ofender a nadie.

Tenso mi compostura y aprieto la mandíbula, tratando de ver a las dos mujeres que tengo delante como si fuesen cualquier otro cliente.

—¿Sabéis si Yun conocía a alguna de las otras dos víctimas?

—¿Shu-Fen y Kuan-Lin? —pregunta Mei. Su voz suena fría, casi más que la mía—. Que yo sepa no, por lo menos no me dijo nada. Pero también es cierto que no le prestamos mucha atención a los secuestros. Habíamos escuchado las noticias, es imposible no hacerlo si vives en Taipéi, pero en ningún momento nos sentamos a ver qué ocurría. Yo ni siquiera conocía el nombre de las víctimas o sus rostros antes del lunes. En cualquier caso, dudo que Yun los conociera. Una estudiante universitaria y un artista contemporáneo no encajan con el tipo de personas con las que suele relacionarse.

Hace una pausa breve. Lo suficiente para dejar entrever que hay algo más.

—Nuestro padre siempre dijo que debíamos rodearnos de personas que aporten, que entiendan cómo funciona el mundo. Mi hermana siempre supo cuál era su papel en esta familia. Lo tenía todo estructurado: estudios, carrera, familia, imagen. Nunca daba un paso sin calcularlo. Yo, no tanto.

La señora Chen asiente con una mezcla de orgullo y severidad, como si confirmar ese control fuese tan importante como recordarlo. Ni siquiera parpadea cuando Mei la mira de reojo. Es palpable que

esa guerra fría entre ambas lleva tanto tiempo en marcha que ya no se combate con palabras, solo con silencios y gestos medidos.

—Entiendo. En cuanto al domingo en sí, Mei, tú me dijiste que sabías a dónde iba. ¿Te contó algo antes de que la secuestraran? ¿Tenía alguna preocupación o sospecha de que algo iba mal?

Mei niega con la cabeza y con las manos aprieta con fuerza la piel de sus muslos. Llega a dejarse leves marcas con las uñas.

—¿Y habéis podido contactarla al móvil?

—No. Yun y yo vivimos juntas. Cuando se hizo tarde y no volvía a casa, la llamé para ver qué ocurría, su móvil estaba apagado o en modo avión, no pude contactarla. Entonces supe que algo iba mal. Me quedé toda la noche desvelada, llamándola cada veinte minutos con el mismo resultado. Fue durante la madrugada cuando recordé las noticias que había escuchado durante toda la semana. Ahí fue cuando me preocupé de verdad.

Mei se detiene unos segundos. Parece que las palabras se le atascan en el pecho y le cuesta pasarlas por la garganta. Las manos que descansaban apoyadas en las piernas ahora se cierran en dos puños, sus nudillos blancos.

—A la mañana siguiente fui con mis padres a la comisaría para denunciar su desaparición, justo cuando llegó el juego de la nueva víctima: Yun Chen.

Asiento ante esa información que ya conocía. La madre muestra una expresión de pavor al escuchar lo del juego. Por un segundo dudo si confesarle que el tercero está resuelto, aunque la Policía aún no sepa la solución, que ya solo quedan por terminar los últimos dos juegos y recuperará a su hija. Pero decido no avivar esa esperanza.

La Mei con la que me reencontré la noche anterior y la que tengo delante son muy diferentes de la mujer risueña y un tanto inocente que conocí en Singapur. Son obvios los motivos. Pero detrás de su estrés y ansiedad no solo se esconde el miedo y la incertidumbre que comparte con su madre. Hay algo más. Algo peor.

—Mei, sabes que no es tu culpa que hayan secuestrado a tu hermana, ¿verdad?

La señora Chen me lanza una mirada helada, como si acabara de acusarla de algo imperdonable. Pero Mei ni se inmuta. Sigue clavada

en el sofá, la espalda recta y los hombros tensos. No parpadea. La comisura de su boca tiembla en apenas un gesto, como si luchara por contener algo más afilado que el llanto. Tiene los ojos clavados en el suelo, aunque no lo está mirando. Está viendo algo muy distinto. Un bucle que se repite en su cabeza desde hace días. Su respiración se ha vuelto superficial, como si cada inhalación cargara con el peso de lo que no puede decir en voz alta.

—Si le hubiese dejado mi coche… Si no hubiese sido una niña estúpida y egoísta… Si no…

—Daría igual. Habrían secuestrado a Yun de todas formas.

Mi respuesta sale fría y directa, como una sentencia más que como la suposición que es.

—No lo puedes saber. —Habla con rabia, como si escupiera veneno —. Si hubiese tenido el coche habría llegado antes y seguramente no habría coincidido con el asesino.

—No estamos hablando de un atraco en un callejón oscuro, Mei — digo con un tono más agresivo del que pretendo—. El criminal no actúa de forma errática. Todo lo que he visto hasta ahora sugiere que es alguien capaz y precavido. Desconozco por qué o cómo llegó a fijar sus ojos en tu hermana, pero si ya había decidido que sería su siguiente objetivo, es irrelevante que hubiese ido en tu coche o no. Sencillamente habría esperado otra ocasión para raptarla.

Mei baja la mirada apesadumbrada. La vibración de su labio muestra que contiene unas lágrimas que luchan por salir. Su respiración sigue entrecortada.

—¿Y por qué el asesino ha ido a por mi hermana? ¿Por qué no podía ser cualquier otro habitante de Taipéi?

Aunque logra encerrar su llanto, sus preguntas son un grito de súplica, propias del devoto que implora ayuda a un dios ajeno a sus problemas.

—Se supone que está atacando a personas aleatorias —continúa, en un tono más comedido—. Edad, género, ocupación… no tienen nada en común. ¿Por qué mi hermana ha tenido que ser la tercera? No tiene ningún sentido…

Por primera vez desde que me he sentado en ese sofá, salgo de mi faceta de detective internacional y vuelvo a ser la amiga que ve

sufrir a alguien que le importa. Me acerco a su lado y trato de confortarla. La señora Chen suficiente tiene con evitar romper a llorar como para ayudar a su hija.

—Eso es lo que parece, que los secuestros son aleatorios. Desde luego eso es lo que piensan la policía y los medios. Sin embargo, yo creo que todos se equivocan.

Mei levanta el mentón con un atisbo de esperanza. Como si el mero hecho de contradecir lo que ella había escuchado hasta ahora significara que yo estaba más cerca de encontrar la verdad que el resto.

—Dudo que no haya nada en común entre los tres y esto sea una selección aleatoria. Hay algo extraño detrás de los secuestros y los motivos de los dos asesinatos… algo que no encaja. Todavía desconozco quién se encuentra detrás, pero sí tengo claro que, sea quien sea, no está en ninguna posición para aleccionar a la sociedad con su mensaje moralista.

8

Volvemos al fragor de las calles de Taipéi. No he sacado gran cosa de esa conversación, salvo una imagen un poco más definida de Yun. A veces solo hablas con alguien para confirmar que no sabe nada.

Son las dos menos cuarto y seguimos sin comer. Teniendo en cuenta que yo funciono con el horario que usa la gran mayoría de sociedades, menos la española, y que mi cerebro ha consumido mucha energía esa mañana, estoy hambrienta.

Cruzamos de nuevo el parque y continuamos hacia el este, hasta llegar a unas calles estrechas. Las aceras son franjas de pintura verde en el asfalto, los edificios se suceden uno detrás de otro en una armonía disonante. Tiendas de té tradicionales junto a franquicias de té de burbujas con filas de adolescentes y turistas.

Llegamos a un restaurante y Mei se adelanta para entrar primero. Entramos por la cocina, donde cinco personas se mueven con una precisión casi coreográfica. Una mujer estira porciones de masa que se transforman en *dumplings* humeantes, mientras un hombre apila cestas de bambú sobre las vaporeras. El aire está saturado de aromas de jengibre y soja, el vapor silba y los cuchillos golpean con ritmo. Es una sinfonía culinaria que muestra tradición y dedicación. Mei saluda a uno de los cocineros con una leve inclinación de cabeza y, sin detenernos, cruzamos hacia unas escaleras que nos llevan al interior del restaurante.

En la segunda planta nos recibe un bullicio cálido. Las mesas están ocupadas por grupos que conversan entre sorbos de té y bocados de vapor. Los recipientes de bambú se apilan en cada mesa como pequeñas torres de niebla, rebosantes de los mismos *dumplings* que acabamos de ver nacer abajo.

—No podemos hablar de la investigación —digo en cuanto nos sentamos.

Mei frunce el ceño. Son las primeras palabras que intercambiamos desde que hemos salido de casa de sus padres. Con su madre había soltado parte de la culpabilidad que sentía, pero sabía que sus dudas

seguían ahí, y prefería distraerla.

—No estoy aquí de turismo, pero, como tú misma me has dicho esta mañana, te necesito como guía. Hay aspectos sociales que desconozco, al igual que la ciudad en sí. Y cuando hablo en chino con los locales, por si mi rostro no fuera suficiente indicativo, detectan que soy extranjera por mi acento. Te necesito para encontrar a tu hermana. Sé que esto es egoísta, pero no puedes estar de duelo, no si queremos resolver este caso.

—Entonces tendrás que ponerme en los agradecimientos de tu siguiente libro, cuando salvemos a mi hermana.

Sonrío ante su comentario.

Rápidamente, la conversación se desvía hacia el ajedrez. Mei bromea sobre mi absurda manía de usar siempre la defensa siciliana, incluso cuando no conviene, y yo le respondo, fingiendo indignación, que al menos no sacrifico a la reina en la tercera jugada como ella. Nos reímos, por primera vez en horas. Es una risa breve, pero honesta, como un hilo de aire limpio entre tanto humo. Hablamos del torneo universitario donde nos conocimos, de aquella vez que nos quedamos jugando hasta las tres de la mañana en un patio sin luz porque ninguna de las dos quería abandonar la partida.

—¿Aún tienes la foto de ese torneo? —dice Mei, de pronto—. La de las medallas.

—Claro. Es de las pocas que he impreso en mi vida.

Mei se ríe.

—Luego por la noche empezó a llover torrencialmente y tú me dejaste tu chaqueta.

—Sí… Y tú te vengaste quedándote a dormir conmigo en urgencias unas semanas después cuando me intoxiqué con aquel sushi de gasolinera.

—Sigo diciendo que te lo merecías.

Nos miramos y reímos de nuevo.

Luego seguimos con la nostalgia de nuestra antigua vida en Singapur, comparando las ciudades como si fuésemos las mismas personas que vivieron en ellas. Mei habla de las estaciones de metro, de lo limpio que estaba todo allí y de cómo la gente no empujaba. Yo menciono lo difícil que era encontrar una mala comida

en Singapur, y ella refunfuña diciendo que en eso sí me tenía que dar la razón. Nos enzarzamos en una discusión absurda sobre si el *laksa* es mejor que el *beef noodle soup*, uno de los platos estrella de Taiwán, y cuando me doy cuenta, estoy sonriendo con el cuerpo entero, no solo con la boca.

Es entonces cuando noto algo que me había pasado desapercibido: cuánto echaba de menos esto. Una conversación sencilla, sin mapas mentales ni líneas de investigación. Solo dos amigas hablando como si el mundo no se estuviera cayendo a pedazos.

Desde Bansko he estado sola. Acompañada, sí, pero sola. Mi vida se ha llenado de rostros nuevos y casos diferentes, pero nada como esto. Nada tan simple. Salvo por las dos semanas que pasé con mi hermano —en las que volvimos a ser los de antes, compartimos charlas hasta la madrugada, resolvimos escape rooms y yo traté de calmar mi sed de horchata—, no había tenido un solo momento así. Alguien que me conoce sin querer sonsacarme nada. Que no espera otra cosa de mí que simplemente sea yo.

Y entonces también entiendo algo sobre Mei. Detrás de sus ojeras, de sus silencios tensos y de esa culpa que la roza en cada gesto, hay una mujer que ha crecido. Ya no es solo mi amiga vivaracha de Singapur, sino alguien que lleva días caminando sobre una cuerda floja sin saber si su hermana sigue viva al otro lado. Y, aun así, se esfuerza por crear un momento para mí, para nosotras.

Cuando en la mesa solo quedan vaporeras vacías y platos con unos pocos granos de arroz, volvemos a la realidad. Una camarera ha encendido la televisión de la esquina para reemplazar el ruido de un restaurante que ha quedado casi vacío. En las noticias tratan el único tema posible. Los presentadores del telediario hablan de Yun Chen con la cercanía propia de quien la conoce de toda la vida.

—Bueno, ha llegado el momento de irse, hay que continuar con el trabajo —digo poniéndome en pie.

Bajamos a la entrada del local, que además de cocina hace las veces de caja registradora, y pago la comida. Mei intenta negarse a que la invite, pero yo soy más tozuda. Además, Jac Ros tenía razón, ser detective internacional de lujo se paga muy bien, ya me puedo

permitir lujos que antes ni se me pasaban por la cabeza.

—No. ¿Qué haces? —dice Mei de pronto en cuanto salimos a la calle.

Miro a mi alrededor y repaso mis últimos movimientos, no tengo ni idea de qué está hablando.

—El ticket —añade, señalando la mano que está a mitad de cerrarse en un puño.

Abro la palma y observo el papelito, todavía sin entender nada.

—Si no quieres el billete de lotería, al menos dámelo a mí. —Mi desconcierto aumenta—. En Taiwán, cada recibo de compra es un billete de lotería. Así luchan contra la economía sumergida. El gobierno hace un sorteo cada dos meses y cada número de recibo entra en el bombo.

—¿En serio?

—Sí. El premio grande son diez millones de dólares taiwaneses. Unos trescientos mil euros. A mí me han caído un par de veces dos mil.

Hago la conversión al vuelo. Cincuenta euros no está mal por algo que normalmente tiraría sin mirar.

—Pues quédatelo tú —le extiendo el papelito—. No creo que siga en el país para el próximo sorteo.

Lo toma con cuidado y lo acaricia con una mirada melancólica, como si estuviese rozando un peluche de la infancia.

—Soy la única de la familia que los mira. Cuando salimos a comer siempre me los quedo yo.

Se regocija en esa sensación durante unos segundos más. Tiene la vista clavada en el ticket, como si ahí fuera a encontrar la dirección en la que tienen secuestrada a su hermana. Cuando parece que se va a romper al igual que en casa de sus padres, alza el mentón con determinación y cierra el puño con fuerza.

—¿Qué hacemos ahora?

En su voz no hay rastro de las dudas que ha mostrado hasta ese momento, solo determinación.

—Me gustaría ir a vuestra casa. Quiero ver la habitación de Yun por si encuentro algo importante.

Mei asiente y nos dirigimos hacia el metro. Veinte minutos después

estamos al sur de la estación central de Taipéi. Entramos a un edificio residencial y subimos hasta la cuarta planta. Cuando salimos del ascensor, detengo a mi amiga con el brazo.

—¿Qué pasa?

—¿Cuál es vuestro piso?

Mei señala con el dedo el que está al fondo del pasillo. Abre la boca como si fuera a decir algo, pero las palabras se le quedan atrapadas.

La puerta está entreabierta. Hay alguien dentro.

9

—¿Esta mañana cerraste la puerta?

—Sí.

—¿Estás segura?

Mei ratifica mi pregunta sin un ápice de duda.

—¿Quién más tiene llave?

—Mis padres y yo. —Se detiene unos segundos, sus dedos tamborilean su costado, incesantes—. Bueno, mi hermana también.

—Llama al inspector Jian, el asesino ha estado en tu apartamento y es posible que siga ahí.

Antes de ver la expresión de Mei, me dirijo hacia la puerta. Ni siquiera trata de pararme, parece que sus pies se han anclado en el umbral del ascensor.

Empujo la puerta con el hombro. El interior del apartamento parece la escena posterior a una explosión: papeles desperdigados como hojas tras un vendaval, cajones arrancados y arrojados al suelo, estanterías vaciadas a golpes, un humidificador desbaratado. En medio de ese caos, una figura agachada, de espaldas. Se mueve con una rapidez nerviosa, escarbando entre el desorden con la desesperación de quien sabe que el tiempo se le escapa.

Me ve demasiado tarde. El giro que hace es puro instinto: cuerpo agachado, paso hacia atrás, una mano buscando algo en la chaqueta. Está enmascarado con una tela negra, sencilla, solo tiene unos agujeros para los ojos. No veo su rostro, aunque por su complexión parece un hombre. Es la única pista que puedo sacar, aunque ni siquiera estoy segura de ello.

—¡Quieto!

Sale disparado hacia una de las ventanas. En el mismo movimiento aparta una cortina y se lanza al vacío. No pienso. Corro. Me asomo justo a tiempo para ver cómo se descuelga, ágil como un maldito insecto.

Estamos en un cuarto piso. Una caída podría matarme. O algo peor: dejarme lo bastante viva como para arrepentirme.

Durante un segundo, mis manos se aferran al marco de la

ventana. El instinto me grita que no lo haga, que espere refuerzos, que lo piense mejor. Pero pensar es un lujo que ahora no me puedo permitir.

Aprieto los dientes. No voy a dejarlo escapar. Y salto.

Agarro el primer soporte que encuentro. Cruje bajo mis manos, seco y oxidado, como si fuera a partirse en dos en cualquier momento. Me aferro con fuerza. El sudor me traiciona. Siento los dedos resbalar apenas un milímetro y el corazón me da un vuelco.

No mires abajo. No pienses.

Busco el siguiente agarre, otro soporte, más delgado y suelto. Bajo un pie, tanteando a ciegas hasta tocar algo firme, un aire acondicionado, o lo más parecido a firme que hay a esta altura. Al deslizarme, cada movimiento es torpe, apurado, desesperado. Un fallo, solo uno, y no va a haber oportunidad de corregirlo.

Veo de reojo cómo el hombre ya alcanza el segundo piso.

Me lanzo. No hay otra forma de decirlo. Me dejo caer al siguiente nivel, confiando en que la estructura aguante mi peso un segundo más. El impacto me sacude los huesos.

Salto el último tramo sin pensarlo. Al caer ruedo por el suelo, tratando de que las piernas no absorban todo el golpe. Cuando me levanto, el bastardo ya corre hacia la calle principal. Yo voy detrás.

—¡Alto!

Mi grito es más instintivo que racional. Sé que el asesino no va a responder a mi petición. Echo a correr detrás de él.

Lo veo girar en la esquina, en dirección a la salida de metro M6. Aprieto el paso, esquivando a la gente, empujando sin mirar. Bajo las escaleras de tres en tres. La humedad del subsuelo me golpea en la cara como una bofetada.

Me lanzo a esos pasadizos de techos altos, luces parpadeantes y el olor del aire reciclado del metro. Un laberinto donde cualquiera podría desaparecer si no sabes lo que haces.

Sigue a la vista. Es un destello de tela negra entre la multitud. Su hombro rozando a un anciano que protesta, su figura colándose entre un grupo de niños que viajan solos. Cada giro que da, cada cambio de dirección, es una puñalada de adrenalina en mis venas.

Más cerca, solo un poco más. Yun sigue viva y si le atrapo, si

consigo detenerle, podré salvarla.

El pasillo se estrecha. Ya hemos dejado atrás la entrada principal del metro y estamos en los caminos secundarios de lo que parece una ciudad subterránea. Techos de metal desnudo, un ventilador chirriando en lo alto. Él dobla una esquina y yo corro tras él. Mis pulmones arden, mi corazón martillea en mis sienes. Doblo otra esquina y entonces…

Vacío.

Parpadeo. Un pasillo muerto, sin bifurcaciones, sin puertas. Solo un largo túnel iluminado por una hilera de tubos fluorescentes medio rotos. Y nada más.

—No… —susurro.

Camino despacio, mirando a ambos lados. No hay sonido, salvo mi propia respiración. La ciudad queda muy lejos aquí abajo, como si el mundo entero se hubiera tragado sus ruidos para burlarse de mí.

Le doy un puñetazo seco a la pared más cercana; el impacto me deja los nudillos doloridos. El eco es lo único que responde. Se ha ido.

Aprieto los ojos, sintiendo cómo la rabia y la impotencia se enredan en mi garganta, un nudo ácido imposible de tragar.

Me alejo del pasillo vacío. Al deshacer mis pasos me doy cuenta de lo que me quema el pecho. A pesar de haber sido una carrera que no habría llegado a los diez minutos, noto los pulmones a punto de estallar. Con tanto viaje en los últimos meses he descuidado mi forma física, y es una parte esencial de mi trabajo.

El camino de regreso a casa de Mei se me hace eterno. Con toda la adrenalina, ni siquiera había notado cuánto tiempo seguía al asesino.

Cuando regreso al edificio de Mei, en la entrada ya hay varios coches policiales. Reconozco a un par de hombres de esa mañana en la comisaría.

—Disculpe, ahora mismo no puede pasar —dice uno de los agentes.

—Acabo de perseguir al asesino. ¿Está el inspector Jian arriba?

La expresión de condescendencia del policía desaparece de inmediato. Ordena a otro de los agentes que haga guardia y me

acompaña al apartamento de Mei. El inspector está hablando con ella. Por un momento, Mei me mira con esperanza en sus ojos, pero al ver mi expresión, la ilusión se esfuma.

—Señorita Kross, veo que su persecución ha sido infructuosa.

Habla con un tono plano, como si le diese igual que hubiese estado a punto de atrapar al asesino que lleva aterrorizando esa ciudad las últimas dos semanas. Con cierto recelo, narro mi carrera y la poca información que he podido sacar de esa persona: su estatura, su complexión física, su agilidad y, posiblemente, su género.

Cuando termino de ponerle al día, pasamos al interior del apartamento, donde varios agentes están fotografiando la escena. Parece que un huracán ha entrado en la casa, dejando en su sitio solo las paredes y el mobiliario, pero no el resto de objetos. Las habitaciones de Yun y de Mei están igual. El criminal debía de llevar un rato en la casa, aunque cuando he llegado se movía con prisa, o más bien con rabia de no encontrar lo que fuera que buscaba.

—Señorita Chen, ¿se le ocurre qué quiere con tanto interés? —dice el inspector.

Mei niega, cabizbaja.

—Es la primera vez que esto ocurre, sus métodos están cambiando.

El inspector piensa en voz alta. Yo miro a mi alrededor, disgustada. Entre los agentes y el desorden, ya no me sirve de nada analizar la habitación de Yun.

Mei se agacha de pronto junto al sofá volcado. Entre los restos del destrozo hay un peluche viejo, al que el asesino le ha arrancado la cabeza.

Lo recoge con cuidado, como si fuera algo frágil. Sus dedos tiemblan.

—Este osito lo ganó para mí en una feria —dice, sin que se lo pregunte—. Yo tenía ocho años y lloraba porque no alcanzaba los puntos para sacarlo. Ella se metió bajo la barrera, se coló entre la gente y convenció al encargado para que le dejara intentarlo gratis. Lo tiró a la primera.

Sonríe, pero es de esas sonrisas que se quiebran antes de llegar

del todo.

—Dormía conmigo durante los exámenes. Decía que me traía suerte, aunque siempre supimos que era mentira. Solo servía para calmarme y permitirme descansar.

Aprieta el cuerpo descabezado contra su pecho, como si pudiese detener el tiempo solo con eso.

—Si no la encontramos… si este es el último recuerdo que me queda…

No termina la frase. No hace falta.

La observo sin decir nada. No hay empatía que repare eso. Solo intentar que no se cumpla su última frase.

En silencio, me dirijo hacia la puerta del apartamento.

—¿A dónde va, señorita Kross?

—No recuerdo el momento en el que se ha convertido en mi jefe, inspector.

El policía suelta un bufido, pero no me concede el honor de una respuesta. Me paro en el pasillo exterior y respiro hondo. Sé que la rabia que muestro contra ese hombre realmente va dirigida a mí misma. He estado muy cerca de resolver todo esto de una forma rápida y limpia, pero he sido incapaz. Y ni siquiera se ha debido a una insuficiencia mental, sino física.

Golpeo la pared en un movimiento instintivo, indiferente a la mirada inquisitiva de los agentes que están llamando a la puerta de los vecinos, seguramente en busca de información de testigos.

Mei sale del apartamento y nos dirigimos al ascensor.

—¿A dónde vamos? —pregunta una vez dentro.

Dejo escapar un suspiro y estiro el cuello con desgana.

—A interrogar a la esposa de Kuan-Lin, la segunda víctima.

10

El motor del coche cesa, con una música pegadiza resonando en la calle. Antes de que pueda preguntar de dónde viene, un camión de la basura aparece por la esquina. Se mueve lento hacia nosotras, a un paso ceremonioso. Nos echamos a un lado para ver cómo decenas de vecinos salen de sus casas, llamados por la música, y se deshacen de la basura en el interior del vehículo. Es una imagen bastante curiosa.

Estamos en el sur de la ciudad, en Treasure Hill Artist Village.

—Esto antes era un barrio marginal —dice Mei, mientras subimos una de las calles—. Pero hace unos años lo revitalizaron para albergar viviendas de artistas, galerías y cafés.

El callejón se traga nuestros pasos. Treasure Hill es un laberinto de cemento torcido, óxido y verdor salvaje. Entre cables colgantes, puertas entornadas y grafitis que el tiempo ha borrado, avanzamos por una rampa agrietada. Las casas se aprietan unas contra otras como si se protegieran del derrumbe.

Recorremos varias de esas calles laberínticas hasta llegar a una casa con el número cuarenta y llamo a la puerta de la señora Lin, la esposa de la segunda víctima. Nos abre una mujer con ojeras y rostro pálido, pero su atuendo es impecable. Esperaba nuestra visita.

La madre de Mei la había llamado antes de que saliésemos. Su empresa de construcción es importante y, aunque el nombre en sí no es conocido, sí lo son los proyectos que han realizado. Sumado al hecho de que la señora Chen está en la misma situación en la que se encontraba Lin días atrás, ha aceptado recibirnos.

Con unas palabras de bienvenida escuetas nos invita a pasar a su salón. Desaparece y a los segundos vuelve con un hervidor de agua y varias tazas de té.

Su expresión es la de alguien que no desea descansar, sino simplemente dejar de existir. Cada movimiento que hace parece requerir un esfuerzo extra, aunque solo sea verter agua en una taza. Sin embargo, se mueve. Está presente, dispuesta a responder mis preguntas. Parece que quiere otorgarle a Yun la salvación que su

marido no obtuvo.

—Si no he entendido mal, es una detective internacional, ¿no?

Yo asiento, un poco sonrojada. Aunque han pasado varios meses, todavía no me he acostumbrado a ese término.

—No sabía que existía un oficio así.

—No tengo claro que sea una profesión oficial. Seguramente yo sea la única en el mundo.

Le doy un sorbo al té para rellenar el silencio. Las otras dos mujeres me imitan.

—¿Puede contarme un poco más sobre su esposo? —pregunto.

La señora Lin asiente despacio, como si el movimiento le doliera.

—Kuan era un artista contemporáneo… —Empieza, su voz áspera, como si le costara arrancarla de la garganta—. Estaba empezando a hacerse un nombre fuera de Taiwán. Había expuesto en varios países: Francia, Japón, Estados Unidos. Hace poco lo invitaron a uno de esos festivales grandes… de los que salen en los periódicos.

Mei escucha en silencio, tensa a mi lado.

—¿Siempre se dedicó al arte? —pregunto.

—Nació en una familia pobre. Del sureste del país. Un pueblito de montaña donde, si querías algo más que arroz y trabajo en el campo, tenías que buscarlo tú mismo. Kuan ganó varias becas y patrocinios. No dejó que nada lo detuviera. —Se le escapa una sonrisa breve, cargada de orgullo—. Cuando vivíamos aquí, en Taipéi, a veces necesitaba escapar de la ciudad. Cargar pilas, como él decía. Siempre volvía a las montañas. Su sitio favorito era Yangmingshan, al norte de la ciudad. Se pasaba días pintando allí, lejos del ruido, de las luces, de todo.

Lo imagino. Un hombre que necesitaba respirar verde para no ahogarse en el gris.

—¿Y qué me puede contar sobre el secuestro? —digo, bajando un poco la voz.

La señora Lin no titubea.

—Estaba preparando una exposición nueva. Se quedó hasta tarde en la galería, montando todo. Las cámaras lo grabaron saliendo cerca de medianoche. Se supone que iba hacia el aparcamiento… —Hace una pausa y traga saliva—. Pero nunca llegó al coche.

El silencio pesa un segundo.

—¿Y me puedes contar qué sucedió una vez perdido el tercer juego?

—Cuando los policías fallaron… —Su mandíbula se tensa—. Ese monstruo lo mató. Lo ahorcó con una soga. Después dejó su cuerpo en un sendero al norte de Zhongshan, escondido entre arbustos. Cuando el asesino mandó las coordenadas a la policía, en el lugar no había ni una sola cámara cerca, solo árboles y un cadáver.

La mujer me sostiene la mirada, firme. La forma en que lo cuenta, sin temblar, me revuelve algo en el estómago.

—No crea que no siento dolor —dice, como si leyera mis pensamientos—. Claro que lo siento. —Se lleva una mano al pecho y la aprieta contra el corazón—. Pero la tristeza… la tristeza no puede levantarme de la cama. El odio sí, es lo que me sostiene de pie ahora, lo que me hace capaz de hablar con usted sin romperme.

Se inclina un poco hacia mí. En su semblante ya no hay rastro de la congoja que la corroía hasta ahora.

—Porque aunque no sé quién es, sé que usted… —Su voz es apenas un susurro áspero—. Usted es la única que puede detener a ese malnacido. Por lo menos está claro que la policía no lo hará.

Más que hablar parece que está escupiendo. Por un momento, siento pena por el inspector. Yo no pretendo llegar ahí como una salvadora. Soy consciente de que la policía hace lo que está en su poder, aunque no haya sido suficiente hasta ahora. Lo que me preocupa es que a mí me pueda ocurrir lo mismo, que yo tampoco sea suficiente.

Le hago unas cuantas preguntas más sobre su marido, si guardaba alguna relación con las otras dos víctimas, si contaba con enemigos o los motivos que alguien podría tener para hacerle daño. Todo son negativas. Nada de utilidad a lo que aferrarme. Solo más respuestas vacías que no me acercan ni un ápice al hombre que esa misma tarde ha estado al alcance de mi mano.

Cuando ya me quedo sin interrogantes, nos despedimos de la mujer y la dejamos que vuelva a su luto en soledad.

Al salir el sol ya proyecta sombras alargadas. Su luz me deslumbra y me obliga a parpadear varias veces, con unos ojos que parecen

rendirse al impulso de cerrarse. No llevo ni veinticuatro horas en el país, pero lo siento como si fueran varios días. El haber dormido apenas unas horas no ayuda, y saber que esa noche también me espera trabajo e insomnio no hace más que empeorarlo.

Volvemos al coche, ya sin camión de la basura que ponga banda sonora a nuestros pasos.

—Mei, necesito que me acerques a la comisaría —digo, sin mirarla todavía.

Siento cómo se detiene un segundo antes de arrancar.

—¿Cómo que te acerque? —dice, girándose hacia mí—. Me quedo contigo.

La miro de reojo. Está cansada. Se le nota en la forma en que sujeta el volante, en la sombra que le cruza los ojos y, aun así, se empeña en seguir.

—No hay mucho que puedas hacer allí —le digo, con un tono más seco de lo que pretendía—. Con el interrogatorio a tu madre y el robo de esta tarde ya has tenido suficiente. Es mejor que vayas a casa de tus padres y descanses.

Mei aprieta la mandíbula. Baja la mirada un segundo, como si intentara tragarse algo amargo.

Sé que le duele. Que lo que ha hecho hoy no le parece suficiente, que le sabe a poco quedarse al margen ahora que las cosas empiezan a moverse. Pero si sigue forzando la máquina, lo único que va a conseguir es romperse cuando más falta haga.

Apoyo el codo en la ventanilla y dejo que el silencio se instale entre las dos, pesado e incómodo. Fuera, la ciudad sigue su curso como si no le importáramos ni lo más mínimo.

—¿Y tú que vas a hacer? —dice al fin.

—Voy a investigar el resto de juegos de ese maniaco. Sé que hay algo más, lo presiento. Debo encontrar el patrón que esconde las verdaderas intenciones de ese psicópata.

11

Un ruido sordo me arrastra a la superficie. Abro los ojos a medias, perdida un segundo en el techo grisáceo de la sala de pruebas.

—¡Ah, lo siento! —dice una voz masculina, apurada.

Me incorporo lentamente. Un hombre de uniforme está de pie junto a la puerta, sujetando un recogedor en una mano y un cubo en la otra. Me mira con la expresión de quien acaba de patear sin querer un nido de avispas.

—No sabía que había alguien —añade, agachando un poco la cabeza en señal de disculpa—. ¿Ha dormido aquí toda la noche?

No respondo. No porque no quiera, sino porque todavía estoy quitándome de encima el peso del sueño y la incomodidad de haberme quedado tirada en esta silla.

El conserje asiente para sí mismo, como si la respuesta ya estuviera clara.

—Eso sí que es dedicación —dice, casi en tono de respeto. Sin decir nada más, se aleja con discreción, devolviéndome al silencio.

Me estiro y todo cruje: espalda, piernas, hombros. El vestido me aprieta los codos, la chaqueta parece una camisa de fuerza con estilo. Me gusta arreglarme, aunque hoy no estoy segura de que haya valido la pena.

Me peino con los dedos, alisando lo peor del desastre, y salgo del edificio. La humedad constante del país me da la bienvenida, con un aire denso y pegajoso, teñido de la contaminación de la ciudad. Bajo hacia el 7-Eleven de la esquina, esa tienda veinticuatro horas que sirve como pequeño supermercado, y esquivo a los primeros oficinistas que salen a devorar su jornada como si no tuvieran otra opción.

Dentro, el zumbido de los fluorescentes me da la bienvenida. Camino directa a la estantería de siempre. Compro un *onigiri* de atún y una bebida energética de dudoso contenido nutricional. No es muy diferente de lo que cené anoche.

Entre los ayunos intermitentes, la dieta de supervivencia y las pocas horas de sueño, esta investigación me tiene absorbida hasta

el tuétano. El tiempo que yo pierdo descansando es tiempo que el asesino usa para ganar ventaja. No voy a darle ni un minuto más del necesario.

Al regresar a la comisaría, el agente de seguridad con el que siempre me cruzo me observa unos segundos más de lo habitual. Cuando hacemos contacto visual, me pregunta cómo va la investigación. Le respondo con evasivas, pero insiste. Al notar mi expresión de extrañeza, se justifica: dice que está preocupado por sus dos hijas, que solo quiere saber cuándo podrán volver a salir a la calle sin miedo. Le dedico unas palabras de aliento y me marcho, no sin antes archivar mentalmente la conversación, por si en algún momento necesito revisarla.

Regreso a la sala de pruebas con el desayuno en la mano: el *onigiri* frío y la bebida energética cuyo envase empieza a sudar. No me molesto en sentarme; abro el envoltorio y muerdo de pie, mientras miro la mesa llena de papeles.

La primera víctima. Se desconoce dónde la secuestraron, desaparecida sin testigos, sin cámaras, como si se la hubiera tragado la ciudad misma.

El primero de sus juegos fue sencillo. Un amuleto viejo y un mensaje: «Los espíritus del pasado caminan entre los vivos». La referencia llevó a los policías al mercado nocturno de uno de los barrios más antiguos de la ciudad. Les costó poco atar cabos, buscar entre los puestos de comida, entre el humo de los calamares a la plancha y el tofu frito. Allí, en una caja medio oculta entre los tenderetes, encontraron el móvil desechable que marcaba el siguiente paso.

La segunda pista ya no fue tan amable. Una bolsita de té de alta calidad, pero las hojas estaban completamente secas y trituradas en polvo. La acompañaba el mensaje «El aroma se pierde cuando solo buscas el amargor». Mandó a los policías de cabeza a registrar decenas de tiendas de té. Cuando al fin encontraron la respuesta correcta, ya era demasiado tarde. Llegaron cuarenta minutos después del límite.

El cuerpo apareció al día siguiente, después de recibir las coordenadas de un aparcamiento abandonado. El cadáver ya llevaba

días muerto. Asfixia. Limpio, sin violencia innecesaria. Como si matar no fuera algo personal, sino una parte inevitable del mecanismo.

Al cuerpo le faltaba un collar de oro y unos pendientes atesorados por la familia, pero a cambio llevaba una nota, el mismo papel que tenía delante de mí:

«Desde el primer mensaje, ya estaba muerta. Nunca confié en que pudieran salvarla. Me sorprendió, eso sí, que ni siquiera pasaran del segundo juego. No volveré a ser tan poco generoso. La próxima vez, jugaré limpio. Mientras resuelvan las pruebas, la víctima seguirá viva».

El cinismo soberbio del asesino me cala los huesos.

No solo desafía a la Policía y al Gobierno. Los desprecia. Los fuerza a seguir su compás, sabiendo que las reglas del juego ya están escritas desde el inicio.

Muerdo otra vez el *onigiri*, aunque el hambre se me ha desvanecido.

La segunda víctima no necesita tantos rodeos. Ayer obtuve toda la información sobre el secuestro con la señora Lin. Un aparcamiento de noche, desaparición limpia. El cuerpo lo encontraron en un sendero al norte del distrito de Zhongshan después de que la policía fallara en salvarla una vez más.

Los juegos fueron similares en estructura a los del primer caso. Esta vez se quedaron en la tercera prueba, que ni siquiera llegaron a resolver. La había leído. Era sin duda más compleja que las anteriores.

Me paso la mano por el cuello, tratando de ahuyentar el cansancio que me agarra la nuca.

Anoche me senté a resolverlo después de varias horas de investigar el resto del caso. Cuando quise darme cuenta, la madrugada ya me arrastraba. Y en algún momento, entre descifrar símbolos y recomponer caminos que no llevaban a ninguna parte… me venció el sueño.

Ni siquiera me di cuenta. Ni siquiera tuve tiempo de sentirme derrotada. Solo sé que mientras yo dormía como una estúpida en esa silla, el asesino seguía moviendo piezas.

Aprieto la lata de bebida energética entre las manos. Dejo el

plástico del *onigiri* vacío y me obligo a mirar de nuevo los documentos de las dos otras víctimas, esta vez sin buscar coincidencias, sino grietas.

Y las grietas empiezan a mostrarse. Hay diferencias, claras e irrefutables. Las dos primeras víctimas… todo en ellas parece más crudo y básico. El tipo de trabajo que esperas de alguien que apenas empieza, alguien que todavía tantea, que aún no domina su juego.

Las pistas eran sencillas. Simples hojas de papel o algún objeto básico. Mensajes casi pueriles escondidos en lugares previsibles. No había teatralidad, no había discurso moralista acompañando la violencia. Solo órdenes secas, casi burocráticas: busca aquí, encuentra esto, sigue adelante si puedes.

Ahora es distinto. Con la tercera víctima, todo ha cambiado. Los acertijos son más complejos. El simbolismo es más denso, más calculado. Ya no se conforma con dejar papeles baratos; ahora fabrica objetos, investiga escenarios. Se toma su tiempo. Se regodea en los detalles como un pintor retorcido que por fin ha encontrado su lienzo ideal.

Y luego están los plazos. Antes daba veinticuatro horas para resolver cada prueba. Ahora son hasta dos días. Pienso en eso un segundo, dejando que la idea se asiente. Cuarenta y ocho horas no es un favor. No es misericordia. Es arrogancia. Da más tiempo porque confía en que sus juegos son tan difíciles que ni así seremos capaces de salvar a nadie, porque se quiere reír todavía más de la policía. Verlos sudar, dudar hasta el último maldito segundo. ¿O acaso hay otro motivo? ¿Antes tenía prisa? Y de ser así, ¿qué es lo que ha cambiado?

Muerdo el interior de mi mejilla, concentrada. Todo esto… la evolución, la perfección de su método, el nuevo tono sermoneador de los mensajes… Está dejando de ser un asesino que improvisa. Se está convirtiendo en uno que disfruta. Que quiere ser entendido y visto. Y, de alguna forma, sé que estoy empezando a verle. No su rostro ni su nombre. Pero su forma de respirar, de pensar, de demostrar que está por encima.

Acaricio con los nudillos el borde de la mesa. Siento la energía contenida en las yemas de los dedos, el pulso que me empuja a no

detenerme.

El ruido del resto de la comisaría me saca de mis pensamientos. Miro el móvil. Son casi las ocho de la mañana. Cuando salgo de la sala de pruebas, el pasillo ya está vivo. Gente entrando y saliendo. Teléfonos sonando. Zapatos que golpean el suelo como latidos apresurados.

El cansancio me envuelve, pero por debajo de esta fatiga hay algo mejor: satisfacción. He avanzado. Por primera vez desde que empezó todo, la imagen completa empieza a tomar forma en mi cabeza.

Veo al inspector unos metros más allá, discutiendo con dos agentes sobre una carpeta que sostiene como si le quemara las manos. Cuando me acerco, levanta la vista y su expresión se congela un segundo.

Le basta una mirada para entenderlo. Mi pelo despeinado, las ojeras, la ropa arrugada. No dice nada.

—¿Cómo va todo? —pregunto, sin saber por qué tengo ganas de hablar con ese hombre.

Él se acomoda la chaqueta, ese gesto automático que intenta imponer autoridad donde ya se intuye fragilidad.

—Estamos avanzando —dice Jian—. Hemos seguido una línea lógica de investigación.

Asiento, dejando que se explique.

—La simbología apunta a un trasfondo religioso. Templos, sectas menores… estamos cubriendo todas las posibilidades —añade, con voz tensa.

Puedo verlo en sus ojos. El recelo. La inseguridad que intenta cubrir bajo el barniz de una explicación técnica. Y debajo de todo eso, el miedo.

—No hace falta que sigan perdiendo el tiempo —digo, cruzándome de brazos—. Ya tengo toda la información del caso que necesitaba, no hay motivo para hacer esperar al asesino y que los juegos no continúen.

El inspector me observa con desasosiego, los brazos cruzados, el uniforme apretado contra sus hombros. Pero no llega a decir una palabra.

—Vamos al templo de Wenchang. Allí está la solución del tercer juego.

12

El trayecto al templo lo hacemos en silencio. El inspector conduce con los ojos fijos en el tráfico, como si los semáforos le debieran respuestas. Yo, sentada a su lado, analizo el quehacer de los habitantes de esa ciudad, ajenos a que en el interior de ese coche van los responsables de dar caza al asesino que tiene atemorizada a media población.

Miro a Jian de reojo, se le nota impaciencia en la mirada. Solo ha accedido a que le acompañe porque confía en que realmente tenga la solución del tercer juego. En su expresión veo que quiere saber cómo lo resolví en unas pocas horas, pero su orgullo le impide preguntar.

Aprieta la mandíbula en cuanto oye el nombre de Yun por las noticias de la radio. Lleva un buen rato consultando el reloj, como si cada minuto que se esfuma fuera una deuda que no puede volver a contraer. No me sorprendería que cada vez que piense en la hermana de Mei, le asalte la imagen de su propia hija, la que vi en la foto de su escritorio. En su silencio hay algo peor que el miedo: la visión insoportable de perderla sin poder mover un dedo.

Decido acabar con su molestia.

—El mensaje de este tercer juego… «Los dioses no escuchan a los que nunca supieron gritar». Es el más transparente de los tres. Casi poético.

Hago una pausa breve. El inspector no responde. Se limita a fruncir el ceño, como si no quisiera darle importancia a las palabras que salen de mi boca.

—Los dos primeros juegos eran críticas enmascaradas: a un sistema que te exige nadar o te deja hundirte sin mirar atrás, y a la brecha brutal entre quienes tienen recursos y quienes no. No son mensajes al azar. Son críticas. Ataques frontales a las fallas del sistema educativo y social del país.

Él me lanza una mirada rápida, lo bastante corta como para no apartar los ojos de la carretera, pero lo bastante larga como para intentar evaluarme.

—Según he podido investigar por encima, la educación en Taiwán es un campo minado. Presión, exámenes, jerarquía. Memorizar antes que entender. Someterse antes que cuestionar. Y ahora llega este mensaje: los dioses no escuchan a los que nunca supieron gritar.

Apoyo un codo en la ventanilla. La ciudad pasa a nuestro alrededor con esa mezcla rara de prisa y apatía que tienen las grandes urbes acostumbradas a digerir el dolor sin inmutarse.

—¿Qué hacen los estudiantes cuando están al borde del colapso? Rezan. No porque crean que funcione, sino porque es lo único que les queda. Mi madre era taoísta, así que estoy familiarizada con la religión predominante de Taiwán.

Me detengo un instante, el justo para apartar la imagen de mi madre de la cabeza. Logro hacer que su rostro se disuelva antes de que la congoja, esa que siempre lo acompaña, alcance a instalarse.

—Y si hablamos de dioses en el contexto de los estudios, solo hay un candidato.

El inspector entrecierra los ojos, como si ya supiera hacia dónde voy.

—Wenchang. Dios de la literatura. Protector de los exámenes. En Taipéi, el templo más conocido para pedirle suerte… es el templo con su propio nombre. La pista no habla solo de desesperación. Habla de desesperación ignorada. Estudiantes que suplican ayuda en un sistema que no escucha.

El inspector resopla.

—Ya veremos si tienes razón —murmura, con una mezcla de desdén y desesperación.

Llegamos al templo de Wenchang cuando la ciudad aún está entre el bostezo y la prisa. El inspector aparca a un par de calles, donde el tráfico todavía no ha devorado del todo la acera. Me bajo del coche sin decir nada y dejo ese margen de silencio que ambos parecemos agradecer.

El camino hasta el templo atraviesa un mercado que ya está en plena actividad. Puestos de artesanías, frutas perfectamente apiladas, pulseras de cuentas, juguetes de madera, calendarios bordados. Todo tiene colores vivos y precios a regatear. Los comerciantes montan y desmontan con la rapidez de quien ya lo ha

hecho mil veces. Huele a papel quemado, a incienso rancio y a humedad matinal. Algunos turistas ya merodean entre los puestos, aunque la mayoría de los presentes son locales.

El templo aparece al fondo, una postal detenida en el tiempo. Dragones en los tejados, columnas esculpidas, puertas rojas con remaches dorados y linternas colgantes que tiemblan con la brisa. Todo brilla. Todo vibra, incluso bajo la luz pálida de la mañana. Un exceso hermoso, cargado de símbolos e historia.

A esta hora hay poca gente. Dos estudiantes de uniforme impecable se inclinan frente al altar, susurrando plegarias con la intensidad de quien necesita que algo cambie. Una mujer mayor deja un incienso en uno de los altares. Un trabajador con mascarilla barre los restos del día anterior sin levantar la vista.

Me detengo frente al templo y el inspector se para a mi lado. No me mira, pero tampoco se aparta.

—Aquí es —digo, con suavidad.

Él se queda callado un momento. Observa el templo como si intentara ver algo que se le escapó antes.

—Esperemos que así sea.

Le lanzo una media sonrisa.

Avanzamos por el templo en silencio. Doy un primer rodeo lento, dejando que los ojos se adapten a la luz cálida del incienso y a la sobrecarga visual que define este lugar.

—Probemos primero por los laterales —dice el inspector en voz baja, echando un vistazo rápido al mapa del templo que hay junto a la entrada—. Si yo quisiera esconder algo aquí sin que lo encontraran a la primera, no lo dejaría cerca del altar principal.

Asiento sin discutir.

Damos una vuelta por el perímetro, deteniéndonos en los altares menores. Él revisa con mirada entrenada, sin perder tiempo en detalles decorativos. Yo hago lo mismo, pero desde otra lógica. Busco patrones, desequilibrios, marcas fuera de lugar. Cada rincón que descartamos refuerza mi convicción… y también la pone a prueba.

¿Y si no era aquí? ¿Y si solo vi lo que quería ver? ¿Y si he sido demasiado arrogante y apresurada?

Ya estoy más que acostumbrada a esos pensamientos. Nunca se van, por mucha seguridad que haya ganado desde mi primera investigación. Pero al menos ya sé que lo más productivo es ignorarlos antes de que se transformen en algo peor. No tengo tiempo para inseguridades.

El inspector se agacha frente a un pequeño altar lateral, mueve un cojín, examina una grieta en la piedra.

—Nada.

Niego con la cabeza y exhalo por la nariz, más como gesto de concentración que de frustración. Me giro hacia el fondo del templo.

—Queda una zona.

Él no responde, solo me sigue.

Al llegar, el ambiente cambia. No hay ruido, ni siquiera susurros, solo el leve crujido de las rodillas al inclinarse y el aroma espeso del incienso. Dos chicos y una chica están arrodillados sobre pequeños cojines. Tienen las palmas unidas alrededor de un palillo de incienso, la cabeza inclinada y los labios en movimiento. No sé qué dicen, pero puedo intuir lo que piden. Lo mismo que miles antes que ellos. Lo mismo que habría pedido yo, si creyera que los dioses hacen algo más que mirar.

Nos detenemos a una distancia prudente y me agacho junto al altar. El incienso quema lento y la base está tallada con símbolos taoístas. Bajo el quemador, entre las ranuras del pedestal, hay un hueco apenas visible. Al meter la mano, solo tanteo polvo y fragmentos de madera seca. Luego, algo más denso. Plástico.

—Aquí está —murmuro.

Tiro con cuidado. Una bolsa de plástico transparente, cerrada con cinta negra. En su interior, un móvil desechable. Se lo muestro al inspector. Se toma unos segundos en reaccionar, como si se acabase de dar cuenta de que en ningún momento bromeaba. Suelta un suspiro, mezcla de alivio y tensión contenida. Yo sencillamente tengo el rostro iluminado de satisfacción.

Abro la bolsa y le doy el móvil. Suficiente paciencia está teniendo el inspector como para quitarle el honor de alargar la vida de Yun por unos días más.

Jian lo enciende. Tiene batería. Cuando la pantalla se activa solo

hay una aplicación: mensajes. Pulsa sin dudar. El teclado está abierto, esperando. Teclea sin dramatismo, solo un carácter: 3, el número del juego que acabamos de resolver.

La aplicación muestra que el mensaje se ha enviado. Nos quedamos prendidos durante varios segundos, hasta que el color cambia e indica que se ha leído. Un símbolo muestra que el asesino está escribiendo al otro lado. Aprieto los dientes con fuerza, sintiendo impotencia y desafío. Esa persona seguramente estaba en la misma sala en la que Yun se encontraba, supuestamente, con vida.

Finalmente, recibimos un mensaje. Al contrario que las veces anteriores, no está escrito en chino, sino en inglés. El inspector alza las cejas, sorprendido por el cambio. Sin decir nada, me cede el móvil.

—¿Qué dice?

Le echo un vistazo al mensaje y no me gusta lo que veo. Empiezo a traducirlo al chino.

—Querida Valkiria, bienvenida al juego. Empezaba a aburrirme con el nivel de la policía, han dejado que muriesen dos ciudadanos ejemplares sin apenas titubear. Tú, en cambio… prometes. Es un placer tenerte a bordo.

»He empezado a leer *Sin testigos no hay crimen*. Me está gustando. Te avisaré cuando lo termine. Aunque no necesito conocer el final para adelantarte que en esta ocasión el desenlace no será tan benigno como el del caso que te lanzó a la fama. Pronto recibiréis más noticias de mí.

13

La sala de pruebas se ha convertido en una extensión de mi cuerpo. O de mi cabeza. Ya ni lo sé. He pasado tanto tiempo aquí en los últimos dos días que hasta el sofá hundido parece reconocer mi forma.

La televisión, apoyada en una esquina, está encendida en las noticias. Ahora mismo echan la previa de la rueda de prensa que está a punto de empezar varias plantas por debajo de mí. Seis expertos opinando sin saber nada, lanzando hipótesis al aire con la puntería de un francotirador tuerto. Uno de ellos dice que los secuestros y asesinatos están relacionados con las tensiones políticas con el país vecino. Me río en voz baja. Siempre es buen momento para trabajar la agenda política.

Cuando el presentador levanta un folio con gesto dramático, se abre la puerta. Entra Mei y, con solo verla, sé que viene cargada. Su forma de caminar lo dice todo. El paso rápido, los puños apretados, la mirada como si fuera a dispararme con los ojos.

—¿Por qué no me avisaste? —dice, sin alzar la voz, pero con un temblor en la garganta que la delata más que cualquier grito.

Me giro solo un poco, lo justo para verla plantada ahí como si llevara rato ensayando esa frase. No está enfadada, no de verdad. Intenta no desmoronarse, y se le nota.

—Estabas agotada —respondo, sin moverme del sofá—. No habías dormido ni tres horas seguidas desde que empezó todo. Después del interrogatorio y el robo en tu casa de ayer… supuse que era mejor que no vinieras al templo a resolver el tercer juego. Por si acaso yo me equivocaba.

No hay reproche en mi voz. Solo un cansancio compartido.

Mei da un paso al interior de la sala y cierra la puerta tras de sí. Se queda de pie, indecisa, como si sentarse fuera admitir que no tiene fuerzas para seguir discutiendo.

—Pero… podrías haberme dicho algo. No sé. Aunque solo fuera para saber que estabais allí. Sentirme… parte. ¿Y acaso tú estás en condiciones de investigar? Solo hay que ver las ojeras que parece

que tienes tatuadas en el rostro.

«Sentirme útil», quiere decir. «Sentir que hago algo por salvarla». No lo dice, pero está ahí.

Suelto el aire en silencio. Me siento mal por haberla dejado fuera, pero también sé que hice lo que había que hacer. Mei estaba al límite, con los nervios en carne viva. Si la solución del tercer juego no hubiese estado en el templo de Wenchang, se habría roto del todo.

—Dormí dos horas cuando volvimos —digo como única respuesta.

Me mira con incredulidad, como si el argumento fuera una broma de mal gusto.

—¿Y eso basta? —pregunta, sin ironía. Solo esa mezcla rara de preocupación y reproche que se reserva para quien quieres cerca pero no entiendes.

—Mientras Yun siga ahí fuera, sí —respondo—. No hay nada en este mundo que me impida llegar hasta el final.

Mei asiente despacio y baja la mirada. La televisión cambia de plano y reconozco al portavoz de la policía colocándose el micrófono.

—Siéntate, anda —le digo, volviendo la vista a la pantalla—. Va a empezar la rueda de prensa.

Ella sigue mi sugerencia y yo me acomodo en el sofá. En la televisión reconozco la moqueta gris y ese fondo con los logos del cuerpo que parece haber sido esbozado por alguien que odia los colores y el diseño en general. La cámara enfoca al estrado, donde el inspector Jian se ajusta el nudo de la corbata con una seriedad casi ceremonial.

La sala está llena, y no es para menos. Dos víctimas, una tercera secuestrada y diecisiete días con una cadena de juegos macabros y una presión mediática que podría hacer estallar una central eléctrica.

Según me explicó el subinspector Ren, desde que apareció la segunda víctima resultó inviable seguir ocultando el modo de obrar del asesino y el avance con las pistas. Él propuso que, antes de que alguien en la comisaría filtrara la información a los medios, era preferible hacer una declaración oficial aprobada por los de arriba.

Jian toma el micro con gesto solemne. Está orgulloso. Lo noto en la forma en que hincha el pecho, en la pausa que hace antes de

hablar. Está a punto de contarlo, de anunciar que han resuelto el tercer juego, de decir que están más cerca que nunca de encontrar a Yun con vida.

—Queremos informar a la ciudadanía que, gracias al trabajo incansable del equipo de investigación, hemos logrado resolver la tercera de las pruebas planteadas por el criminal.

A su lado, los subinspectores asienten en silencio, con esa actitud de «no sabemos muy bien cómo hemos llegado hasta aquí, pero fingiremos que fue planificado». Jian continúa, explicando el vínculo entre la pista y el templo de Wenchang, y cómo esa conexión les permitió descifrar el tercer juego. Dice lo que le dicté esta mañana, con adornos, pero básicamente eso.

Mei me lanza una mirada de reojo, pero no digo nada. No me molesta que se lleve el mérito. Al contrario. Jian necesita esto. Lo necesita él, la comisaría y, con suerte, el sistema para no colapsar del todo. Que digan que han sido ellos los que dieron con la respuesta es parte de cómo funciona. Nadie quiere saber que una extranjera que duerme en sofás ajenos y se alimenta de café frío es la que va dos pasos por delante.

—Ahora solo queda esperar el próximo movimiento del criminal —dice Jian—. Confiamos en que esta presión lo obligue a cometer un error.

El inspector termina su exposición con un leve asentimiento, como si con eso sellara su declaración en piedra. Apenas ha soltado el micro cuando un mar de cámaras y objetivos se alza al instante, como una bandada de insectos metálicos hambrientos de sangre. No queda ni un solo espacio libre en la sala de prensa: cada centímetro está ocupado por periodistas apretujados entre cables, trípodes y tablets.

No hay orden, solo un ímpetu común, casi desesperado, por obtener respuestas. Todos vociferan a la vez, quieren saber lo mismo que grita por dentro la ciudad entera: si la chica sigue viva, si están cerca, si hay esperanza, si habrá más víctimas. Pero en sus ojos no hay compasión. Hay hambre. La misma que mueve los titulares, que exprime cada segundo de morbo y convierte el sufrimiento ajeno en espectáculo de media tarde.

El inspector parpadea y traga saliva antes de señalar al primero que tiene cerca. Las preguntas iniciales son las típicas: ¿Hay esperanza de que Yun esté viva? ¿Han tenido comunicación directa con el secuestrador? ¿Cuál es el siguiente paso?

Jian responde con manual en mano. Mucha cautela, firmeza y frase para titulares.

Y entonces, como si alguien hubiera dejado caer un cuchillo en medio del plató, una voz lanza:

—Inspector, nuestras fuentes nos dicen que en esta investigación les está asistiendo una detective privada extranjera. Se llama Valkiria Kross y en los últimos meses ha ganado notoriedad porque un escritor ha comenzado a publicar sobre sus casos. ¿Qué tiene que decir al respecto?

El silencio cae como un hachazo. Jian parpadea, pálido, procesando lo que acaba de oír. Del otro lado de la pantalla, yo me quedo quieta. Muy quieta. Como si el más mínimo movimiento fuera a hacer estallar algo. Mei se vuelve hacia mí con una mezcla de sorpresa y tensión en los ojos, pero no digo nada. Me cruzo de brazos despacio. Por fuera parezco calmada, por dentro, no tanto.

Esto no es solo un problema de imagen. Es un problema de fondo. No deberían saber que estoy aquí, no tan pronto, no de esta forma.

¿Cómo lo han averiguado? ¿Alguien en la comisaría lo ha filtrado? Podría ser. Hay demasiadas bocas y demasiadas ganas de protagonismo. O quizás ha sido el asesino. Le encanta el espectáculo y, si alguien va ganando fuera del tablero, su reacción lógica es volcar la mesa.

Observo al inspector con atención. Necesita reaccionar. Intenta recomponerse. Recupera el control con un tirón brusco del lenguaje, como quien se aferra a un volante a punto de estrellarse.

—Eso es una estupidez —dice, demasiado rápido, demasiado tenso —. La policía de Taiwán no está trabajando con ningún consultor externo en este caso. Y mucho menos con una extranjera que desconoce nuestra cultura, leyes y el funcionamiento de nuestro país.

La sala se agita y el murmullo crece como una ola imparable. Jian se aferra a la frase como a un escudo, aunque la mentira le pesa. Le

duele. Pero no tiene alternativa.

En la pantalla, el periodista no se achanta. Levanta una tablet y la cámara enfoca. En la imagen aparezco yo, junto a Jian, frente al templo. Alguien nos cazó con el tipo de objetivo y el momento justo que solo se ven en las fotos robadas de un famoso saliendo del hotel con su nueva pareja.

Y ahí se desata todo. Otro periodista salta de inmediato:

—¿No será más bien que no quieren admitir que esta mujer ha sido clave porque dejaría en evidencia la inefectividad del cuerpo policial?

El golpe entra como un martillazo. Jian parpadea con fuerza y aprieta los labios, ya no está respondiendo preguntas: está intentando no derrumbarse en directo.

A mi lado, Mei se mueve incómoda en el sofá. Sabe lo que esto significa. Yo también. Acaban de encender la mecha.

El asesino, si tiene los ojos puestos en la pantalla —y los tiene—, debe de estar riéndose a carcajadas, como un titiritero viendo cómo sus marionetas se pelean entre sí sin notar los hilos.

En medio de la tensión, una figura aparece por el lateral del escenario. No lleva uniforme, pero se mueve con autoridad. Se acerca al inspector Jian con paso rápido y la cara cargada de malas noticias. Le susurra algo al oído. Jian asiente una sola vez, con la rigidez de quien sabe que lo que acaba de oír no es una sugerencia.

No dicen nada ni se excusan, simplemente se marchan. Jian y el mensajero desaparecen por la misma puerta por donde entraron, con una prisa que no intenta disimular.

La sala explota.

—¿A eso le llama transparencia? —grita uno.

—¡Inspector, no ha respondido a la pregunta! ¡Ni una sola palabra sobre la foto!

—¿Va a huir ahora también de la investigación?

La indignación salpica todas las esquinas del lugar. Pero entonces, alguien en mitad del tumulto grita algo que corta el aire:

—¿Han recibido el cuarto juego?

Y como si esa frase fuera una señal, los gritos cambian de tono. Ya no hay rabia, hay interés. Miedo. Expectación. La sala se inclina

hacia esa idea como un animal que olfatea sangre.

Yo no necesito la contestación del inspector a esa pregunta. Me estiro los hombros y miro la pantalla mientras las imágenes siguen en bucle. Mei me observa en silencio, esperando a que diga algo.

No lo hago. Es suficiente con que observe mi rostro.

Acaba de llegar el cuarto juego.

14

Mei y yo esperamos fuera de la sala de pruebas sin decir una palabra. La televisión sigue encendida, pero el sonido de fondo ya no importa, la rueda de prensa ha terminado de golpe.

La oficina y escritorios de los agentes siguen vacíos, a la espera de que los policías que se encontraban abajo abarroten esa sala ahora que el cuarto juego ha debido de llegar.

Sé lo que va a pasar. Jian y su equipo subirán con el nuevo juego, lo examinarán, lo discutirán e intentarán resolverlo como si se tratara de una prueba más. Pero esto ya no es solo un juego. Es una guerra de desgaste. Y ellos, por mucho que se esfuercen, siguen jugando con las reglas de un tablero viejo.

El ascensor emite un pitido. Levanto la cabeza justo cuando las puertas se abren. Jian aparece con el rostro pétreo y un paquete marrón en la mano.

Antes de que pueda abrir la boca, lanza la primera bala.

—Espero que esté satisfecha, señorita Kross —dice sin detenerse, como si sus palabras fueran metralla que planeaba soltar desde antes de llegar.

—¿Perdón?

—Todo esto… —Agita el paquete en el aire, sin mirarme—. Su presencia filtrada, las cámaras buscándola, los medios diciendo que la hemos contratado porque no somos capaces de resolver el caso por nosotros mismos.

Su voz no sube de tono, pero cada palabra viene cargada. Me cruzo de brazos para no responderle con un puñetazo verbal inmediato.

—Yo no he filtrado nada —respondo con frialdad—. Créame, soy la primera que preferiría que nadie supiera que estoy aquí.

—¿Y pretende que me lo crea? —Su ceja se alza, escéptica—. Una detective con fama internacional, convertida en personaje de novela, que aparece justo cuando este caso alcanza la cúspide mediática. ¿Quiere que me trague que esto no forma parte de su estrategia de autopromoción?

—¿Está insinuando que me estoy beneficiando del secuestro de una mujer? —pregunto sin alterarme—. Si realmente pensara eso, inspector, entonces es usted más ingenuo de lo que aparenta.

Se detiene frente a la puerta de su despacho. Su mirada intenta atravesarme, pero ya he aprendido a no parpadear ante este tipo de desafíos.

—Usted no entiende lo que ha provocado —espeta Jian, apretando los dientes—. Este caso nunca ha sido una investigación ordinaria. El asesino está observando cada movimiento. Y ahora, gracias a su presencia estelar en los titulares, le hemos entregado justo lo que quería: espectáculo, notoriedad… Un nuevo capítulo para su juego y para su mensaje moralista sobre lo roto que está el sistema.

—No se equivoque, inspector —respondo, sin moverme un milímetro—. Si alguien ha filtrado mi presencia aquí, ha sido él. Esto es justo lo que busca, que nos enfrentemos, que le demos más contenido mediático, que le dejemos ganar una vez más.

—Interfirió. Hizo justo lo que no debía hacer. No solo en la investigación, sino con la historia que ahora cuentan los medios. Ahora todos creen que tenemos esto en nuestras manos solo porque usted lo permite —dice, alzando el paquete.

—Yo no tengo control sobre la historia que construyan las noticias de este país. Pero seamos francos, hay gran parte de verdad en esa narrativa. Si hubiesen hecho bien su trabajo desde el inicio, yo nunca habría aparecido. —Doy un paso hacia él, sin intención de intimidar, pero con firmeza—. No me interesa el marketing ni mi imagen pública. Solo quiero resolver el caso.

Un silencio espeso cae entre nosotros. Jian baja la mirada hacia el paquete. Al mover su dedo veo que ya está abierto.

—El cuarto juego ha llegado —murmura—. Como ya le dije, sus actos tienen consecuencias. Su truco de retrasar la resolución del tercer juego… nos ha dejado vendidos.

Mete la mano dentro del paquete y saca un cubo de Rubik. Pero no es uno cualquiera. Las caras no tienen colores uniformes, ni parece que siga la lógica tradicional del rompecabezas. Algunas piezas tienen inscripciones minúsculas, otras colores, letras o números. Lo sostiene con los dedos, como si fuese un insecto

venenoso.

—Ha llegado esto, acompañado de esta nota.

Me entrega un papel doblado con la delicadeza reservada para las bombas y las malas noticias. Lo despliego:

不是所有破碎的東西，都需要修補。

«No todo lo roto necesita ser arreglado», repito en mi cabeza en español. Debajo de la frase, escrita a mano en tinta negra, hay algo más. Una nota. Una caligrafía clara, meticulosa. Y esta vez, dirigida a mí. Traduzco en mi cabeza mientras la leo:

Intentaste jugar conmigo, Valkiria. Retrasaste la resolución, creyéndote lista, creyéndote por encima del juego. Me hiciste perder el tiempo. Y eso no se perdona.

Esta vez no tendréis cuarenta y ocho horas. Solo veinticuatro.

El reloj ya ha empezado a contar. 12/10/2025 - 11:00

Buena suerte, detective internacional de lujo.

Me trago el impulso de estrujar el papel. Mis dedos tiemblan apenas, pero no por miedo. Por rabia.

Jian me observa desde el costado, tenso como un resorte. Se gira hacia la sala, donde ya se han reunido decenas de agentes que miran la escena desde la puerta, esperando permiso para actuar.

—¡Quiero un escáner completo de este maldito rompecabezas! —grita, alzando el cubo de Rubik como si fuera un trofeo maldito—. ¡Ya! Antes de que nadie más lo toque. Lo quiero analizado, registrado pieza por pieza. ¡Si hay un mensaje oculto en uno de estos cubitos, lo vamos a sacar aunque tengamos que abrirlo con bisturí!

Los agentes se mueven al instante. La tensión en la sala se vuelve densa, casi palpable. Y en medio de todo, el cubo sigue en el aire, moviéndose lentamente entre los dedos enguantados de un técnico forense.

Jian no dice nada más. Solo se marcha. Lo hace con pasos firmes, sin mirar atrás, como si la pared del pasillo le ofreciera más respuestas que cualquiera de los que estamos aquí.

Cuando por fin el murmullo de los agentes se disuelve y nos quedamos solas, Mei se gira hacia mí. Ha estado en silencio desde el final de la rueda de prensa, pero su mirada lleva minutos acumulando reproche.

—Te dije que podía tener consecuencias —susurra.

Su voz no es fría, es cansada. Como si le costara más confrontarme que tragarse el miedo.

No respondo al instante. Dejo que el silencio haga su trabajo, que las palabras se asienten.

—Lo sé —digo al fin—. Pero no es tan grave como parece.

—¿No? ¿Reducirnos el tiempo a la mitad no te parece grave?

La miro, está al límite. Los ojos hundidos, la voz quebrada por una tensión que lleva días fermentando en su pecho. Le han arrancado una certeza más, y eso la hace tambalearse.

—Para mí —respondo con calma—, que el asesino haya reaccionado tan rápido solo confirma algo que ya sospechaba.

Mei frunce el ceño. La agarro del brazo y la llevo al interior de la sala de pruebas.

—¿El qué? —dice en un susurro cuando cierro la puerta.

—Que hay una filtración en esta comisaría. Que el asesino obtiene información de aquí dentro de alguna forma. Si no, ¿cómo sabría que propuse retrasar la resolución del tercer juego?

Mei se queda helada. Yo continúo.

—Este acortamiento no es una maldición, es una pista. Y mucho más valiosa que cualquier rompecabezas.

Se pasa una mano por la cara, como si quisiera borrar todo lo que acaba de escuchar.

—¿Y qué vas a hacer?

Me acerco hacia la mesa en la que descansan todas las pruebas del caso.

—Lo mismo por lo que me llamaste. Resolver la investigación.

Y mientras ojeo la mesa con los informes previos, una pregunta empieza a tomar forma en el aire. No la digo en voz alta, pero está

ahí, latiendo:

¿Quién, dentro de la comisaría, está jugando para el otro bando?

15

Han pasado treinta y cuatro minutos desde que el cubo llegó a la comisaría. Treinta y cuatro minutos de escáneres, luces ultravioletas, pinzas, guantes y microscopios portátiles. Tiempo suficiente para concluir lo que, desde el principio, ya sabíamos.

No hay nada.

Ninguna trampa, cavidad oculta o pieza hueca con un mensaje grabado. La única diferencia con un cubo de Rubik normal está en las pegatinas: en vez de los seis colores clásicos, cada cara tiene pegatinas de diferentes tipos. El cubo está completamente deshecho, con las piezas revueltas al estilo de un niño que lo agitó y luego lo lanzó al suelo.

Cuando termina la ronda de análisis técnico, Jian toma el cubo y se sienta en una de las mesas. Lo observa como si estuviera viendo una versión de sí mismo desarmada, y empieza a girarlo con manos firmes.

—¿Sabía que de joven lo resolvía en menos de un minuto? —murmura hacia Ren, el subinspector, sin apartar la vista del objeto.

No es una competición, pero yo lo hacía en menos de veinte segundos. De pequeña lo usaba para distraerme en las tardes largas de los viajes que hacíamos por el trabajo de mi padre. Era lo único que me daba la sensación de que el mundo podía ponerse en orden si sabías girar las piezas adecuadas.

Jian hace varias rotaciones con movimientos fluidos gracias a su memoria muscular. Intenta formar una cara completa. Cuando lo logra, gira el cubo para continuar… y se detiene.

Frunce el ceño, deshace el movimiento y prueba por otro lado. Me acerco y me inclino un poco para observar la disposición. Y lo veo.

—No se puede resolver —dice justo cuando me disponía a sugerir lo mismo.

—Hay piezas intercambiadas —digo.

El inspector señala una de las aristas: está compuesta por dos pegatinas que, en un cubo normal, nunca estarían juntas. Comparable a tener el norte y el sur pegados con pegamento.

—No solo está desordenado —continúa Jian—, está mal armado. Las aristas no coinciden con los centros que deberían tener. Es como si alguien hubiese desmontado el cubo y lo hubiese vuelto a montar mal a propósito.

—Es un mensaje.

Mei, que ha estado escuchando en silencio desde el fondo, se acerca despacio.

—«No todo lo roto necesita ser arreglado» —recita.

Asiento.

—El cubo no tiene solución. No como lo esperamos. El objetivo no es resolverlo, es entender que su desorden es deliberado. Parte del juego.

Jian aprieta los labios, frustrado. Sin decir una palabra más, vuelve a sumergirse en el rompecabezas que sostiene, con la concentración de un niño enfrentándose por primera vez a un cubo de Rubik.

El ambiente ya se ha estancado. El sonido del cubo resuena en el despacho de Jian. Yo salgo, solo una persona puede estar con ese juego. Quizás es una decisión intencionada del asesino. Me giro hacia Mei.

—Vamos a comer algo.

Ella asiente, sin palabras.

Salimos del edificio. Caminamos por dos calles hasta encontrar un local anodino con carteles grasientos y mesas de aluminio. Pedimos lo más rápido del menú y comemos en silencio. Mei coge el arroz con los palillos, con una lentitud que hace parecer que cada grano le pesa. No tiene fuerzas para fingir conversación, y yo no tengo ganas de forzarla.

Veintisiete minutos después, estamos de vuelta en la comisaría.

Jian está aún en su despacho. Tiene los codos sobre la mesa y la mirada perdida en el cubo, que ahora reposa como un cadáver.

Cuando me ve entrar, suspira.

—Su turno —dice.

Y me empuja el cubo como quien entrega un arma descargada, esperando que sepa cómo volverla útil.

Cojo el cubo. Pesa más de lo que debería, no es uno de los modelos diseñados para competición de velocidad. Lo noto en la

palma mientras lo llevo hasta la sala que se ha convertido en mi estudio y me acomodo en una de las sillas laterales, donde la luz es más directa. Mei se sienta a unos metros de mí.

Coloco el cubo sobre la mesa.

Primero lo estudio, con la atención que se le da a una pieza arqueológica recién extraída de una tumba. Identifico seis tipos diferentes de pegatinas. Colores, nueve diferentes. Las siguientes piezas son caracteres chinos. Según ha añadido el inspector, equivalen a seis distritos de Taipéi. El tercer tipo son números en apariencia aleatorios, como el uno, el cien o el treinta y tres. Luego, letras, desde la A hasta la I, todas mayúsculas. En otra, los puntos cardinales. Las últimas piezas son símbolos matemáticos: raíz cuadrada, infinito, igualdad, suma, división…

Colores. Caracteres chinos. Letras. Números. Coordenadas. Símbolos matemáticos.

Una especie de síntesis visual. Lo pienso mientras empiezo a girarlo. El mensaje está ahí. No todo lo roto necesita ser arreglado.

Las piezas giran sin fricción. Algunas combinaciones forman patrones que parecen tener sentido durante unos segundos, pero luego se disuelven como agua entre los dedos. Una cara con los números casi en orden. Otra con los caracteres agrupados por radicales. Luego se rompe al intentar ajustar las demás.

Paso más de una hora solo en esta fase, analizando, buscando relaciones y combinaciones que respeten alguna lógica, algún patrón oculto. No lo hay.

Entonces me canso y dejo de buscar simetrías, dejo de fingir que esto es un rompecabezas tradicional y lo desmonto. Pieza a pieza. El clic seco de cada módulo al separarse del eje central suena como un hueso al partirse en dos.

Inspecciono cada componente por separado. Busco inscripciones, irregularidades, doble fondo. Nada. Solo plástico, pegatinas y más plástico.

Lo reconstruyo. Luego intento armar patrones nuevos. No la solución clásica, sino otra cosa: palabras, caminos, secuencias repetidas, como un sudoku tridimensional o un mensaje cifrado.

El cubo se burla de mí con cada intento. Nada encaja, ni siquiera

las reglas del caos que intento imponerle. Y sé que no soy la única: Jian y sus agentes estarán igual, jugando con la simulación del ordenador que han hecho del cubo, sin un solo acierto que mostrar.

El sonido del móvil me sobresalta. Vibra sobre la mesa metálica, como si protestara por el desprecio de haber sido ignorado tanto tiempo.

Es Jac Ros.

Miro la hora. Las cuatro y cuarenta y siete. Han pasado más de tres horas desde que Jian me entregó el cubo. No me había dado cuenta. Mei duerme en el sofá lateral, con el cuerpo encogido y la chaqueta sobre los hombros. Tiene las facciones tensas incluso dormida.

Respondo con un gesto automático, ya sabiendo que me voy a arrepentir.

—Jac.

—¡Valkiria! ¿Cómo va todo?

—Estoy trabajando —respondo seca.

—Ya lo he visto. Acabo de ver la rueda de prensa entera. Me ha costado encontrar la emisión completa, pero ya entiendo todo… la razón por la que saliste corriendo de la presentación en Tokio.

—¿Me estás llamando para hablar de eso?

—Te estoy llamando porque el caso es impactante. No puedo dejar de pensar en cómo alguien puede montar algo así, con acertijos, plazos, toda esa lógica torcida… Necesito que me cuentes más. Quiero ayudar.

Me llevo el móvil un poco más lejos del oído.

—No.

—Solo lo esencial. Dónde empezó. Qué perfil crees que tiene. Cuál es la lógica detrás de todo esto. Necesito entenderlo para ordenar mis notas.

Ordenar sus notas. Cierro los ojos. Aquí contamos horas para evitar una muerte, y él piensa en esquemas y explicaciones como si esto fuera un seminario. Como si Yun no fuera de carne y hueso, sino un caso de estudio.

—En ningún momento te he dicho que puedas escribir sobre esto.

—Pensé que era un hecho —dice, más serio—. Una continuación

natural.

—Pues no lo es.

—Valkiria, este caso es único, en especial gracias al mensaje de los crímenes. Podría ser…

—Si terminas esa frase con «el libro de tu carrera», te juro que cuelgo ahora mismo.

Jac se calla. Pero solo por un momento.

—Ya he terminado lo que tenía que hacer en Tokio. Esta tarde puedo volar a Taipéi, así estoy cerca para ayudarte…

Aprieto los dientes.

—Si te presentas aquí, te garantizo que ese libro nunca existirá —digo, sin elevar la voz, pero dejando claro que no es una amenaza, sino una certeza.

El silencio que sigue es largo. Casi puedo oír su exhalación, el sonido lejano de alguien que intenta sostener una idea que se le escapa entre los dedos.

—Está bien —dice por fin, con esa mezcla de resignación y orgullo herido—. Pero…

—No me llames —lo interrumpo, cansada—. Ni una sola vez más. Cada minuto que hablo contigo es un minuto que no uso para encontrarla. Ya te hablaré si esto acaba bien.

Y cuelgo.

No con rabia. Con necesidad. Como quien baja una persiana en medio del vendaval, solo para escuchar el ruido de dentro.

La habitación se sumerge otra vez en silencio, salvo por la respiración suave de Mei y el eco del cubo sobre la mesa.

Miro mis manos. Están rígidas, agarrotadas por haber forcejeado demasiado tiempo con un mecanismo sin respuesta. A veces me olvido de que todo esto sigue siendo una investigación. Un crimen. Una vida.

Pero ahora… ahora es más que eso. Ya no es solo Taipéi. Ya no es solo Taiwán. Todo el mundo está mirando hacia esta oficina, hacia mí.

Estoy en el centro de un ciclón del que no sé si voy a salir entera.

16

La conversación con Jac me carcome por dentro. No debería haberle hablado así. Él no tiene la culpa, solo quería ayudar. Pero, después de tantas horas intentando resolver ese cubo de Rubik con un mensaje que se me escapa por completo, la frustración ha terminado por reventarme. Y, como siempre, lo he pagado con quien menos lo merece.

El aire tibio de Taipéi me acaricia la cara al descender del coche. Mei ha conducido hasta uno de esos aparcamientos que se extienden bajo las arterias de la ciudad como catacumbas de cemento. Encima de nosotras, la autovía resuena con el paso constante de vehículos. Todo tiembla levemente, como si el mundo mismo tuviera ansiedad.

Necesitaba salir, respirar otro aire. Le pedí a la madre de Mei que también me pusiera en contacto con los padres de Shu-Fen, la primera víctima. Ella accedió. Sabía que la policía nunca me permitiría acercarme a ellos. Al parecer, los padres han aceptado hablar conmigo. No sé qué esperan de mí ni qué creen que puedo darles, pero cualquier cosa que digan podría servirme para atrapar al psicópata que le arrebató la vida a su hija.

Caminamos por una calle secundaria, estrecha y poco transitada. El cielo está cubierto por una capa de nubes difusas que no terminan de decidir si van a llover o no.

Un grupo de jóvenes se cruza con nosotras en una esquina. Los primeros nos reconocen. Lo noto por las miradas y los murmullos. Uno se me acerca con una sonrisa tímida, pero decidido.

—¿Eres la extranjera esa que está persiguiendo a ese asesino?

Me pongo a la defensiva de inmediato. Asiento, con una sonrisa apenas forzada.

—Gracias por lo que estás haciendo —dice de repente—. De verdad. Cualquier ayuda es bienvenida.

—Sí. Gracias por venir —añade otro, más alto—. Ojalá atrapes a ese malnacido.

Les devuelvo un gesto de cabeza y seguimos andando. A los dos

minutos, otro grupo parece reconocerme. Está claro que salir en todos los telediarios del país y en las tertulias es una publicidad efectiva. Una de las chicas me lanza una mirada de arriba abajo, con los brazos cruzados. Se gira hacia su acompañante y le susurra. No hace falta que lo escuche, sus ojos hablan más que su boca. Otros del grupo la secundan con esa misma mirada ladeada, como si yo fuera un virus traído del exterior.

No contesto. Mei se tensa a mi lado, pero tampoco dice nada. Seguimos caminando, con el murmullo de las motos, los pasos y las voces apagadas detrás.

Miro el móvil. Hemos llegado a nuestro destino. Estamos en una calle tranquila, en uno de esos barrios residenciales donde cada casa parece un eco de la anterior. Fachadas limpias, jardines minúsculos, puertas cerradas a cal y canto. Todo emana una sensación de orden tan perfecta que incomoda. Mei camina a mi lado sin decir nada, tiene las manos dentro de los bolsillos de su chaqueta y la mirada fija en el número treinta y tres, que asoma al final de la acera.

Nos detenemos frente a la verja y Mei pulsa el timbre. Unos segundos después, una figura se perfila tras el cristal esmerilado de la puerta. Se abre con un sonido que parece más antiguo de lo que debería.

—Señora y señor Tsai —dice Mei, con un tono casi ceremonial.

Los padres de Shu-Fen no sonríen. Él asiente con la cabeza, rígido como una columna. Ella se aparta para dejarnos pasar. Ninguno de los dos pronuncia mi nombre. Ya tengo claro que no nos quieren en su casa, ahora necesito descubrir si es por prejuicios hacia una extranjera metomentodo, o porque ocultan algo.

El interior de la casa es igual que el exterior: pulcro, silencioso, sin un solo objeto fuera de lugar. Las paredes están cubiertas de fotografías enmarcadas, la mayoría de Shu-Fen. Uniformes escolares, diplomas, entregas de premios. Un escaparate de logros. Me siento como una intrusa en un museo dedicado a una vida que ya no existe.

Nos invitan a sentarnos en el salón, un espacio cuadrado y sin adornos superfluos. Lo único que resalta es un cuenco con guayaba, papaya y mango. La señora Tsai desaparece un momento y regresa

con una bandeja de porcelana con dos tazas de té humeante que coloca frente a nosotras. Luego se sienta junto a su marido, las manos cruzadas en su regazo.

—Gracias por recibirnos —digo—. Lamento mucho su pérdida.

Ambos asienten, como si estuvieran cumpliendo con una rutina bien ensayada.

—Confiamos plenamente en que la policía resolverá el caso —dice el señor Tsai, con voz firme—. Ellos están haciendo todo lo posible.

Parece creer firmemente en sus palabras. Evito decir que, para ellos, ya no queda caso que resolver. Shu-Fen está muerta.

—Estoy tratando de entender mejor a la persona que hizo esto. Queremos evitar que haya una tercera víctima —digo con todo el tacto que logro reunir—. A veces, las familias pueden ofrecer detalles que la investigación oficial pasa por alto. ¿Les importaría que les hiciera unas preguntas?

La señora Tsai asiente. Pero su mirada me dice que no esperan nada de mí. Que estoy aquí solo por cortesía, no por utilidad.

—¿Qué me pueden contar sobre Shu-Fen?

Los ojos de ambos se iluminan, pero no de alegría. Es ese brillo que da el dolor cuando recuerda algo hermoso.

—Tenía veintiún años —dice la madre—. Estudiaba Ingeniería Biomédica en la Universidad Nacional de Taiwán con una beca completa. Era la primera de su clase. Desde niña destacó por su inteligencia, su disciplina, no hubo año en que no la premiaran.

—Fue al Taipéi Premier Girls' High School —añade el padre con orgullo, aunque para mí esa institución no significa nada—. Desde entonces ya sabíamos que llegaría lejos.

Observo el retrato que cuelga tras ellos. Shu-Fen sonríe con los labios cerrados, vestida con un uniforme de camiseta verde y falda negra. Sus ojos, grandes e intensos, parecen mirar más allá del encuadre. Hay algo en esa imagen que me revuelve el estómago. No tendría que estar muerta. Ninguno de ellos debería estarlo.

—¿Saben dónde estaba el día que desapareció?

Ambos niegan con la cabeza, casi al unísono. Algo me chirría, no sé si lo que ocultan es culpabilidad o algo más.

—Lo lógico es que estuviera en la universidad —dice el señor Tsai

—. Pero no sabemos cómo pudo pasarle algo allí. No tiene sentido.

—A veces salía a caminar para despejarse —dice la madre, bajando la vista—. Le gustaban los sitios con naturaleza. Elephant Mountain, Maokong, Yangmingshan… pero no era algo habitual. Solo de forma puntual, cuando los estudios la sobrepasaban.

—¿Creen que alguien la seguía? ¿Alguna vez mencionó sentirse observada?

—Nunca —dice la madre con dureza, como si necesitase rebatir mis preguntas—. Mi hija no tenía enemigos. Era una buena persona.

Asiento. No tengo razones para dudar de eso. Pero el asesino no necesita enemigos, solo herramientas en su batalla moralista contra el sistema.

—¿Se les ocurre cómo el asesino llegó a ella?

La pregunta queda suspendida. Ninguno de los dos contesta. La señora Tsai baja la vista hacia su taza y el señor Tsai entrelaza las manos.

—Ella era perfecta —murmura al fin, con la mirada perdida—. Y quizás eso fue lo que la condenó.

Su respuesta me golpea como un puñetazo envuelto en terciopelo. Parece una sentencia. La misma que flota en el aire de cada aula, de cada oficina, de cada casa donde el éxito es la única forma aceptable de existir. Pienso en Shu-Fen como una cifra perfecta en una ecuación imposible. Tan exacta, tan pulida, que quizás alguien decidió romperla para demostrar que ni siquiera lo perfecto es suficiente. Me trago el nudo que me aprieta la garganta.

—¿Saben si en las semanas previas ocurrió algo fuera de lo común? —pregunto con cautela, sin apartar la mirada del señor Tsai —. ¿Algún comentario, una discusión, un cambio de rutina…?

—Todas esas preguntas ya se las respondimos a la policía —espeta la madre de pronto—. Varias veces. A cada uno de los agentes que vino a sentarse ahí mismo. ¿Y ahora usted viene a revolver lo poco que queda? ¿A hurgar en la herida solo por… curiosidad profesional?

La señora Tsai no levanta la mirada. Sus dedos aprietan el borde de la taza como si fuera lo único que mantiene la compostura de su cuerpo. Él se incorpora, los codos firmes en los reposabrazos, como si estuviera a punto de levantarse.

—Ya vimos las noticias esta mañana —añade, sin molestarse en ocultar la hostilidad—. Sabemos quién es usted. Y se lo diré claro, señorita Kross: no necesitamos a una extranjera que nos enseñe cómo lidiar con nuestros muertos. Este no es su país, ni su problema. ¿Quién se cree que es?

Trago saliva antes de responder. No por miedo, sino para contener el impulso de replicar. El desprecio se siente en el aire, afilado como cristales rotos bajo los pies. Pero mantengo la voz firme.

—Entiendo perfectamente cómo se sienten —digo, con una calma medida—. No estoy aquí como policía, ni como reportera, ni como ninguna autoridad. Solo hago mi trabajo. Quiero ayudar a mi amiga. Mei es la hermana de Yun Chen. La chica que, por ahora, sigue con vida. Pero si no actuamos, no lo estará por mucho más.

El señor Tsai no responde de inmediato. Me observa con una mirada opaca, difícil de leer, como si estuviera sopesando si mis palabras merecen siquiera una respuesta. Finalmente asiente, más con la mandíbula que con la cabeza.

—Para eso está la policía, para proteger a los ciudadanos de este país. Yo confío en ellos, harán su trabajo. Como deben hacerlo.

Cada palabra le sale como una línea memorizada de un guion nacional. Un dogma de fe en el sistema. Una fe que no entiendo.

«Al igual que hicieron con su hija», pienso, pero lógicamente me lo guardo para mí.

La señora Tsai se pone en pie de pronto, como si la orden viniera de una cuerda invisible que tirara su compostura hacia arriba. Su espalda permanece erguida, la blusa impecable, sin una sola arruga en desorden. Se acomoda una pulsera que no se ha movido. Luego junta las manos delante del abdomen, en una posición casi ceremonial.

—Gracias por venir. Pero creo que es suficiente por hoy.

La frase le tiembla en la última sílaba con apenas un hilo de voz que se quiebra justo antes de volver a cerrarse sobre sí misma. Lo suficiente para que se le note, pero no tanto como para permitirse admitirlo. La señora Tsai no se permite grietas, ni siquiera ahora. O precisamente por eso.

Nos levantamos sin decir palabra. Mei se inclina con una

reverencia educada, formal, como la que habría dado a una profesora o a un superior. Yo bajo la cabeza en señal de respeto, pero me cuesta apartar la vista del rostro de esa mujer. Tiene la mandíbula tan apretada que se le marcan los músculos del cuello. Sus ojos, secos pero vidriosos. Es una máscara de porcelana a punto de resquebrajarse.

Al salir al pasillo, no puedo evitar una última mirada a las paredes del salón. Las fotos están todas enmarcadas de forma idéntica, alineadas como soldados en una fila silenciosa. Premios, diplomas, retratos escolares. Shu-Fen sonriendo en cada una, atrapada para siempre en esa versión idealizada de sí misma. Cada imagen, una prueba de que existió. Y de que ya no.

Me cuesta entender esa necesidad de mostrarse inquebrantables. Esa pulsión por fingir que todo sigue igual cuando acaban de perder, probablemente, lo más importante que tenían en la vida. No hay ni un solo objeto fuera de lugar, ni una lágrima desubicada. Como si mantener la casa impoluta fuera una forma de negar el asesinato de su hija.

¿Es la obsesión por la apariencia tan profunda? ¿Llega tan hondo el miedo a mostrar debilidad en esta sociedad? ¿O temen que admitir lo ocurrido los destruya por completo?

Aferrarse a una fe ciega en el sistema, a la ilusión de control, es su forma de sobrevivir. Lo entiendo, pero yo no puedo fingir que todo está bien. Mi trabajo empieza donde ellos se detienen. Una joven ha muerto, y otra aún puede salvarse.

Cuando la puerta se cierra tras nosotras, el silencio del exterior parece más frío que antes. El cielo ha empezado a encapotarse, como si el gris del interior de esa casa se hubiese extendido hacia el mundo. Caminamos sin hablar durante los primeros metros. Mei tiene la mirada clavada en el suelo con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta.

Se detiene de golpe.

—No soporto pensar que mis padres tengan que vivir algo así —murmura, sin mirarme—. Que Yun…

Se muerde el labio, pero ya es tarde: la voz se le rompe. Se lleva una mano al rostro como si intentara detener el llanto por fuerza de

voluntad, pero el temblor en sus hombros la delata.

Me acerco sin decir nada y la abrazo. Siento cómo Mei se tranquiliza entre mis brazos, y a mí también se me relajan los hombros.

Tarda unos segundos en recuperar el aliento. Lo hace con los ojos aún húmedos, pero con una determinación nueva.

—¿Tu hermana también solía ir a parajes naturales? —pregunto de pronto, sin rodeos.

Mei parpadea un par de veces.

—¿Yun? No, la verdad es que no. —Se encoge de hombros—. No era de esas que se van a la montaña todos los fines de semana con mochila y bastones.

Asiento, pero no puedo evitar sentir decepción. Otra pista falsa, otro hilo que no lleva a ningún lado.

—Pero… —añade de pronto, como si acabara de recordar algo— para el trabajo sí que iba.

Me detengo.

—¿Cómo que para el trabajo?

—En muchos de sus proyectos, sobre todo los últimos, había un enfoque muy fuerte en integrar el diseño con el entorno. Que los edificios no destacaran como bloques artificiales, sino que parecieran parte del paisaje. Para eso se iba a la montaña a buscar inspiración. Decía que ninguna simulación en pantalla se comparaba con sentarse en una roca y observar con atención.

La frase se me queda suspendida en la cabeza como si acabara de abrir una compuerta. Siento una sacudida, leve, pero precisa. La clase de intuición que no se puede explicar del todo, solo seguir.

—Claro… —murmuro, mientras una sonrisa se me escapa sin querer.

Mei me mira, extrañada.

—¿Qué?

—Las víctimas nunca fueron aleatorias. Creo que ya sé qué tienen en común.

No añado nada más. No es una certeza aún, pero algo empieza a encajar. Shu-Fen, Kuan-Lin, Yun. Fueron elegidos no por quiénes eran, sino por el lugar donde coincidieron.

17

Yangmingshan.

No es solo el nombre de un parque nacional. Es una repetición, un eco que resuena en voces distintas, con días de diferencia. Primero la señora Lin, viuda de la segunda víctima, me habló de ese parque natural como el lugar favorito de su marido. Allí encontraba calma y pintaba. Luego, los padres de Shu-Fen lo mencionaron entre los pocos sitios donde su hija se escapaba de vez en cuando, buscando aire entre tanta exigencia académica. Y por último la confirmación de Mei de que su hermana también solía ir a la montaña por trabajo. No ha especificado Yangmingshan, pero a estas alturas, tres coincidencias suenan menos a azar y más a dirección.

Tres personas sin relación aparente. Una estudiante brillante, un artista reconocido y una arquitecta promesa. Ningún nexo visible en sus vidas, pero sí en dónde han estado. Por improbable que parezca, es lo único que tengo.

Cuando regreso a la comisaría, el pasillo tiene la misma luz mortecina que esta mañana, pero algo ha cambiado. Yo he cambiado. Me muevo con más dirección. Como si cada paso me acercara, aunque sea un milímetro, a la cabeza de ese asesino.

Al girar una esquina, me detengo en seco. Jian está de espaldas, móvil en mano, con la voz más baja de lo habitual.

—Lo sé, mi vida… Sé que es fin de semana y esta noche dije que iríamos a cenar los tres juntos. Prometo que mañana…

Hace una pausa. El tono no es el del inspector que da órdenes, ni siquiera el del hombre contenido que reprende a sus subordinados.

—Dile a tu madre que se ponga. Y no te acuestes sin cenar. Todo irá bien.

Se queda en silencio, con el móvil aún pegado a la oreja, aunque ya no dice nada. Frunce ligeramente el ceño, como si intentara encontrar las palabras correctas y ninguna fuera suficiente. Luego asiente, pero no habla.

Continúo andando antes de que me vea. Abro la puerta de la sala de pruebas y me detengo al ver que no está vacía.

El subinspector Ren está ahí, sentado frente a la mesa, con el cubo de Rubik entre las manos.

—Perdona —digo al entrar, sin saber muy bien por qué me disculpo.

Él se gira levemente, sin soltar el cubo.

—Tranquila, no molesta. —Hace un gesto con la cabeza hacia el objeto—. Llevamos toda la tarde dándole vueltas a esto. Pero nada. El inspector no deja de analizar los escáneres que se han hecho del cubo, buscando sin éxito una respuesta. A ver si usted ve algo que a nosotros se nos escapa.

Me acerco con lentitud. Miro el cubo un segundo antes de alzar la voz. No sé si ha sido su tono amable, o quizás mi estado anímico tras el interrogatorio con los padres de la primera víctima, pero la pregunta que sale de mis labios me sorprende hasta a mí.

—¿Y a usted no le molesta que esté aquí?

Ren alza las cejas, sin mostrar juicio en su expresión.

—¿Por qué me iba a molestar? No estamos en posición de despreciar ninguna ayuda útil.

No es que su tono sea cálido, pero tampoco es hostil. Es… profesional, objetivo. Y eso, viniendo de alguien que trabaja bajo Jian, ya es más de lo que esperaba. Ese pequeño reconocimiento me da algo parecido a un impulso.

—Gracias —murmuro, mientras me dejo caer en la silla.

Ren asiente con un leve movimiento y se pone en pie sin hacer ruido. Deja el cubo sobre la mesa, como si le pasara el testigo a alguien que, con suerte, pueda avanzar un poco más. Antes de salir, lanza una última mirada al objeto. Luego se va, cerrando la puerta con suavidad.

Ahí sigue. Ese objeto que me ha tenido atrapada durante horas, una estructura que, en teoría, conozco de sobra. Resuelvo cubos de Rubik desde los diez años. Incluso con los ojos cerrados, memorizando los algoritmos a través de giros táctiles y secuencias mentales. Pero este cubo es diferente.

Las pegatinas no son colores. Son símbolos. Gritan líneas de metro, coordenadas, puntos cardinales, distritos de Taipéi. Letras, números, signos matemáticos que no obedecen ninguna regla

coherente. Intentar cuadrar algo que no está hecho para encajar me está empujando al límite.

Por un instante, me dan ganas de tirarlo por la ventana, de fingir que eso también cuenta como resolución. Pero no lo hago. Lo cojo de nuevo y regreso al laberinto.

Sin embargo, me pierdo antes de encontrar algo. No sé en qué momento me vence el sueño. Han pasado mínimo cinco horas. Lo último que recuerdo es estar girando el cubo por enésima vez, intentando encontrar una simetría. Y luego… nada. Mi cuerpo apagándose como una batería vieja.

Una sirena lejana me arranca de golpe del sopor. Parpadeo varias veces. Todavía estoy en la sala de pruebas, medio encorvada sobre la mesa, con las marcas del cubo impresas en la palma de la mano.

Me levanto despacio y las articulaciones se quejan como si llevasen días sin moverse. Al mirar la hora veo que son las cuatro de la mañana. Salgo de la sala. En el despacho de Jian, la luz de la pantalla le ilumina rendido sobre su escritorio, al igual que estaba yo un minuto atrás. Camino por los pasillos vacíos de la comisaría hasta llegar a la terraza. No es más que un balcón anodino de cemento. Tiene una mesa con un cenicero atiborrado de colillas y una barandilla oxidada. Pero hay aire, y lo necesito.

Más que oxígeno, necesito distancia. Distancia mental.

Apoyo los codos en la barandilla y dejo que mis ojos se pierdan en el cruce vacío que hay frente al edificio. Un semáforo parpadea en rojo, como si marcara el ritmo de una ciudad dormida. Todo está en silencio, salvo el murmullo constante del tráfico lejano y algún zumbido eléctrico.

Cuando la desazón por no estar investigando regresa a mi cuerpo, vuelvo al interior.

Entro en la sala de pruebas y me desplomo sobre el asiento que ya tiene la forma de mi trasero. En vez de centrarme de nuevo en el cubo, miro el mapa que cuelga en la pared. Es de Taipéi, con todas las localizaciones vinculadas a los eventos: secuestros, pistas encontradas y aparición de los cuerpos.

Y entonces, lo veo.

No el cubo ni una pista. Una idea. Estoy mirando un mapa, no el

territorio.

Lo pienso así, con esas palabras exactas. Como si alguien me las susurrara al oído desde algún rincón enterrado de la memoria. El mismo modelo mental que aparecía en ese libro introductorio en la librería de Japón.

El mapa no es el territorio, el mapa es una simplificación, una representación construida para ayudarte a entender algo más grande, más complejo. Pero no es el lugar real. No tiene su textura, ni su olor, ni sus imperfecciones, no te dice lo que se siente al estar ahí. Confundir una cosa con la otra es como intentar conocer a alguien solo por su perfil en redes sociales.

Eso era el cubo. Un mapa que me distraía de lo que importaba. Lo estaba leyendo como si cada símbolo fuese una clave, como si pudiera traducirse o la solución estuviese en la superficie. Pero tal vez… tal vez el verdadero mensaje no estaba ahí.

Tal vez no tenía que descifrarlo, tenía que verlo.

La idea retumba en mi cabeza como un eco que no se disuelve: no es el cubo lo que tengo que resolver… es lo que hay detrás.

Devuelvo mi atención al objeto y lo tomo con ambas manos. Esta vez no lo miro. Lo sostengo, lo peso, lo dejo respirar.

Paso los dedos por cada arista, por cada esquina, como si estuviera leyendo en braille. No busco colores. Busco algo más primitivo, textura, imperfecciones, señales físicas que hayan estado ahí desde antes de que alguien pegara esos símbolos.

Tardo unos minutos. Al principio todo parece liso, uniforme y frustrante. Estoy a punto de rendirme. Pero entonces, justo en una pieza del borde, noto algo. La esquina de una de las pegatinas levantada. Me detengo un segundo y presto más atención. Tres de las cuatro esquinas están levantadas, apenas se nota con la vista, pero con el tacto está claro.

Sigo palpando. Hay otra más, esta tiene dos esquinas. Otra también, y otra más. No todas las piezas, solo algunas. Cuento doce. Tienen entre una y las cuatro esquinas dobladas. Es tan leve que hasta ahora no me he dado cuenta. Por unos segundos pienso si es debido a tanto uso, pero no, hay tres de cada tipo, es un patrón, no una imperfección.

Tomo aire. Giro el cubo entre mis manos, esta vez con cuidado, como quien alinea piezas de un mecanismo oculto. No hay clics ni sonidos reveladores. Pero cuando todas esas piezas quedan ordenadas por el número de esquinas levantadas, lo veo: una línea oculta que atraviesa el cubo como un anillo. Una circunferencia perfecta, como si alguien la hubiese tallado a mano en secreto.

Y entonces lo entiendo. No es un cubo, es un mensaje, una secuencia.

Miro cada cara de esa línea circular. En un centro empieza con una letra: A. Al lado, una secuencia: línea verde, distrito Songshan, 2, línea roja, distrito Beitou, 11, un símbolo de suma, un 1, 750, este, B.

Lo recito en voz baja, como una clave. Una ruta trazada: de A a B.

Busco el móvil y abro el mapa de Taipéi. Supongo que el punto de partida es este, la comisaría. Desde aquí se puede coger la línea verde justo en la estación de abajo e ir dos paradas hacia Songshan. Perfecto.

Vuelvo al cubo. A, línea verde, distrito Songshan, 2 y línea roja. Me río. En dos paradas hacia Songshan hay transbordo a la línea roja. Tiene que ser intencional. Luego está Beitou, once paradas al norte. Bien, empieza a tomar forma.

El símbolo de suma me hace dudar. ¿Qué significa «+1»? Giro el móvil y hago zoom. En Beitou hay una ramificación pequeña. Una línea auxiliar que solo tiene una parada más allá, una estación secundaria. Debe ser eso.

Y desde ese punto, 750… hacia el este. No pueden ser pasos, sería demasiado impreciso, deben de ser metros.

Abro la herramienta de medición del mapa. A ojo, trazo un radio de setecientos cincuenta metros hacia el este desde esa estación. El círculo corta una zona residencial, algunas escuelas… y un edificio al final de una calle sin salida.

Leo el nombre y algo se activa dentro de mí. Como una cerradura que cede al fin.

Me levanto y abandono la sala de pruebas. El inspector sigue dormido sobre el escritorio de su despacho. Vacilo un instante sobre despertarlo, pero decido marcharme sola: no hay tiempo para

explicaciones y, en el fondo, prefiero la libertad de moverme por mi cuenta.

Ya no hay dudas. Ese cubo de Rubik son las instrucciones de un mapa, las instrucciones hacia un edificio específico.

El Centro Neuropsicológico de Beitou.

18

El taxi me deja frente a la estación de Xinbeitou a las cinco y media de la mañana. Aún no ha amanecido del todo, pero la luz del alba ya empapa el cielo con un azul sucio que va clareando a pasos torpes. Las farolas siguen encendidas, como si no hubiesen recibido el aviso de que la noche está acabando. Me bajo sola, con la tensión atornillada en la nuca. No hace frío, pero el aire huele a vapor y a algo mineral, una mezcla que no logro identificar del todo.

Camino hacia el parque que discurre por el pequeño valle de edificios y hoteles hasta llegar a la Biblioteca de Beitou. A esta hora no hay nadie, ni turistas ni vecinos. Solo yo, el murmullo de mis pasos sobre la grava húmeda y ese canto lejano de los primeros pájaros que despiertan en la espesura. El parque es un oasis. Las copas de los árboles se inclinan con cierta solemnidad, como si custodiaran algo antiguo. La biblioteca, con su estructura de madera oscura y ventanales amplios, parece dormida. Hay algo en esta calma que me intranquiliza.

Desde este punto, el viejo hospital está a unos diez minutos andando. A las afueras del parque, antes de llegar a las famosas aguas termales que se llenarán de turistas en unas horas.

En mi camino en taxi he hecho una investigación superficial sobre el Centro Neuropsicológico de Beitou. Fue fundado en los años sesenta, en plena efervescencia experimental. Decían que era un centro pionero en tratar las enfermedades que nadie más se atrevía a tocar: trastornos neurológicos extremos, psicosis refractarias, cerebros rotos. Y como con todo lo que suena a vanguardia, el entusiasmo inicial se pudrió rápido.

En los setenta, una de sus terapias más infames consistía en usar fármacos y descargas eléctricas para «reiniciar» zonas del cerebro afectadas. Lo llamaban «reintegración neurofuncional», pero sus métodos rozaban la tortura: aislamiento, privación sensorial, drogas. Todo en nombre de la cura.

En el ochenta y tres, un paciente se suicidó durante una de esas sesiones y dos médicos residentes desaparecieron sin dejar rastro.

Fue el final. Oficialmente, clausuraron el centro. Extraoficialmente, lo sepultaron bajo una montaña de silencio impuesto por el gobierno. Incluso se rumorea que algunos pacientes fueron olvidados en los sótanos. Cerraron las puertas y nunca más volvieron a abrirlas.

Hoy, el edificio sigue ahí. Nadie lo toca, nadie lo derrumba. Es una herida mal cerrada en el tejido de Beitou. Los adolescentes de la zona a veces intentan entrar, como prueba de valor.

Al parecer, cuenta con los ingredientes perfectos para el juego del psicópata que tiene en jaque a la capital del país.

Acelero el paso. Cuando el sol empieza a despuntar sobre las colinas, el edificio aparece al final del camino, oculto tras edificios recién renovados, como un vestigio olvidado del pasado. No hay cartel que indique su nombre, solo una verja roída que limita su acceso.

Al principio no parece más que una ruina olvidada. Parte de la fachada ha cedido al peso de los años, y la entrada principal está parcialmente colapsada, sepultada bajo vigas oxidadas y bloques caídos. Basta con rodearlo unos metros para encontrar lo que busco: una rampa de mantenimiento que desciende hacia lo que parece una antigua vía de carga. Una entrada subterránea. Según el artículo de un blog de turismo de edificios abandonados —sí, eso existe—, ese es el acceso más fácil.

Me detengo justo antes de bajar. El aire aquí es distinto, más denso, como si la propia atmósfera del lugar tratara de advertirme de algo. El silencio es absoluto, ni siquiera los pájaros se atreven a cantar tan cerca. Inspiro hondo, sin lograr que el oxígeno me calme. La ansiedad no es por el peligro, es por la posibilidad de que todo esto tenga sentido, de que esté en el lugar correcto.

Al entrar, la humedad es lo primero que me golpea. Esa humedad que se adhiere como una segunda piel, cargada de moho, óxido y décadas de abandono. Las paredes están cubiertas de una película verdosa que brilla bajo la linterna de mi móvil. Charcos estancados salpican el suelo, y un zumbido persistente delata la presencia de algo vivo oculto entre las sombras. Probablemente ratas, o algo peor. Cada paso que doy resuena demasiado fuerte.

No tardo en llegar al primer nivel. El suelo está agrietado, pero

transitable. Las habitaciones parecen haber sido desalojadas a toda prisa. Camillas oxidadas, sillas volcadas, archivadores abiertos con sus contenidos esparcidos como si alguien los hubiese buscado con desesperación… o rabia. En España, un sitio así estaría saqueado hasta las vigas. Aquí, en cambio, todo sigue en su sitio, cubierto de polvo y aún intacto. Taiwán tiene un respeto visceral hacia sus muertos, incluso a los que desaparecieron entre estas paredes.

Tomo un par de carpetas al azar. A pesar de que las hojas están húmedas, casi deshechas, son legibles. Fechas, diagnósticos, tratamientos. Hay notas marginales escritas con una letra temblorosa, algunas frases resaltadas con bolígrafo rojo, otras tachadas con fuerza. Al leer esa tinta antigua siento como si viajara al pasado. Un escalofrío me atraviesa al presentir lo que pudo suceder entre estas paredes.

Al adentrarme más los pasillos se angostan. Empiezo a ver inscripciones en las paredes. Algunas parecen simples grafitis, pero otras… otras están hechas con intención. No son solo dibujos, son mensajes en chino. Palabras con un propósito muy específico. «¿De qué sirve entender la mente, si no puedes controlarla?», leo en una puerta corroída. «Las piezas rotas no se reparan. Se reemplazan». La tinta roja parece gritar la ira del autor.

Continúo unos pasos y entonces me quedo petrificada en el sitio. Necesito leer varias veces el mensaje que tengo delante para confirmar que no es una alucinación fruto del cansancio. Está escrito con el mismo color y caligrafía que los anteriores, aunque en este caso se trata de una apelación directa a una persona.

A mí.

No hay duda de quién lo ha escrito. En una esquina, garabateado sobre un viejo tablón de corcho, leo en inglés: «Valkiria, si fallas esta vez, ella muere. Y será tu culpa».

Esas palabras sacan a relucir la preocupación que me corroe desde que llegué a Taiwán. No se limita a recordarme Bansko, me lo lanza a la cara. No como amenaza, sino como diagnóstico. Él ya me ha diseccionado, sabe dónde cortarme para hacerme sangrar. No busca asustarme, busca quebrarme. Como a los pacientes de este lugar. Como quizás la sociedad hizo con él.

Lo peor es que no va desencaminado. Encontré al asesino en Bansko, pero las víctimas no volvieron a casa, y nadie pensó en ellas. Murieron delante de mí sin que yo hiciera nada para evitarlo. Y, aun así, los muertos no importaron, solo el espectáculo. Se celebró la victoria como si no estuviese construida sobre una pila de fallecidos.

Y ahora estoy aquí. En otro país, en otro juego, con otra vida en la balanza. Y con el mismo miedo, agazapado bajo la piel: que vuelva a pasar. Que la historia se repita, que descubra la verdad… demasiado tarde.

¿Qué me hace pensar que ahora será diferente?

Mi linterna ilumina otra pared. Esta vez, el mensaje es claro, sin metáforas. Solo una pregunta escrita con la misma pintura roja, gruesa, torpe: «¿Qué estás dispuesta a sacrificar esta vez?».

No dudo.

—Todo.

Lo digo en voz alta, y mi voz rebota entre las paredes como un juramento.

Mis miedos no importan, tampoco mi vida. Lo único que importa es que esta vez no haya cadáveres de inocentes al final. Esta vez no se me puede escapar. No puedo fallar, no si quiero seguir viviendo conmigo misma.

Sigo adelante. El aire sigue ganando densidad, está más viciado. Paso junto a una vieja camilla que parece haber sido devorada por termitas. Más adelante, una silla de ruedas caída. Cada objeto abandonado es un vestigio de sufrimiento.

Giro hacia una sala lateral y apenas logro distinguir lo que hay dentro antes de detenerme en seco. El suelo ha desaparecido. Donde antes habría una habitación, ahora hay un vacío, un cráter irregular que se hunde varios metros hasta una planta inferior. El borde está cubierto de escombros y astillas de hormigón. Doy un paso atrás, con el corazón en la garganta. Si hubiese entrado sin mirar, un solo paso en falso y habría terminado allí abajo, partida en dos.

Continúo, más alerta que nunca. Hay cristales rotos bajo mis pies, algunos tan pequeños que se clavan sin avisar. Una tubería oxidada

cuelga del techo como un péndulo de tortura. En el aire, un zumbido sordo que no logro ubicar.

Entonces lo veo. Un destello rojo, tenue y constante, como el parpadeo de un animal herido, me detiene en seco.

La luz brota del fondo de una sala rectangular, abierta como una herida mal cerrada. La penumbra lo devora casi todo, pero ese punto rojo parece flotar en mitad de la oscuridad. Intermitente e hipnótico, como si me esperara.

No doy el paso de inmediato, hay algo primario que me frena, un aviso interno que se instala en la base de mi nuca. Cada célula de mi cuerpo grita que algo va mal, pero no retrocedo.

Entro en la sala. En el centro hay marcas de pisadas, son recientes. La luz roja parpadea desde lo alto, colgada de un cable que cuelga a punto de romperse. Apenas ilumina una mesa de operaciones en el centro de la estancia. Sus patas están manchadas de óxido y posiblemente sangre reseca.

Sobre la mesa, una caja negra cerrada. Perfectamente centrada, como una ofrenda.

Vacilo. Ese instante de duda me arde por dentro. Me hace preguntarme si no estoy justo donde él quiere, si no estoy cayendo en su juego, siguiendo el compás de su maldito vals.

Trago saliva. Mis dedos se tensan y el pulso me martillea los oídos. Me acerco despacio, controlando la respiración, los pasos, la posición de mis manos. Todo. Estoy preparada para lo peor.

Llego a la mesa. La caja tiene una tapa con bisagra, sin candado, cerradura ni símbolo. Apoyo la mano con cuidado. El metal está más caliente de lo normal, como si la hubieran dejado allí hace poco… o como si la luz roja la hubiera estado cociendo.

Abro la tapa y ahí está. Un móvil. Antiguo, como los anteriores que hemos recibido. Parece inofensivo, pero nada en este lugar lo es.

Lo enciendo, la pantalla parpadea y aparece la aplicación de mensajes vacía. Como indicaron las primeras instrucciones que recibió la policía, envío el número cuatro, el juego que acabo de resolver.

Espero unos segundos. El tiempo se dilata. Tal vez, por ser tan de madrugada, he sorprendido al asesino con la guardia baja. Entonces

el móvil vibra y aparece un nuevo mensaje. Antes de leerlo, trago saliva.

Este lugar no fue un error. Fue exactamente lo que debía ser: un altar para el sacrificio de quienes no encajan.

Aquí no se curaba, se corregía. No se escuchaba, se silenciaba. No se cuidaba, se descartaba.

Los trastornos no eran la causa. Eran la excusa.

Este hospital fue solo un ensayo. Una miniatura de algo mucho más grande. Un sistema que no tolera lo roto, que no perdona el fallo, que no soporta lo diferente.

¿Cuántos acabaron aquí porque no sabían rendirse? ¿Cuántos desaparecieron porque pensaban demasiado, sentían demasiado, molestaban demasiado?

En este lugar se puede aprender lo que todos ya saben, pero callan: que se prefieren cuerpos sin alma a mentes rebeldes.

Y tú, Valkiria… Tú entiendes esto mejor que nadie.

Solo me ha hecho falta leer tu libro para saber que nunca fuiste dócil. Nunca seguiste el molde. Y, sin embargo, sobreviviste. Lo usaste como impulso.

A ti no te destruyó. A mí sí.

Así que dime…

¿La culpa de todo esto es mía?

¿O es de un mundo que solo sabe castigar a los que no encajan?

19

Han pasado apenas treinta minutos desde que confirmé la resolución del cuarto juego.

Treinta minutos han bastado para que el silencio del lugar quede sepultado bajo un alud de botas, voces, flashes y órdenes por radio. El hospital, que antes tenía un aire sepulcral, ahora bulle como un hormiguero bajo control militar. Cuerpos de la científica recogiendo muestras, patrullas perimetrales, agentes asegurando accesos que hasta hace nada parecían olvidados por el tiempo. Fuera, varios curiosos y al menos cinco cámaras de televisión improvisan directos mientras un cordón policial apenas contiene el caos. La paz enfermiza de hace un rato ya no existe.

Me apoyo un segundo en el muro desconchado de la entrada lateral. La linterna del móvil ya apagada. Los músculos me duelen, las manos me tiemblan un poco por el agotamiento y el cuerpo empieza a cobrarme la factura. No me importa, lo que había que hacer ya está hecho.

El inspector Jian me localiza enseguida. Camina hacia mí desde el borde de la cinta de seguridad, sin prisas, como si lo hubiesen arrancado de algo más importante. La camisa impecable, la expresión neutral, pero con esa tensión en la mandíbula que solo conozco en él. No hay señal de que esa noche haya dormido solo unas pocas horas y sobre su escritorio.

—¿Me puede explicar por qué ha venido aquí sola? —me pregunta como saludo.

—Buenos días a usted también, inspector.

Fuerzo una sonrisa breve, sin mucho entusiasmo.

—¿Cómo resolvió el cubo?

Lo saco de mi chaqueta y se lo entrego.

—Había doce pegatinas con esquinas mínimamente levantadas. Si las ordenabas formaban una secuencia de instrucciones para llegar aquí.

Él asiente con un breve gesto.

—Venga, se lo muestro.

Vuelvo a entrar con él por la rampa subterránea. Esta vez las paredes parecen menos opresivas, pero la sensación no desaparece del todo.

Le marco el camino exacto. Los pasillos, la sala sin suelo, la tubería rota, el zumbido eléctrico. Le señalo cada uno de los mensajes que el asesino dejó en las paredes, en puertas, sobre tablones. Al inspector no le gusta que me haya convertido en el entretenimiento directo del asesino.

Cuando llegamos a la sala final, la bombilla roja sigue parpadeando. El inspector la observa sin decir nada.

—La caja estaba ahí, sobre esa mesa. —Me adelanto, saco el móvil del bolsillo de la chaqueta, todavía en su bolsa de plástico, y se lo entrego—. Este fue el mensaje que recibí después de introducir el código del juego.

Jian lo toma y revisa la pantalla en silencio, sin cambiar el gesto o hacer comentarios.

Cuando le da el teléfono a uno del equipo de la científica, devuelve su vista hacia mí, con una expresión afilada. Suficiente para que note que algo no encaja. Su mirada está ausente, o cargada. No sé, pero no es el mismo tono con el que me habló el día anterior.

—¿Algo más?

—No. Ahora solo nos queda esperar. El siguiente juego será el último.

Él asiente. Algo en su espalda recta, en su forma de contener los hombros, me indica que hay algo que no me está diciendo. No sabría explicar qué es. Instinto, quizás. O esa clase de intuición que se activa cuando llevas demasiadas horas bajo tensión y empiezas a ver el más mínimo cambio como una amenaza.

No digo nada. El cuarto juego está resuelto y la prueba final nos espera. Por primera vez, siento que estamos cerca, que podríamos llegar a tiempo.

Entonces, el inspector Jian rompe el silencio.

—No hay ningún «nos queda esperar», señorita Kross —dice Jian desde el umbral, sin mirarme del todo—. Usted no forma parte de esta investigación. Nunca lo ha hecho.

Su tono es plano, pero tiene filo. Me giro con lentitud y el pulso

acelerado, con una tensión que todavía no me he permitido soltar.

—¿A qué viene esto ahora?

—A que anoche hablé con mi superior —responde—. Y, para ser sincero, costó bastante que no me abrieran un expediente formal. Hay mucha gente de arriba que exige resultados inmediatamente.

Se cruza de brazos. No hay ira en sus gestos, solo ese cansancio que esconde la furia del que siente que ha perdido el control de su propio terreno.

—Desde que llegó no hemos tenido ni un solo día sin presión. Medios locales, llamadas del Ministerio del Interior preguntando por usted, por qué actúa como parte del equipo cuando no forma parte de nada. Algunas agencias de investigación extranjeras incluso nos ofrecen refuerzos, como si estuviéramos fracasando estrepitosamente. Como si la policía taiwanesa fuera incapaz de resolver este caso por sí sola.

Me muerdo la lengua. Quiero decirle que, si todo eso ocurre, es porque no han logrado nada desde que el asesino empezó a aterrorizar la ciudad y porque una adolescente sigue secuestrada mientras ellos discuten quién puede acercarse al tablero. Pero me callo.

Jian da un paso hacia mí.

—Esto ya no trata del asesino, se trata del espectáculo que ha montado a nuestro alrededor y del que usted es parte central. —Su mirada se clava en la mía—. Publicidad perfecta para su siguiente libro, ¿no cree? Ya teníamos suficiente con un criminal que nos va tres pasos por delante. No necesitamos, además, a una detective extranjera que trabaja en paralelo y a quien los medios tratan como la única capaz de resolver este caso.

«Entonces hagan su trabajo mejor», pienso, pero no lo digo.

—Ren —llama Jian, sin apartar los ojos de mí—. Deténgala.

Tardo un segundo en reaccionar, como si esa simple palabra hubiese desaparecido de mi vocabulario. Me giro hacia el subinspector, que ya se acerca, confundido pero obediente.

—¿Qué está haciendo? ¿Bajo qué cargos?

—Valkiria Kross, queda arrestada por obstrucción a la labor policial —declara Jian, como si leyera una frase ensayada—. Ha robado de la

comisaría un elemento esencial de la investigación: el cubo de Rubik del cuarto juego del asesino. Además, se están investigando posibles filtraciones de información. Algunas personas creen que podrían estar relacionadas con usted.

No puedo evitarlo. Me río, es un sonido breve, seco, de incredulidad.

—Sabe perfectamente que no tengo nada que ver con esas filtraciones.

Su silencio lo confirma. No contesta, ni siquiera lo intenta, pero lo sé. Sabe que no soy la fuente, que no trabajo con el asesino. Sabe que, si me aparta, no va a conseguir acercarse más a Yun Chen. Lo único que logrará será quedarse más solo y a oscuras. Pero me está sacando del tablero. Porque le molesto, me ve como una amenaza a su autoridad en medio del desastre. Y porque prefiere perder una pieza útil antes que aceptar que la necesita.

Ren se acerca, pero no con decisión. Lo noto en su paso vacilante, en cómo tarda medio segundo más en sacar las esposas del cinturón.

Al fondo, uno de los técnicos de la científica se detiene y observa en silencio. Otro agente frunce el ceño desde el pasillo. La tensión crece como una marea espesa.

Me quedo quieta. Puedo sentir todas las miradas. No solo de Ren, también del resto. Algunos muestran alivio, otros, incomodidad. Yo solo siento furia al notar el metal de las esposas aferrarme las muñecas.

Lo único en lo que puedo pensar es en que me están deteniendo con un pretexto cualquiera para quitarme de en medio, y en el proceso, están reduciendo la posibilidad de recuperar a la hermana de Mei con vida.

20

Según el reloj del agente de guardia que acaba de pasar, han transcurrido tres horas desde que me han detenido. Tres horas en las que no he podido avanzar en la investigación.

Estoy sentada en un banco de cemento que parece diseñado para castigar más que para ofrecer descanso. Ni me atrevo a sentarme en el colchón de la esquina, que parece haber sobrevivido a una guerra.

Las paredes parecen sudar. Hay un zumbido eléctrico persistente, un fluorescente que parpadea cada dos minutos exactos. Lo he cronometrado mentalmente. Aunque esté solo unos pisos por debajo de la sala de pruebas de la comisaría donde he pasado los últimos días, la sensación es la de haber entrado en otro mundo.

Cansancio, frustración e impotencia. Una mezcla viscosa que se me instala entre los músculos. Sé que el reloj corre, que fuera la cuenta atrás sigue. Y yo estoy aquí, encerrada como si fuera una amenaza para la investigación, cuando lo único que he hecho es tratar de salvar una vida.

Me río. Una carcajada seca que rebota contra las paredes y vuelve amplificada. No es una risa de alegría, es una risa de «claro que sí, cómo no». Porque es lo único que me queda ahora mismo.

—No tiene gracia —dice una voz, más grave de lo habitual.

Levanto la vista. Mei está de pie frente a la reja, los brazos cruzados, lleva ojeras nuevas. El agente aparece detrás de ella, vigilante.

—Es eso o llorar.

Mei no sonríe.

—Acabamos de salir del despacho del inspector Jian —dice sin rodeos—. Mi madre y yo. Ya nos han puesto al día de lo ocurrido y bajo qué pretexto te han metido aquí.

Pongo los ojos en blanco. Aunque rápidamente noto algo diferente en Mei, una seguridad que antes no estaba.

—También nos han contado que están investigando el hospital de Beitou. Creen que el asesino estuvo internado allí, que hay archivos que podrían confirmar su identidad.

Resoplo.

—¿En serio creen eso?

Mei no responde, solo me observa. Yo me levanto del banco y camino hasta la reja.

—Ese lugar está cargado de simbolismo. No fue casualidad que nos llevase allí, quería dejar un mensaje, no una pista sobre quién es. No es tan estúpido como para exponerse de esa forma. —Hago una pausa—. Les ha lanzado un hueso para entretenerlos. Y parece que lo están mordiendo con gusto.

Mei agacha la mirada. Tiene los nudillos blancos de tanto apretar el vaso de café.

—¿Y el último juego? —digo—. ¿Ya ha llegado?

Asiente con lentitud.

—Sí. Lo recibieron hace una hora.

Mi pulso se acelera.

—¿Sabes en qué consiste?

—No, no me han dejado verlo. Ni siquiera han servido las amenazas de mi madre. El inspector está tan presionado que una exigencia más le resulta indiferente.

Cierro los ojos con fuerza. Aprieto los dientes. Maldito Jian. Maldito su orgullo, su necesidad de controlarlo todo y de mantenerme al margen, aunque eso signifique sacrificar a una víctima más.

—¿De qué sirve proteger su ego cuando hay una vida en juego? —escupo—. Esto no va de medallas. Ni de titulares. Ni de quién aparece en los periódicos. Se trata de la investigación, de resolverla antes de que sea demasiado tarde.

—La vida de mi hermana —dice con voz cortante.

Su voz es tan inesperada como violenta, retumba en las paredes húmedas como si fuese a romperlas. El café tiembla en su mano. Su respiración se ha vuelto irregular. Los ojos, rojos, pero no por el cansancio, esta vez es rabia.

La miro confusa, sin entender del todo ese cambio de actitud.

—No se trata de resolver la investigación, se trata de salvar la vida de mi hermana.

—Claro, a eso me…

—Todo esto para ti es un maldito rompecabezas, ¿no? —continúa,

ignorando mi aclaración—. Una secuencia lógica, una historia más para tu próximo libro. Otro caso brillante en tu currículum.

La observo, en silencio. Ni siquiera intento defenderme.

—Desde que llegaste, lo único que haces es analizar, deducir, esquivar las emociones como si fueran un obstáculo más. Como si sentir algo te restara agudeza. Pero no es tu familia la que está encerrada en un sótano con un maldito psicópata al otro lado de la puerta.

Las palabras se le traban, pero no se detiene.

—Y lo peor es que te creo. Eres brillante, pero no infalible. Esto no es ajedrez, Valkiria. Es vida o muerte. Juegas con los plazos como si fuera una estrategia que estás probando. «Vamos a esperar para ganar más tiempo». ¿Y si no hay más tiempo? ¿Y si este juego termina como los otros dos, con una bolsa de cadáveres y otro titular sensacionalista?

Siento cómo cada frase me golpea como una cuchilla mal afilada.

—Yun no es una pieza en tu tablero ni un experimento social. Es mi hermana. Y lo que más me duele es que tú, de todas las personas, eres la única que tiene una posibilidad real de salvarla… y aun así te comportas como si esto fuera solo otra oportunidad para demostrar lo lista que eres.

Da un paso más cerca. Casi está pegada a los barrotes.

—Yo la dejé ir ese día, le negué el coche. Por eso fue sola. Por eso la secuestraron. La culpa me está devorando, y lo único que quiero es traerla de vuelta. Pero tú… tú actúas como si te importara más ganarle al asesino que rescatar a Yun.

Baja la voz, pero no la intensidad.

—Eres igual que Jian. Orgullosa, controladora. Los dos estáis tan obsesionados con tener razón que ni os dais cuenta de a quién estáis dejando atrás. Y quizás ese sea el problema. Que en esta guerra de egos, la única que pierde es ella.

Sus ojos se empañan, pero no llora.

—Los medios, la policía, el inspector, tú, el maldito psicópata… Solo quiero que alguien, por una vez, deje de ver a Yun como un símbolo, una víctima útil, una oportunidad de redención. Y empiece a verla por lo que es. Una persona, mi hermana. Nada más.

Se da la vuelta sin esperar respuesta. Cada paso suyo resuena como un disparo en mi pecho. Y yo me quedo ahí, atrapada en una celda que, de repente, no es solo física. Estoy sola, pero no una soledad cualquiera. Una que se clava por dentro como astillas bajo la piel.

Y entonces la pregunta aparece: ¿y si tiene razón? ¿Y si no he querido salvar a nadie, solo ganar? ¿Y si no soy más que una espectadora que justifica su presencia para no aceptar que solo observa mientras otros caen? ¿Y si lo de Bansko no fue una excepción, sino un patrón? Resolver el caso, sí, pero sin evitar la muerte. Sin impedir el dolor.

¿Y si soy como él? Un narrador más. Alguien que observa y extrae conclusiones, mientras otros sangran en el centro del escenario.

La garganta se me cierra. El zumbido del fluorescente ahora es un pitido, sordo y constante. Como si algo se hubiese roto. O tal vez no roto… tal vez revelado.

21

No sé cuánto tiempo ha pasado, si veinte minutos o dos horas. Aquí abajo el tiempo es una broma cruel. Continúo sin moverme, clavada al banco, con los músculos tensos y la mente enredada.

Las palabras de Mei siguen rebotando en mi cabeza. No se han enfriado. Y por primera vez desde que llegué a Taiwán, no sé qué hacer.

Siempre pensé que mi trabajo ayudaba. Que, aunque no pudiera evitar todas las muertes, al menos resolvía los crímenes, entregaba justicia, daba respuestas. Pero ahora… ahora no lo sé.

¿De qué sirve resolver si no salvo a nadie? ¿Qué valor tiene ser brillante si al final la gente sigue muriendo?

Yun sigue viva. Lo repito como un mantra. Pero el margen de error se estrecha. Y lo peor es que empiezo a preguntarme si mi presencia ha servido de algo. O si, por el contrario, he complicado las cosas.

Por primera vez en mi vida me pregunto si debería apartarme.

No es un pensamiento dramático. Es frío, lúcido, casi clínico. Como si analizara un problema externo. Yo soy la variable inestable, el elemento que provoca fricción. ¿Qué pasaría si me aparto ahora? Si dejo que sigan sin mí, si me rindo.

Porque eso es lo que sería: rendirse.

¿Pero qué pasa si seguir es peor?

Inclino la cabeza hacia atrás y cierro los ojos. Respiro hondo, pero el aire húmedo de esta celda no llena los pulmones. Siento el peso de Bansko, las veces en las que no llegué a tiempo.

Y ahora Yun, Mei, esta celda… y yo. Tal vez no soy quien creía. Tal vez nunca lo fui.

Me inclino hacia adelante. El peso de mi cabeza me tira del cuello como si cada pensamiento se hubiese condensado en plomo. Entonces lo veo. Un papel. Arrugado, doblado en cuatro partes, justo fuera del alcance inmediato, pegado al borde del primero de los barrotes. Como si alguien lo hubiese deslizado con cuidado, esperándome.

El corazón me da un vuelco y me levanto de golpe. No hay nada

más en la celda y, sin embargo, ese papel está ahí.

Lo recojo con dedos tensos. Abro los pliegues con la torpeza de quien ya sabe que lo que va a leer le va a doler.

Está escrito a mano, en inglés:

¿Este es el trabajo de la famosa Valkiria Kross?

Detenida como un delincuente mientras yo aún me muevo con libertad.

¿Así pretendes salvar a Yun?

Esperaba más de ti. De verdad. Qué decepcionante.

El papel se me pega a la piel como ácido en la cara. El eco de cada palabra reverbera en mi pecho. No porque tenga razón —aunque tal vez la tenga—, sino porque lo sabe. Porque, desde donde sea que esté, puede entrar aquí, a esta celda, y dejarme un mensaje sin que la policía lo detecte. Como si fuera dueño del espacio, del tiempo, de mi investigación. De mí.

¿Desde cuándo me observa? ¿Cuándo dejó esto aquí? ¿Cuántas veces ha estado a un paso de mí sin que lo notara?

Siento la desesperación creciendo. Una punzada entre las costillas. Las manos me tiemblan, pero aprieto los puños. No puede ganarme. No ahora. No así.

La puerta del pasillo se abre. Es el guardia, el mismo que en varias ocasiones me ha registrado al entrar en la comisaría. Me acerco a los barrotes con el papel en alto.

—¡Llama al inspector Jian! —le grito—. Ya. El asesino me ha dejado una nota. Necesito hablar con él ahora mismo.

El guardia me mira con escepticismo, pero algo en mi tono —o en mi cara— lo hace reaccionar. Sin una palabra, saca el walkie de su cinturón.

Yo no me muevo. Sigo con el papel en la mano, apretándolo como si fuera lo único que me mantuviera de pie.

A los dos minutos, el sonido de pasos apresurados por el pasillo

me alerta antes de verlos. Son pesados, decididos, distintos al andar despreocupado del guardia de antes.

La puerta se abre con violencia contenida. Jian entra primero, su rostro es una máscara de tensión pura. Detrás de él aparece el subinspector Ren, con una tablet en la mano y la mirada ya fija en mí.

—¿Dónde está? —dice Jian sin saludar.

Se la entrego por los barrotes. La agarra y la lee de inmediato. A su lado, Ren se asoma para echarle un vistazo por encima del hombro.

Pasan cinco segundos. Luego diez. Jian no dice nada, pero fosas nasales se abren, con el papel temblando ligeramente entre sus dedos.

—Ha estado aquí… —murmura—. Ha estado aquí —repite, más fuerte—. En esta misma comisaría. Caminó por nuestros pasillos, pasó por delante de nuestros agentes, y nadie se dio cuenta. Nadie. Ni una maldita cámara, ni una sospecha. No deja de tomarnos por idiotas.

Ren guarda silencio. Parece que sabe lo que viene.

—Quiero que reúnas a un equipo ahora mismo —ordena Jian—. Solo agentes de máxima confianza, los que lleven más de veinte años en el cuerpo. Quiero una lista completa de todas las personas que han entrado hoy en el edificio: visitantes, funcionarios, periodistas, internos. Todos. Y añade a los nuestros también, especialmente a los que están en el equipo de esta investigación.

—¿Los nuestros? —dice Ren, dudando.

—Todos. No quiero ni una grieta, ni un nombre que no esté ahí. Este cabrón está más cerca de lo que pensábamos.

Ren asiente con gravedad y se va sin protestar.

Jian se queda mirando el papel un segundo más, como si le fuese a revelar algo nuevo. Luego se vuelve hacia mí.

—¿Está satisfecho? —le espeto—. ¿Ve lo que pasa cuando me mantiene al margen? ¿Ahora sí se da cuenta de con quién estamos tratando?

Me ignora. Sus ojos se clavan en los míos con furia, sí, pero también algo más hondo. Cansancio, frustración, quizás miedo.

—Y la única razón por la que no sospecho de usted es porque tengo pruebas de que estaba en Japón la semana pasada y a comienzos de esta. No tendría sentido que colaborara con el asesino solo en este caso.

—Déjese de estupideces —digo, avanzando hasta los barrotes—. Sáqueme de aquí. Soy quien mejor entiende cómo piensa ese malnacido. Cada minuto que paso aquí es una ventaja más que le da.

Él no responde de inmediato. Da un paso atrás y cruza los brazos. Luego deja escapar un suspiro largo, que no es solo físico, sino vital. Como si llevara días —o semanas— conteniéndolo.

—¿Sabe cuál es la diferencia entre usted y yo, señorita Kross? —dice finalmente, con voz más calmada de lo que esperaba—. Usted puede jugar con el límite, puede permitirse el lujo de fallar. Yo no.

Sus palabras no buscan herirme. Pero lo logran.

—Cada decisión que tomo está bajo el microscopio. Cada movimiento que hago se convierte en titular. Si me equivoco, si hago una concesión incorrecta, si confío en la persona equivocada… no solo muere alguien. Me muero yo también. Profesional y socialmente. Como padre y como ciudadano. Porque este país no perdona el fracaso, mucho menos si eres quien lidera.

Sus palabras tienen un peso nuevo, más sincero y humano. Ya no es el oficial prepotente de antes. Es un hombre al borde.

—Desde que llegó ha puesto todo en duda. Nos ha menospreciado, desacreditado, pasado por encima. Y aun así, confié en usted y dejé que se involucrara. Pero ahora… —Me mira con una mezcla de decepción y resolución—. Ahora el asesino la ve como la responsable del juego. Y eso la convierte en un riesgo.

—¿Qué está diciendo?

—Estoy diciendo que este ya no es su problema. Esta tarde haré las llamadas necesarias. Mañana, a esta misma hora, estará camino de vuelta a su país. Deportada.

—¡¿Qué?! No puede hacer eso, no puede hacerle eso a Yun. Necesitamos todas las cartas sobre la mesa, y yo estoy en posición de aportar algo que puede marcar la diferencia.

—Ya ni siquiera su arrogancia le deja ver lo que tiene delante.

—Esto es un error.

—Puede ser. —Me mira un segundo más—. Pero será mi error. Y si fallamos… al menos fallaré haciendo las cosas a nuestra manera. No a la suya.

Da media vuelta. Sus pasos resuenan como una sentencia.

Y yo me quedo aquí. Atrás. En una celda que empieza a sentirse definitiva.

22

Ha debido de pasar un día desde que me detuvieron. Veinticuatro horas de hormigón, humedad y la certeza de estar fuera del tablero mientras el mundo gira sin mí.

El cuerpo me duele por el peso acumulado entre dos conversaciones. Mei y su desesperación. Jian y su sentencia. La urgencia de que esté tramitando mi deportación me carcome. En unas horas supuestamente estaré fuera del país. Como si pretendiese que me olvidara de Yun y todo lo ocurrido solo por abandonar el territorio nacional.

Tengo la presión hasta el cuello. He caído en una especie de letargo intermitente, lo mínimo para que la mente no se colapse. Y mientras el mundo sigue avanzando a trompicones entre pistas y titulares, yo no tengo más remedio que detenerme. Forzada por el encierro y el orgullo estúpido de Jian. Nada que hacer, solo pensar, ordenar y recordar.

En ese silencio sin salida, las partes de la investigación empiezan a caer por su propio peso. Como si, sin ruido que me distraiga, no me quedara otra más que poner todas las piezas sobre la mesa. Las pruebas, los juegos, las víctimas y el patrón.

He repasado cada pista, cada móvil, cada mensaje codificado. He vuelto a dibujar mentalmente los recorridos, los tiempos, los errores. Me he sorprendido a mí misma revisando las pruebas como si no fueran mías. Como si tratase de ver con los ojos de otro, de alguien que no está atrapada aquí abajo y que aún cree que todo esto tiene sentido.

La primera víctima murió antes de que empezara el juego.

Esa es la frase que no deja de rondarme desde el mediodía de ayer. Como un mosquito invisible que zumba detrás de las ideas más importantes. La policía lo aceptó como parte de la narrativa del asesino: «Ya sabía que no lo lograríamos, así que la mató desde el inicio. Una provocación más». Fin. Nada que cuestionar.

Pero hay algo que no encaja, nunca ha encajado. Si ya sabía que no lo iban a lograr, ¿para qué secuestrarla en primer lugar? ¿Para

qué todo el teatro de los acertijos, los móviles, los plazos, las pistas? ¿Por qué iniciar un juego que ya no tenía jugador? Y sobre todo, ¿por qué sí respetar las reglas con los siguientes dos secuestros?

Entonces se me ocurrió. ¿Qué pasa si fue al revés? ¿Qué pasa si la mató por error? Tal vez por accidente, por fallo de cálculo o como último recurso. Y fue entonces cuando inventó el juego. Una justificación post mortem, un espectáculo para cubrir el fallo. Si la primera víctima moría como parte de un sistema, entonces su muerte dejaba de ser un error. Se volvía mensaje. Y al construir ese marco, el asesino encontraba algo más: poder.

La segunda víctima fue distinta. A esa sí la mantuvo con vida. Se ajustó al formato que él mismo había creado. Convirtió el error inicial en un ritual. Ya no era solo una víctima. Era parte de un ciclo. De una estructura. Y ahí empezó el verdadero espectáculo.

Pero incluso entonces, hay algo en la cronología del caso que huele a improvisación. Las ventanas de tiempo entre los juegos, las fechas, las decisiones. Antes todo más acelerado, como si tuviese prisa por un motivo específico.

Y luego llegó Yun y todo cambió.

La organización, la narrativa, la teatralidad, el ritmo pausado, medido. El giro de guion: entregarle el juego a una detective extranjera. Los ataques directos, la puesta en escena más elaborada y por supuesto, el robo.

Eso no fue un añadido. Fue una ruptura. El que entró en casa de Mei no se asemeja al que dibuja frases moralistas en las paredes. Es alguien con un objetivo más tangible. Menos moralista. Busca algo, algo que no encontró.

Y eso lo cambia todo. Porque significa que Yun no es solo una víctima más, no es parte del mensaje, es el centro. Y si ella es el centro, entonces todo este teatro —los peces dorados, los naipes cortados, los templos y los cubos de Rubik— es eso: un decorado, un disfraz, un ruido.

Y los juegos son su forma de esconderlo. De encubrir su verdadera motivación bajo la máscara de un falso redentor. No son una estructura ética, son distracción. Un ruido de feria, brillante y absurdo, diseñado para mantenernos mirando hacia el decorado

mientras él opera detrás del telón.

Descubrir qué busca de verdad es la única forma de ganarle de una vez por todas. La única forma de salvarla. Y ahora lo sé.

Ya no me basta con seguir las pistas, ni con resolver los juegos. Tengo que leer entre líneas. Romper el papel pintado del decorado y ver qué hay detrás del telón.

El segundo tema al que he dado vueltas es más práctico. Más peligroso, también.

¿Cómo obtiene la información?

No es algo menor. No solo sabe que participo en el caso, supo que iba a hacerlo apenas aterricé en el país. Conocía la fecha exacta en la que llegaría a Taipéi, el hotel y el número de habitación. Todo. Ese mismo día, antes de que pudiera siquiera deshacer la maleta, ya me había enviado el juego. Y ayer me entregó un nuevo mensaje… dentro de la comisaría.

Luego está el comentario que hice sobre el tercer juego. Esa idea de no resolverlo inmediatamente, de ganar tiempo. Una simple sugerencia que mencioné únicamente en un entorno específico. En voz alta, sí, pero solo frente al inspector y Mei. Y el asesino lo sabía. Lo repitió casi con mis mismas palabras.

Eso deja tres posibilidades. Tres caminos que he repasado una y otra vez.

El primero: que el asesino sea parte del cuerpo policial.

En principio lo descarto. No solo por la complejidad logística, sino por algo más visceral. Su odio al sistema, su tono acusatorio y visión extremista de una sociedad corrupta que abandona a los débiles. No es la visión de alguien que forma parte activa del engranaje. Es la de alguien que se siente aplastado por él, despreciado e invisibilizado. Si trabajase en la policía, no tendría esa narrativa. Al menos no de forma tan orgánica y furiosa.

Segundo: tiene un cómplice o alguien a quien paga por la información.

La lista de personas que sabían que iba a llegar a Taipéi es mínima. Mei, su madre y el inspector Jian. Nadie más. Mei me aseguró que estaba a solas con el inspector cuando trataron el tema, y él no tenía ningún motivo para compartir esa información con

otros agentes.

De esos tres, solo uno trabaja en la comisaría. Jian.

Pero eso tampoco encaja. No tiene ningún sentido. No solo porque su carrera entera desaparecería con solo un indicio de colaboración, sino porque he visto su rostro cada vez que aparece un nuevo juego. He visto su frustración, su obsesión por controlarlo todo. Cómo mira la imagen de su hija cada vez que alguien menciona que Yun puede estar muerta.

Nada de eso es fingido. Nadie puede fingir ese nivel de desgaste. No es su estilo y, aunque lo fuera, ¿qué ganaría ayudando al asesino? Nada. Absolutamente nada.

Así que descarto esa opción también.

Solo queda una posibilidad. La más lógica e inquietante: la comisaría está comprometida.

Micrófonos. Pequeños y discretos, ocultos en sitios donde nadie miraría. Lo suficientemente sensibles para captar conversaciones clave. No sería fácil colocarlos, pero no es imposible. Solo necesitaba hacerlo una vez.

Y si eligió bien el lugar, un solo micrófono le bastaría. El despacho del inspector Jian, por ejemplo. Fue allí donde Mei le dijo por primera vez que yo vendría, donde le dije a Jian que íbamos a esperar a resolver el tercer juego y donde se ha tomado cada decisión importante desde que comenzó esta pesadilla.

Y si eso es cierto —si el asesino lleva todo este tiempo escuchando — entonces vamos con mucho retraso. Jugando en un tablero donde él no solo pone las reglas, sino que conoce cada uno de nuestros movimientos antes de que los hagamos. Como si jugáramos al póker con las cartas boca arriba.

Y eso lo cambia todo.

Porque significa que no solo está un paso por delante. Está en nuestra sombra. Escuchando, esperando y riéndose.

En ese escenario, sigue sin explicarse cómo logró hacerme llegar un mensaje ayer, dentro de mi propia celda. Aunque si realmente logró entrar una vez en la comisaría para instalar micrófonos, nada le impediría hacerlo de nuevo solo para burlarse de mí.

A esa conclusión llegué una hora atrás, y no servirá de nada si me

deportan del país. Aún tengo tiempo de convencer al inspector de lo estúpido que sería hacerlo. Debo detenerlo. Pero para eso necesito hablar con él antes de que sea demasiado tarde.

Llevo esperando un rato largo a que el agente que revisa las celdas cada hora haga su ronda. Siempre pasa con su ruido de llaves, me sostiene la mirada y se va, con un gesto que me hace pensar que estuvo a punto de sonreír.

Desconozco qué hora es, pero la espera me mata. Cuando lo único que tienes es el tiempo, cada segundo se convierte en un grano de sal bajo la lengua. Algo irritante que arde.

Después de un tiempo que pasa lento y doloroso, lo oigo. El chirrido de la puerta metálica, su tos breve, y ahí está. El mismo agente de siempre, con cara de estar pensando en cualquier cosa menos en lo que tiene delante.

Me acerco a los barrotes.

—Necesito hablar con el inspector Jian. Ahora.

Él me lanza una mirada rápida, cansada, a medio camino entre el escepticismo y la indiferencia.

—Es urgente —insisto, y mi tono cambia, adopta un filo que no admite réplica—. Ya sé dónde están el asesino y la secuestrada Yun Chen.

23

Estoy sentada en el despacho del inspector Jian desde hace cinco minutos. El agente que me escoltó se mantiene a mi lado como un mueble vigilante, sin apartar la vista de la puerta, como si esperara una inspección sorpresa o un terremoto. El lugar huele a lo mismo que dos días atrás: café viejo, estrés acumulado y desinfectante barato.

Jian entra sin preámbulos. Ni siquiera ha terminado de abrir la puerta cuando ya gruñe.

—¿Qué está haciendo aquí?

El agente carraspea.

—Dice que sabe dónde está el asesino y la secuestrada.

Jian me lanza una mirada que podría astillar vidrio.

—Déjenos solos —ordena, sin levantar la voz.

El agente asiente, no sin antes dedicarme una mirada cargada de «más te vale no hacerme quedar como un idiota».

Cuando se cierra la puerta, el silencio se estira y Jian cruza los brazos.

—Bien, hable.

Lo miro un segundo. Luego otro. Y finalmente resoplo.

—Es mentira.

—¿Perdón?

—No sé dónde está el asesino. Aún. Solo necesitaba una excusa para hablar con usted sin que me mandara de vuelta a la celda.

El inspector da un paso hacia la puerta.

—¿Sabe que esto roza la obstrucción?

—No más que lo del cubo de Rubik. —Cojo un folio de la impresora y un bolígrafo del escritorio antes de que me los pueda quitar—. Solo escuche.

Empiezo a escribir, sin mirarlo. Mientras tanto, suelto en voz alta la clase de discurso que haría llorar a un político en campaña.

—Mire, no estamos aquí por orgullo, ni por protagonismo. Estamos aquí porque hay una vida en juego. Y si seguimos peleándonos como dos perros atados a la misma cadena, vamos a perderla.

Levanta una ceja, escéptico. Pero no me interrumpe. Observa mi mano, que escribe rápido. Al terminar deslizo el papel hacia él.

Hay micrófonos en la comisaría.

Tarda un segundo en leerlo. Luego me mira y asiente muy despacio. No sé si era algo en lo que había pensado, pero la idea no le parece una locura.

—Tiene razón —dice en voz alta, sin despegar los ojos del papel—. Hemos dejado que nuestras diferencias interfieran demasiado.

Me levanto y me acerco a la estantería más próxima.

—Necesito que trabajemos juntos —continúo, también en voz alta —. Aunque no confíe en mí y yo no confíe en usted. Porque Yun Chen no puede esperar a que solucionemos nuestras disputas personales.

Jian se pone en movimiento. Se agacha junto al archivador metálico, inspecciona las esquinas, pasa la mano por detrás. Yo empiezo a revisar el marco del espejo. Luego me meto debajo del escritorio.

—Esto no es una cuestión de orgullo —sigo—. Es una cuestión de supervivencia.

—No es fácil, ¿sabe? —dice, mientras revisa la lámpara del techo desde su silla—. Después de lo que ha pasado y de cómo su presencia aquí nos ha puesto en evidencia en los medios.

—Lo sé. —Reviso los enchufes, uno a uno—. No estoy aquí para gustarle. Estoy aquí porque sé leer al asesino mejor que ustedes.

—Modesta.

—No tengo tiempo para falsa humildad.

Durante los siguientes minutos, el despacho se convierte en una escena absurda: dos personas que deberíamos odiarnos, encogidas bajo escritorios, hurgando en estanterías, tocando con las yemas cada rincón como si buscáramos un diamante perdido. Todo mientras mantenemos una conversación que no es real, pero tampoco mentira.

Yo reviso por tercera vez la base del dispensador de agua. Jian levanta uno de los archivadores metálicos. Nada, solo más polvo.

—Entonces, ¿le parece bien si vuelvo a la investigación? —digo, al darme cuenta de que llevamos demasiados segundos sin hablar.

En cuanto sale la última de mis palabras me quedo clavada en el sitio. Estoy arrodillada frente a la estantería del fondo. Paso los dedos por la parte inferior de una de las baldas, despacio. Me vuelvo a detener.

—No volveré a tomar la iniciativa por mi cuenta —añado mientras le hago un aspaviento al inspector.

Jian se acerca con sigilo. Al agacharse ve lo mismo que yo. Un pequeño punto oscuro, adherido con precisión, pegado al reverso de la madera. Silencioso e invisible, pero presente.

Nos quedamos quietos. No hay necesidad de decir nada.

—Mientras que consulte conmigo cada uno de sus movimientos, puede volver a la investigación. Esta vez sí, como consultora —murmura.

Su expresión es fría, a la par que el tono del resto de la conversación. Pero en su expresión es incapaz de borrar una amplia sonrisa.

Yo asiento y abro la puerta. Salimos del despacho sin decir una palabra. Las luces frías del techo iluminan la oficina como si no acabáramos de encontrar una grieta real en los juegos del asesino. El ascensor tarda un poco más de lo normal en llegar. Nos metemos dentro sin cruzar miradas. Solo el zumbido metálico y el reflejo de nuestras siluetas en la pared de acero.

Cuando salimos al callejón trasero, el aire huele a humedad, a escape de moto y a la basura que nadie se ha molestado en recoger. Jian enciende un cigarro y me lo ofrece sin mirarme.

—No fumo.

—Yo tampoco —dice, y le da una calada corta.

Apoya la espalda contra el muro. Me mantengo de pie, con los brazos cruzados. Por fin habla, en su tono habitual, sin disfraces.

—Aunque la conversación de antes era un teatro, había algo de realidad.

—¿Ah, es que estábamos actuando?

Por la mirada que me dedica, parece que se está acostumbrando a mi sarcasmo.

—Cancelaré su deportación y entrará como consultora oficial en la investigación, pero bajo una condición. Si no tenemos éxito, la carga pública será de ambos. Si se va a beneficiar de toda la publicidad y repercusión mediática que actualmente tiene, también debería atenerse a las consecuencias de qué sucederá si la situación acaba mal. Si hay falta de resultados, ambos tomaremos cargo de responsabilidad.

Yo asiento sin dudarlo.

—Es consciente de lo que esto significa, ¿no? Debido a la repercusión internacional del caso, si no tenemos éxito, la carrera de ambos habrá terminado.

Suelto una risa agria.

—Inspector Jian, creo que no se hace una idea de lo que estoy dispuesta a hacer con tal de salvar la vida de Yun.

El policía me mantiene la mirada durante unos segundos, tratando de discernir realmente la seriedad de mis palabras. Entonces relaja los hombros y le da una calada larga a su cigarro:

—¿Cómo demonios logró poner micrófonos dentro de una comisaría?

—No lo sé —digo, sincera—. Pero no hace falta que tenga acceso constante. Solo necesitaba entrar una vez para colocar los dispositivos en puntos clave. Con la nota que me dejó, igual. Puede que siempre tenga acceso a la comisaría, o sencillamente ha entrado dos veces. ¿Ha encontrado el subinspector Ren algo respecto al papel en mi celda?

—Ya se sabe quién le entregó la nota. —La mirada se me ilumina, pero en cuanto veo el semblante frío del inspector, se disipa mi esperanza—. Es un abogado que iba a hablar con su cliente, unas celdas después de la tuya. El hombre lleva treinta años trabajando de oficio y tiene coartada comprobada para dos de los secuestros. Está claro que no es el asesino, pero desconocemos por qué le ha ayudado y se niega a hablar. El subinspector y sus agentes están con él.

Asiento con cierta decepción, aunque ya suponía que el asesino no sería tan descuidado.

Decido volver a las buenas noticias.

—Si los micrófonos siguen activos, llevamos ventaja por primera vez. Podemos controlar lo que él sabe de nosotros.

—¿Usarlos en su contra?

—Exacto. Fingir que seguimos a ciegas. Elegir cada palabra como si fuera una jugada.

Jian suelta el humo lentamente.

—Nos da margen.

—Nos da iniciativa.

Luego mete la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y saca una pequeña caja envuelta en papel de estraza. Me la extiende.

—Llegó ayer por la mañana. El quinto juego. Quiero que le eches un vistazo. Nos quedan poco más de veinticuatro horas para salvar a Yun.

24

Tomo la caja envuelta en papel de estraza como si ardiera. Pesa menos de lo que pensaba. El asesino no ha dejado de ser creativo, ni siquiera al final. Tal vez por eso estoy más tensa: porque sé que estamos a una sola jugada de perder. O de ganar.

Me apoyo contra el muro y arranco el papel con cuidado, se nota que no soy la primera persona que lo desenvuelve. Dentro, una estructura de plástico blanco impreso en 3D. Lo reconozco de inmediato: un Pentominó. Ese juego en el que tienes que encajar unas cuantas piezas en un tablero rectangular, una especie de puzle ilimitado. Pero no uno normal. Las piezas no encajan. Algunas tienen bordes deformados y pequeños añadidos, como si las hubieran saboteado a propósito.

Al lado del rompecabezas hay una nota. Impresa. Por primera vez, no está en chino, sino en inglés:

They create us with one pattern, growth requires cracks. Here, we're sanded until flat. 10/14/2025 | 09:30

Las palabras se me quedan pegadas a la garganta. «Nos crean con un patrón, el crecimiento requiere grietas. Aquí, nos lijan hasta que estemos planos». Jian me lanza una mirada rápida.

—¿Alguna idea de por qué el cambio de idioma?

Niego con la cabeza. Mis ojos siguen fijos en el rompecabezas.

—Hemos escaneado todas las piezas —dice Jian, como si no quisiera dejar que la atmósfera nos absorba del todo—. Son sólidas. Plástico común de impresión 3D. Contiene pequeñas burbujas de aire, al parecer es normal en este tipo de impresión. No hay nada oculto dentro, el mensaje del papel está impreso como cualquier otro.

—¿Tinta invisible? ¿Luz ultravioleta?

—Lo hemos probado. Nada.

Vuelvo a observar el rompecabezas. Las piezas parecen las del juego con el que me entretuve en un par de ocasiones de niña,

aunque siempre fue mi hermano el que se olvidaba del tiempo con ese juguete. Los pequeños añadidos son sutiles, una arista extra o un vértice de más, pero suficientes para impedir que encajen en una cuadrícula estándar.

—El formato del tablero es cinco por doce cuadrados —dice Jian, continuando con el resumen de sus descubrimientos—. Con las piezas normales hay mil diez formas de completarlo.

—Pero estas no son las habituales.

—Exacto. Intentamos varias combinaciones, pero nada, es imposible que encajen todas.

—Entonces… tal vez una sobra.

El silencio de Jian me confirma que no es una idea nueva.

—Eso mismo pensamos. Una pieza de más. Pero no hemos logrado determinar cuál, ninguna parece… descartable.

—¿Y si esa es la clave? —digo, más para mí que para él—. El mensaje del asesino lo sugiere. «They create us with one pattern»… y sin embargo, crecer requiere grietas. Las grietas aquí son esas piezas modificadas. El sistema los quiere pulidos, para que encajen.

Jian me observa. Por primera vez, sin escepticismo.

—Tal vez tenga más suerte que nosotros —dice.

Asiento y, sin decir nada más, regreso al interior de la comisaría. Vuelvo a mi sala, con la mesa abarrotada, un sofá en el que reiniciar la mente durante quince minutos si es necesario y un rompecabezas que se resiste a encajar. Literal y simbólicamente. Porque eso es lo que ha hecho siempre este asesino. Tomar piezas del sistema, retorcerlas, y lanzarlas de vuelta para que sangren. Pero si hay algo que sé hacer, es mirar lo que nadie quiere ver.

Mi ilusión inicial dura bastante. Pero más de tres horas después sigo en la misma silla, con la misma cara y el mismo rompecabezas delante. He probado de todo: combinaciones imposibles, dejar una pieza fuera, forzar las formas, incluso pensar al revés. Nada.

El mensaje del asesino es claro. El sistema margina, elimina lo que no encaja. Y, sin embargo, dejar una pieza fuera no lleva a ninguna solución real. Está claro que el juego final no iba a ser tan fácil.

También he utilizado multitud de diferentes modelos mentales, esos filtros que me sirven para ver la realidad con enfoques

diferentes: inversión, primeros principios, equivalencia… Lo he observado con los ojos entrecerrados, como si eso fuese a cambiar su forma. Lo he olido. Incluso lo he rozado con los labios, por si alguna textura me decía algo que la vista no alcanzaba. Nada.

Cada método lógico solo me lleva a más frustración. Cada atajo es un callejón sin salida. Como si el propio juego me estuviese empujando hacia la desesperación.

Necesito aire.

Me levanto sin avisar a nadie, salgo sin pensarlo y cruzo los pasillos como un fantasma cansado. Al salir, la ciudad me recibe con ruido y olor a asfalto caliente. Camino sin dirección concreta, solo sé que mis piernas necesitan alejarse del juego.

Me detengo en un semáforo y, como si se hubiera abierto una compuerta, una veintena de motocicletas arranca al unísono. El zumbido de los motores lo inunda todo. Algunos conductores van solos, otros llevan a sus parejas o incluso a sus hijos, sujetos entre ellos como piezas de Tetris. Ahí las motos no circulan, fluyen como un río que se desborda cada vez que el semáforo cambia a verde.

Entonces mi móvil vibra. Miro extrañada la pantalla, un número de teléfono desconocido me está llamando. El prefijo es de Taiwán.

—¿Quién es? —respondo en chino.

—Valkiria Kross, es un placer hablar con usted.

Mis pies se clavan en el suelo, quien habla lo hace en español.

—Mi nombre es Tomás Galdós, soy el jefe de la Sección Consular de España en Taipéi.

—¿Cómo ha conseguido este número? —digo, tratando de mantener la compostura—. No lo he puesto en ningún documento de inmigración. Es personal.

—Lo sé. Pero el hecho de que una ciudadana española…

—No lo soy —lo interrumpo. Mi tono sigue neutro, aunque cada palabra se tensa como alambre de púas—. Dejé de serlo hace seis años, cuando renuncié a mi pasaporte.

Hay un breve silencio al otro lado. Luego, la voz regresa, pausada, como si estuviera seleccionando cada palabra.

—… el hecho de que una persona de origen español esté implicada en un caso con tanta repercusión mediática, no solo en Taiwán sino

también en Europa, nos llevó a considerar pertinente ponernos en contacto con usted. Por seguridad, por protocolo y por interés.

Por supuesto. Nada como el interés diplomático para disfrazar el cotilleo institucional.

—Al buscar su nombre —continúa—, me llamó la atención el de su padre. Coincidí con él en un par de eventos oficiales en Madrid. Después solo necesité hacer dos llamadas y él me facilitó su contacto.

Una carcajada seca se me escapa por la nariz. Es más un gruñido que una risa. Me cuesta decidir qué me revuelve más el estómago: la facilidad con la que ha conseguido el número o el hecho de que mi padre haya accedido sin dudarlo.

—Claro. Cómo no.

No me sorprende. Siempre se le dio bien seducir a quien hiciera falta, con una sonrisa impecable y palabras medidas al milímetro. Nunca le tembló el pulso a la hora de usarme como ficha, si eso le permitía quedar bien en la foto.

—Sé que quizá no sea el mejor canal —dice Galdós, como si no notara la hostilidad creciente en mi silencio—. Quería asegurarme de que está bien. Y, si hay algo en lo que podamos ayudarla, la Sección Consular está a su disposición.

Me muerdo la lengua antes de hablar. Parte de mí quiere colgar de una vez, la otra quiere ver hasta dónde llega esta pantomima.

—¿Ayudarme? —repito, con una falsa cordialidad que me raspa la garganta—. ¿Y en qué podría ayudarme exactamente un organismo que ni siquiera es un consulado oficial? Además del hecho de que ya no tengo ningún vínculo con su país.

—No pretendía molestarla. Solo tenderle una mano. Y saber si hay algo que quiera comentar. En su situación actual, cualquier apoyo…

—Le agradezco la llamada, señor Galdós —lo interrumpo con una calma cortante—, pero no necesito apoyo institucional, ni consular, ni personal. Y mucho menos si viene a través de mi padre.

Me sorprende a mí misma lo bien que lo digo. Como si fuese una respuesta memorizada, ensayada para una ocasión como esta.

—No quiero parecer intrusivo. Simplemente, me pareció relevante saber que…

—¿Sabe qué es lo único que me sorprende de esta llamada? —le corto, esta vez con menos máscara—. Que haya tardado tanto en llegar. Porque si hay alguien que sabe aprovechar el sufrimiento ajeno para posicionarse bien ante los demás, ese es él. Siempre atento, dispuesto y, por supuesto, siempre a salvo del barro, mientras otros nos hundimos.

Antes de que pueda arreglar la conversación con algún recurso de oratoria de quien lleva toda la vida entre despachos y relaciones internacionales, cuelgo.

Me quedo mirando el móvil, como si pudiera devolverle el golpe. Aprieto los labios. Una parte de mí tiembla. No de miedo, de asco.

Tantos años tratando de borrar su sombra, tantas decisiones tomadas en su contra. Y aun así, ahí está. Filtrándose por las rendijas de mi vida como el humo denso de un incendio mal apagado.

Vuelvo a guardar el móvil. No pienso dedicarle un segundo más de mi día, aunque sé que la rabia va a seguir conmigo un buen rato.

Entro al primer 7-Eleven que encuentro. Cojo un *onigiri* de arroz y una bebida de té sin mirar la marca. Pago, salgo, y me siento en el bordillo de una plazoleta, justo frente a una escuela. Una vez más, esta es mi comida de escaso valor nutritivo y cuestionable calidad gastronómica. En este momento, no busco alimentarme. Solo necesito algo que me ancle al presente, que no tenga forma de Pentominó y que se deshaga de la voz de Tomás Galdós de mi cabeza.

A mi izquierda, un hombre en traje demasiado ancho para su cuerpo resopla mientras revisa unos documentos con dedos manchados de tinta. Sujeta un táper sobre las rodillas, sin prestarle la menor atención. Su corbata está torcida, el pelo, recién recortado. Parece uno de esos tipos que se esfuerzan por parecer serios, pero viven al borde del colapso. Le doy dos semanas antes de que empiece a fumar en secreto en las escaleras del edificio donde trabaja. Si es que no lo hace ya.

A la derecha, una pareja de ancianos comparte una caja de arroz envuelta en papel. No se hablan. Solo mastican, sincronizados, como si cada bocado formara parte de una coreografía ensayada durante

décadas. La mujer le limpia una mancha invisible del pantalón. Él ni se inmuta. La escena me conmueve y me asquea a la vez. No sé si eso es amor o simplemente una inercia bien engrasada que ya no sabe cómo parar.

Un poco más allá, en un banco de hormigón, una madre da de comer a su hijo pequeño. El niño no deja de moverse, fascinado por un pájaro que picotea cerca. La madre, con una camiseta con palabras en inglés mal escritas y el pelo recogido en un moño caótico, le acerca la cuchara con una paciencia medida. No le habla, no le sonríe. Solo cumple. Hay una rutina casi mecánica en sus movimientos, como si dar de comer ya no fuera un acto de cuidado, sino una tarea más de la lista. En su mirada no hay ternura, hay agotamiento. Y en la del niño, algo peor: una atención constante que no recibe respuesta. Me pregunto si dentro de unos años se convertirá también en una pieza errante. Otra que aprendió demasiado pronto que no hay premio por desear encajar.

Y justo detrás de ellos, en las escaleras de la escuela, un grupo de estudiantes con uniforme repasa apuntes en voz baja. La mayoría viene en pareja o en grupos de tres. Comparten libros, señalan líneas, corrigen lo que el otro dice. Algunos ríen en voz baja, otros muerden el bolígrafo como si eso ayudara a concentrarse. Desde fuera parecen pequeños engranajes de una máquina que funciona bien.

Excepto una.

Una chica sentada aparte. Mira sus folios como si fueran una lengua muerta. Nadie le habla, nadie parece verla. Sus gestos son torpes, sus ojos esquivan los de los demás. No hay rabia en su expresión, tampoco resignación. Solo ese tipo de desconexión que se desarrolla tras años de no ser la variable esperada por el sistema. Como si ya supiera que está fuera del margen, fuera del juego. Una pieza que no encaja.

Ahí está.

Mi pecho se tensa. El mensaje del asesino no habla solo de piezas físicas. Habla de personas, de expectativas, de encajar a la fuerza. «Sanded until flat». Lijados hasta quedar planos. Hasta perder lo que nos hace únicos.

Me pongo en pie de un salto. Tiro el envoltorio del *onigiri* a la papelera y corro hasta la calle principal. Encuentro una ferretería y compro una lija fina.

Regreso a la comisaría con la urgencia de quien ha visto algo en mitad de un incendio. Al entrar, Jian y el subinspector están inclinados sobre la mesa del Pentominó. Me acerco sin saludar. Saco la lija y la dejo sobre la mesa con un golpe seco.

—No se trata de que una pieza quede fuera. Hay que lijar las deformaciones para que encajen en el Pentominó, en el sistema. *Sanded until flat*.

Jian frunce el ceño.

—¿Vas a lijarlas?

—Sí.

El subinspector me mira como si estuviera loca. Pero Jian, para mi sorpresa, asiente. No del todo convencido, pero lo suficiente.

Tomo la primera pieza. Es una L que, en vez de un ángulo recto, tiene una arista añadida. Apoyo la lija contra la deformidad y empiezo a raspar.

El sonido es áspero, chirriante. El plástico cede poco a poco. Una nube blanca se forma sobre la mesa. Continúo hasta que la pieza recobra su forma original. Y ahí, entre la porosidad del material… Un patrón de puntos. Grabado en el interior. Las burbujas de aire eran regulares en los escáneres, pero al quitar solo las protuberancias, se muestra lo que el asesino ha escondido.

—¿Eso es…?

—Código morse —digo.

Jian se acerca a la pieza. Todos contenemos el aliento. Anoto los puntos y rayas.

. - - .

—Es una P.

Sigo con la siguiente pieza. Lijo con más seguridad. Aparece una H, luego una G, una S y, finalmente, una T.

P, H, G, S, T.

Las anoto en un folio de la mesa. Aunque todos estamos

exultantes por haber desentrañado el acertijo, mantenemos nuestro entusiasmo ante una nueva incógnita. Ninguna palabra salta a la vista. Tampoco son siglas que me digan nada. Miro a Jian y al subinspector Ren, su expresión es similar. Mi cerebro empieza a girar sobre sí mismo, buscando combinaciones, patrones, algo.

Pero nada encaja.

Cinco letras. Cinco piezas alteradas.

Acaricio el borde lijado de la última pieza. El tacto es más áspero ahora, imperfecto.

Levanto la vista. Jian me observa, pero no dice nada.

—No sé qué significa —admito.

Los dos agentes niegan igual con la cabeza.

Me apoyo contra la silla, agotada. Miro las cinco letras como si fueran una puerta cerrada sin pomo. Sé que estoy más cerca, pero también siento que cada paso adelante es solo el principio de otro laberinto. Otro juego dentro del juego.

Y Yun sigue ahí fuera. Esperando.

Cometo el error de mirar el móvil. Son las doce y media exactas, nos quedan veintiuna horas.

25

Ya ha amanecido. Otra vez.

La luz se filtra con la suavidad cruel de quien no entiende de urgencias. Fuera, los turnos de mañana van ocupando sus puestos como si este fuese un día más. Pero dentro de esta sala, cada minuto se mide como si fuera una cuenta atrás hacia el desastre.

Son las siete en punto. Llevamos dieciocho horas y media intentando descifrar el maldito enigma de las cinco letras, sin éxito. Quedan dos horas y media para que acabe el juego del asesino… y con él, la vida de Yun Chen

Ni Jian ni yo hemos dormido más que un par de cabezadas sueltas. Microsueños que te despiertan más cansado de lo que estabas. Yo los usé para reiniciar el sistema. Él, para no desplomarse en su silla.

Fuera de la sala de pruebas, los agentes investigan el resto de vertientes del caso. Revisan cámaras y testigos de los secuestros, rastrean lugares en los que se encontró la solución final de los juegos, interrogan al abogado que me dio la nota, intentan geolocalizar sin éxito el móvil desde el que llegan los mensajes… Pero aunque nadie está quieto, ni siquiera durmiendo sobre su escritorio, todos tienen la mirada encallada entre mi cara y el reloj de pared. Saben que no hay nada que puedan hacer. Nadie lo dice, pero el aire lo grita: estamos atrapados.

Cinco letras.

Eso es todo lo que tenemos. Cinco letras y una promesa implícita de muerte.

P-H-G-S-T.

Las tengo grabadas en la retina. Las he leído al derecho y al revés, en todos los idiomas que conozco. Ninguna clave, ningún patrón. Ninguna pista.

Masco chicle. No es por ansiedad ni por costumbre, es por pura necesidad.

Jian se estira en su silla, exhala con un sonido hueco y se pasa la mano por la nuca.

—Necesita un descanso —dice, sin mirarme—. ¿Quiere un cigarro?

—Ya le he dicho que no fumo.

—La entiendo. Yo también estoy tratando de dejarlo.

Levanto la vista hacia él, con lentitud.

—Nunca he fumado.

Se gira hacia mí con el ceño fruncido.

—¿Entonces por qué demonios mastica chicles de nicotina?

Miro el envoltorio sobre la mesa.

—Porque la nicotina, en dosis bajas, actúa como estimulante. Aumenta la frecuencia cardíaca, la presión arterial y la respiración. Y más importante, afecta al sistema mesolímbico dopaminérgico del cerebro. El que regula la motivación, el estado de ánimo y el refuerzo de actividades placenteras.

Jian me observa como si no supiera si estoy siendo sarcástica o si simplemente me he vuelto loca.

—En resumen —añado—, mejora la concentración y agudeza mental. Al menos durante un rato.

El inspector suelta una carcajada breve, ronca, pero no dice nada. Se levanta con un gruñido cansado y coge su chaqueta.

—Voy a por una dosis de cáncer, entonces. Ya la dejo a usted con su neurociencia.

Lo observo salir. Cuando la puerta se cierra, el silencio vuelve a aplastarme los hombros. Paso la lengua por el chicle, como si pudiera exprimirle una última gota de lucidez.

Pienso que tal vez eso lo resume todo: lo sobrecargada que debo de tener la cabeza para que una conversación sobre el sistema mesolímbico dopaminérgico se sienta como un descanso.

Pero descanso no es lo que necesito. Necesito ver lo que no estoy viendo. Necesito que estas cinco malditas letras hablen de una vez.

Miro la pizarra por enésima vez. Las ciento veinte combinaciones posibles están ordenadas alfabéticamente, de GHPST hasta TSPHG. Todas inútiles, sin sentido. Y justo encima, subrayada con tinta azul, la frase que lleva más de un día tatuada en mi cabeza:

They create us with one pattern, growth requires cracks. Here, we're sanded until flat.

Tengo los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos. No es cansancio, es frustración metódica. Esa que no te hace rendirte, pero sí te perfora. El tipo de frustración que se instala cuando sabes que la respuesta está delante, ahí mismo, disfrazada, riéndose de ti sin cambiar de lugar.

Escucho los pasos de Jian acercándose. La puerta se abre y el olor a tabaco entra en la sala antes que él.

—¿Ha probado a ordenar por frecuencia de aparición? —pregunta con tono inocente, como si estuviera revelando un secreto de Estado.

No le contesto. Claro que lo he probado. Frecuencia absoluta, relativa, primera aparición, orden alfabético, proximidad sintáctica. Incluso valor numérico en distintos sistemas. Nada. Ninguna estructura resiste más de dos pasos antes de colapsar.

Jian abre la boca para ofrecerme otra sugerencia que seguramente ya he probado, cuando el subinspector Ren aparece a toda prisa.

—Inspector… —Se detiene unos segundos para coger aire—. El abogado… por fin… por fin ha hablado. —Se yergue más recompuesto y, con una sonrisa amplia en su boca, añade—: Ya sabemos quién es el asesino y dónde se encuentra.

26

El coche vibra con cada bache que se traga. Las luces de la ciudad se deslizan por la ventana a toda velocidad mientras Ren conduce como si le fuera la vida en ello. A su lado, Jian revisa su móvil sin parar, a la espera de que la pantalla le grite la respuesta que le falta.

Yo estoy en el asiento trasero, en silencio, sujetando con fuerza el borde de la puerta. No por miedo, sino por contención. Porque todo lo que quiero hacer es gritarle al coche que vaya más rápido.

—Su nombre es Wei-Lun Wu —dice de pronto Ren, quebrando el silencio como un disparo—. Vive en el norte de Taipéi. Tiene antecedentes por embriaguez y alteración del orden público. Nada grave. Pero su perfil encaja. Hombre de mediana edad, problemas económicos, sin familia cercana. Es exactamente el tipo de persona que podría justificar un discurso moralista contra el sistema.

—¿Y cómo llegasteis hasta él? —digo, aunque ya me imagino la respuesta.

Jian levanta la vista del móvil. Su expresión sigue siendo pétrea, pero hay un leve brillo de triunfo en su voz.

—Anoche revisamos las cámaras de la comisaría. Fuimos fotograma a fotograma desde que el abogado entró hasta que salió. Tardamos horas, pero lo encontramos. Justo antes de entrar, un hombre lo intercepta, le entrega algo y le da instrucciones.

—Y ese hombre es Wei-Lun.

—Lo identificamos esta madrugada. Tiene una deuda considerable con varias casas de apuestas. Y hace unos meses fue detenido en un mercado nocturno por meterse en una pelea contra unos chavales. Cuando le detuvieron soltaba unos mensajes muy en la línea de las proclamas del asesino.

Hay algo que no me gusta de todo esto. Es… descuidado. Quizás incluso demasiado. La lógica interna del asesino es tan pulida, tan construida, que casi parece escrita.

—¿Y el abogado? —pregunto.

—Su cliente es un preso sin relación con el caso. Al parecer, cuando iba a entrar a la comisaría, Wei-Lun lo abordó. Le ofreció

dinero por un favor simple: dejar caer un papel en una celda en la que estaría una mujer extranjera sola. Nada más. Según asegura, pensó que no era nada grave. Nadie había sido arrestado oficialmente por nuestro caso, así que no hizo la conexión. Solo tenía que dejar caer un papel.

Aprieto los dientes. El asesino debió de conocer que estaba en las celdas de la comisaría por los micrófonos, y estaba claro que me dejarían sola. Lo que más me sorprendía era la velocidad a la que había actuado para una simple burla.

—¿Cuánto falta? —pregunta el inspector.

—Cinco minutos. Si sigue en casa, esta vez no se escapa.

No han enviado a otras patrullas cercanas para evitar alarmarlo. Seguimos al furgón con el equipo de asalto pegado como una sombra. Las luces rojas de su parte trasera rebotan en el asfalto húmedo. Ren no dice ni una palabra, Jian tampoco, solo el motor que ruge y mis latidos que se sincronizan con cada giro del volante.

Son las siete y cuarenta de la mañana. Algunos trabajadores ya caminan hacia el metro, con mochilas al hombro y ojeras mal disimuladas. Las tiendas todavía tienen las persianas a medio subir, como si les costara abrir los ojos. Un anciano en bicicleta atraviesa la avenida con la parsimonia de quien ha vivido suficientes mañanas como para saber que el mundo puede esperar.

A pesar del silencio aparente, hay una electricidad suspendida en el aire. La ciudad contenía la respiración, igual que yo. Nos estamos acercando, y no sé si eso me llena de esperanza o de pavor.

El barrio aparece como una mancha gris en el mapa de la ciudad. Edificios de diez o doce plantas, fachadas con pintura desconchada, ropa colgando de las ventanas como banderas derrotadas. Un barrio que huele a café barato y a rutina. El tipo de lugar donde nadie espera que ocurra algo extraordinario. Y sin embargo, aquí estamos.

El furgón se detiene. Nosotros detrás, ni un segundo de respiro. Jian se baja primero, con el subinspector pisándole los talones. El equipo de asalto ya está preparado, como si todo esto fuese una coreografía ensayada hasta la extenuación.

Jian abre la puerta del copiloto y se gira hacia mí.

—Usted se queda aquí.

—¿Perdón?

—No puede entrar. Esto no es negociable.

Intento discutir, pero la mirada que me lanza es firme.

Los veo cruzar la acera, entrar al edificio como un enjambre de sombra y metal. Luego… nada. La puerta se cierra y me quedo sola. El silencio vuelve, más pesado que antes. Miro al frente, al edificio, luego al reloj del coche.

Siete y treinta y siete.

Siento cómo me arrancan un minuto de la piel.

Siete y treinta y nueve.

Mi pierna tiembla sin que me dé cuenta. Los dedos tamborilean contra la puerta. No quiero hacer ruido, pero no puedo evitarlo.

Siete y cuarenta y dos.

Nada. La calle parece más vacía que antes, como si todo el mundo hubiese decidido desaparecer justo ahora. Solo una mujer sale de una tienda con un termo en la mano. Me mira fugazmente, pero no me reconoce.

Siento que estoy al borde. Al borde de algo, de una revelación, de un fracaso, de un estallido. No quiero volver a la comisaría sin respuestas ni quiero enfrentarme otra vez a esas malditas cinco letras.

P-H-G-S-T.

Aprieto los ojos.

No. No voy a repetirlas. Respiro hondo y me obligo a mirar el edificio. Una vez más. Como si, por el simple hecho de observar, pudiera empujar el tiempo a moverse más rápido.

Pero no pasa nada. Hasta que, unos diez minutos después, el chirrido de la puerta metálica me saca del trance. La entrada del edificio se abre y el escuadrón comienza a salir, uno por uno, descendiendo por los escalones con la misma precisión con la que entraron. Pero esta vez, no están solos.

Entre ellos, esposado, camina un hombre encorvado, de rostro ajado y expresión perdida. Wei-Lun Wu.

Salgo del coche sin pensar, mis piernas reaccionan antes que mi mente. Necesito entender qué está pasando, asegurarme de que realmente ese hombre es quien se ha reído del país durante las

últimas semanas. La persona que tenía la vida de Yun en su poder.

Los policías lo suben al furgón sin ceremonia, casi con desgana. Ninguno intercambia miradas de satisfacción. Eso no es buena señal.

Jian se me acerca. Su rostro lo dice todo antes de que abra la boca.

—Es él —dice, como si eso fuera suficiente—. Es el hombre que aparece en las grabaciones, el que entregó el encargo al abogado.

—¿Y?

—Y está perdido. Cuando lo hemos detenido parecía completamente confundido. Le hemos dicho que tenemos pruebas de que pagó al abogado, y lo ha confirmado.

—¿Entonces?

—Dice que alguien también le pagó a él. Un desconocido. Que solo fue un favor a cambio de dinero y que no sabía nada del caso, ni del contenido del mensaje.

Siento que la adrenalina que me había sostenido hasta ahora se desvanece. Como si me vaciaran por dentro.

—¿Y la casa?

—Nada. Ningún rastro de planificación, de símbolos o de tecnología. Un hombre endeudado, con botellas vacías y facturas sin pagar. Eso es todo.

Me llevo una mano a la frente. Miro el edificio, como si aún pudiera encontrar algo más en esa fachada sucia y gris.

—¿Qué vais a hacer?

—Llevarlo a comisaría e interrogarlo. Pero dudo que haya mucho más que sacar —añade con amargura.

—Otra capa de humo —digo, ya sin fuerzas para imprimir rabia en mis palabras.

Otra pista que se disuelve en las manos. Otra esperanza rota.

No digo nada más, Jian tampoco. Solo miramos el furgón alejarse mientras el cielo se aclara un poco más, como si el día se burlara de nosotros, recordándonos que, pese a todo, sigue avanzando.

Y nosotros, no.

27

El edificio se alza inerte frente a nosotros, como si no le afectara la decepción que nos consume. Las rejas oxidadas de algunas ventanas y las fachadas desconchadas no hacen más que reforzar la sensación de abandono. El cielo empieza a clarear del todo, pero su luz no consigue borrar la sombra que se ha instalado en los rostros de los agentes.

Ren habla con un grupo de policías a unos metros, los que no se han marchado con el furgón. Jian permanece al lado del coche, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Nadie dice nada, pero todos piensan lo mismo.

Nos queda una hora y media.

Una hora y media para resolver un enigma que sigue tan cerrado como hace dos días. Una hora y media para evitar otra muerte, para encontrar a Yun. Y ni un solo indicio de que vayamos a ser capaces.

El peso del fracaso flota en el aire. Se nota en los hombros caídos, en las miradas bajas y en el silencio resignado. Este no es un cuerpo de policía, es un velatorio prematuro.

Me alejo unos pasos, necesito tomar aire. Todo lo que me rodea refleja cómo nos sentimos. Un callejón lleno de cubos de basura o un gato famélico que huye en cuanto me ve.

Entonces giro el rostro y veo algo diferente. Una hilera de macetas cuelga del balcón del primer piso, justo encima de la entrada del edificio. Las flores están abiertas, exuberantes, como si se rieran de nosotros. Rojas, amarillas y moradas. Un pequeño estallido de color en medio del gris. El sol incide directamente sobre ellas y las hace brillar como si fueran de otro mundo. Dos abejas zumban entre los pétalos.

La imagen se clava en mis ojos y una oleada helada me recorre el cuerpo.

No puede ser.

—¡Es eso! —grito de pronto, tan alto que varias cabezas se giran de inmediato—. ¡Maldita sea, es eso!

Empiezo a correr hacia Jian.

—¡Lo teníamos delante todo el tiempo! ¡Tenemos que volver a la comisaría ya!

El inspector me mira sin comprender.

—¿Qué demonios está diciendo?

—¡Sé cómo resolver el quinto juego!

Mi voz suena como un disparo en medio del desánimo. Y por primera vez en muchas horas, veo algo distinto en los ojos de Jian. Una chispa.

Subimos al vehículo y, para cuando llega el subinspector, las ruedas ya chirrían sobre el asfalto. El coche se lanza a velocidades de vértigo por unas calles que empiezan a llenarse de tráfico matutino. Al regresar a la comisaría, ya son las ocho y cuarto de la mañana.

Nos quedan setenta y cinco minutos.

Corro por los pasillos hasta llegar a la sala de pruebas. Me quedo clavada en el suelo y observo la pizarra con calma, como si hubiese desaparecido toda mi prisa.

—Estamos cometiendo un error de compartimentación.

Jian se detiene a mi lado.

—¿Qué?

Apenas levanto la mirada. Pero mis ojos no están en él. Están en algún punto entre la pizarra y el vacío. En cuanto he visto a esas abejas en la flor ha surgido una idea clara y directa.

—Hemos tratado la frase y las letras como si fueran dos pruebas separadas —digo—. Como si una fuera la pregunta… y la otra la respuesta. Pero no lo son. Son el mismo objeto. Solo que visto desde dos ángulos diferentes.

Él me observa como si intentara resolverme a mí en vez de al enigma.

Chasqueo los dedos. Un gesto seco, como para espantar una telaraña.

—¿Conoces la idea de polinización cruzada?

—¿Perdona?

—En biología ocurre cuando una planta no puede reproducirse por sí sola. Necesita que el polen venga de otro ejemplar para activarse. Normalmente, a través de un insecto, como una abeja. En

creatividad es igual. A veces una idea no florece hasta que se mezcla con otra, algo completamente distinto. Dos conceptos que parecen ajenos… hasta que de pronto encajan.

Me acerco a la pizarra de una zancada, como si mis músculos entendieran antes que mi cerebro.

—Esta frase no está para acompañar a las letras. Está para completarlas. Ambas pistas se activan mutuamente. No se interpretan por separado, se interpretan juntas.

Respiro hondo y empiezo a recitar:

—They create us with one Pattern. Growth requires cracks. Here, we're Sanded until flat.

El ritmo se imprime en mis venas. La cadencia exacta de un código que ha estado gritándome sin voz.

Mis ojos se clavan en las palabras. Una en cada frase salta a la vista:

They. Pattern. Growth. Here. Sanded.

Agarro el rotulador y subrayo las iniciales. Cada una aparece una sola vez. En este orden:

T — P — G — H — S.

Me doy la vuelta, con el rotulador aún en mano.

—¿Ves esto?

Jian se queda en silencio. Luego frunce el ceño.

—TPGHS…

Parpadeo, igual que una lámpara que titila instantes antes de encenderse.

—¿Te suena?

—Taipéi Premier Girls' High School —responde de inmediato.

El pulso se me dispara. Claro que sí.

—Ese nombre lo había escuchado… —susurro—. Es donde estudió Shu-Fen. La primera víctima.

Y ahí lo veo. Todo. La línea completa. El asesino empezó por ella. Todo el patrón se despliega desde ahí.

—Esa es la solución —digo.

Nos miramos, quietos. Pero por dentro, todo empieza a moverse.

Jian se acerca a la puerta y la abre de golpe. Asoma medio cuerpo al pasillo y lanza una orden seca, sin levantar la voz, pero con una

urgencia que corta el aire.

—Quiero a todos en el Taipéi Premier Girls' High School. Ya. Revisen cada rincón: salones, baños, tejado, sótano, almacenes. Todo. Si hay un armario sin abrir, quiero que lo saquen de cuajo.

Los agentes que todavía se recuperaban de la decepción de la pista anterior, se ponen en pie. El subinspector aparece de inmediato.

—¿Qué estás esperando? —le espeta Jian—. Ve tú también. Y mantén el móvil a la vista. En cuanto sepamos algo más específico, te aviso.

El subinspector asiente y desaparece. Los pasos en el pasillo se multiplican. La maquinaria se ha puesto en marcha.

Yo sigo ahí, clavada frente a la pizarra.

—Un instituto entero —digo—. Es demasiado. Hay miles de rincones, cientos de habitaciones. No tenemos tiempo.

—Cincuenta y cinco minutos —responde Jian—. Y aquí no vamos a sacarnos otra revelación de la chistera. Déjalos buscar. Usted siga pensando.

Me paso una mano por la frente, como si pudiera exprimir algo más que sudor.

—Dígame todo lo que sepa del instituto.

—Es uno de los centros educativos más prestigiosos del país. Alto nivel académico con mucha disciplina. Una fábrica de líderes, como les gusta decir.

—Eso no basta —murmuro—. Tiene que haber algo más. Algo roto, algo que encaje con la narrativa del asesino.

Abro el portátil y tecleo con la velocidad de quien se ahoga. Encuentro lo que ya sabía: premios, rankings, fotos de niñas sonrientes con medallas. Artículos de opinión sobre lo necesario que es exigirles más. Graduadas famosas, políticas, doctoras y presidentas de empresas.

Nada útil.

Sigo buscando. Cambio los términos, quitando las palabras limpias y añado las negativas. Presión. Fracaso. Depresión. Muerte.

Y entonces, tras cruzar tres páginas olvidadas por el algoritmo, lo encuentro. Un artículo viejo, una nota en un blog que desapareció al

mes, una captura de pantalla subida a un foro.

Tres suicidios.

—Aquí está —digo en voz baja.

Jian se acerca.

—¡Cierto! El suicidio de las tres estudiantes —dice, como si acabara de rescatar un recuerdo que todos habían olvidado—. Hace años, tres estudiantes del instituto se suicidaron en grupo. Eran parte del club de excelencia académica. Campeonas nacionales. Insignias del sistema. Pero fallaron un examen previo a la admisión universitaria. No lo suspendieron, pero no sacaron la nota más alta.

Yo contengo la respiración. Jian sigue explicando.

—Fueron humilladas por sus profesores. Les dijeron que eran débiles, que no eran dignas de estar allí y que avergonzaban al centro.

Aprieto los puños bajo la mesa, tan fuerte que los nudillos crujen. La rabia no sube como una llamarada, sube como una marea espesa que me llena el pecho y amenaza con romperme desde dentro. Pero no dejo que salga.

—Una semana después, se quitaron la vida en un parque cercano. El lugar donde solían estudiar. La escuela ignoró por completo la tragedia y ni siquiera ofreció una disculpa pública. Solo aceptaron colocar un monumento conmemorativo. Y eso, porque las familias renunciaron a denunciar, presionadas por miedo a manchar el prestigio del centro.

Me llevo una mano a la boca. La bajo despacio, como si no me atreviera a hablar.

—Es ahí —digo—. El monumento. Ahí es donde estará el móvil.

No decimos nada, pero lo sabemos: si no corremos, no llegaremos.

Miro el Pentominó sobre la mesa. Lijado y ensamblado. Cada pieza encaja como debe, sin protuberancia ni errores. Pero no siento satisfacción. Siento vacío. Como si no hubiésemos montado un rompecabezas, sino una lápida.

Una lápida con la forma de Yun Chen. Si no nos damos prisa, en cuarenta minutos, será ella la que quede enterrada bajo esas piezas perfectas.

28

El coche se detiene de golpe. Jian apaga el motor y ambos salimos casi al mismo tiempo, sin necesidad de coordinarnos. La sincronía ya no es forzada. Corremos.

El parque se extiende ante nosotros, más grande de lo que parecía en el mapa. Caminos entrelazados, árboles altos, sombras largas que lo cubren todo con un silencio engañoso. Nos queda poco más de un cuarto de hora. Pueden ser los últimos quince minutos de Yun Chen.

El corazón me golpea el pecho como si supiera que se acaba el tiempo. Miro a Jian, que busca con los ojos tan rápido como con las piernas. La tensión le ha quitado años de encima. Parece moverse por impulso, no por protocolo.

Cuando por fin llegamos al monumento, los agentes ya están desplegados. Los vemos a lo lejos, inspeccionando una placa conmemorativa y los alrededores de un árbol imponente. Algunos viandantes se detienen sin saber qué ocurre, movidos por esa misma curiosidad morbosa que te obliga a frenar ante un accidente.

Nos acercamos. Es un almez taiwanés, alto, con la corteza oscura y rugosa. A sus pies, una placa sencilla:

En memoria de tres brillantes estudiantes cuya luz nos inspirará por siempre. — Taipéi Premier Girls' High School.

Una inscripción limpia, como una mentira bien pulida.

—Lo hemos registrado todo —dice el subinspector Ren, jadeando —. Debajo de la placa, entre las raíces, en los alrededores. Nada.

Jian no responde. Solo consulta su reloj.

Doce minutos.

Nos unimos a la búsqueda. Cavamos alrededor del árbol. Uno de los agentes llega con una pala y empieza a remover con más profundidad. Yo examino la base del tronco, la unión de la placa con la tierra y los bordes. El sudor me cae por la frente.

Nueve minutos.

El silencio se vuelve espeso. Algunos agentes siguen buscando por

inercia. Otros se quedan quietos, con la pala colgando, como si ya supieran que no va a aparecer nada. Jian maldice por lo bajo, aparta piedras con las manos y se mancha los nudillos.

Seis minutos.

El zumbido en mi cabeza es constante. No es cansancio. Es el pánico frío, el que se instala cuando lo tienes casi, casi, casi… y se te va, con la respuesta rozándote los dedos. El asesino nos ha llevado hasta aquí. Y ahora solo espera.

Me detengo. Cierro los ojos. «They create us with one pattern. Growth requires cracks. Here, we're sanded until flat».

Cracks. Grietas.

Vuelvo a abrir los ojos. Ya no miro la tierra, miro el tronco, sus hendiduras, su piel rugosa. La corteza parece agrietada por el tiempo.

Cuatro minutos.

Recorro con los dedos cada grieta. Algunas profundas, otras superficiales. Pero una… una tiene algo más. Está cubierta por una costra artificial casi invisible.

Tres minutos.

No lo dudo. Pido un cuchillo a gritos. A los segundos lo tengo en la mano. Todos los agentes me rodean con los ojos de quien observa la última esperanza. Introduzco la punta con cuidado entre la resina y la madera. Cruje. Cede. Sigo raspando hasta formar una abertura. Detrás brilla algo. Lo toco. Es plástico. Tiro con cuidado.

Sale una pequeña bolsa sellada. Dentro, un móvil. El hueco estaba perfectamente camuflado, disimulado con polvo de corteza y barniz natural.

—¡Aquí está! —grito.

Jian gira la cabeza, corre hacia mí.

Lo sostengo en alto. La pantalla está encendida. Son las nueve y veintiocho. Abro la aplicación de mensajes y me meto en el único contacto.

Escribo una sola palabra. Un solo dígito: 5. Le doy a enviar.

La pantalla parpadea. Un silencio absoluto se adueña del parque, no hay pájaros, ni suspiros. Solo la espera suspendida en el aire.

A los pocos segundos, el teléfono vibra con un nuevo mensaje.

Jian se acerca. Lo lee en voz alta. Su voz ronca, tensa:

> *Las piezas deformadas son las que no encajan. Las que interrumpen la perfección del patrón. Las que el sistema señala, aísla, lima… hasta que no queda nada. No es un juego. Es una réplica. Una maqueta cruel de lo que hacen con ellas todos los días. Lijarlas hasta dejarlas planas. O descartarlas por completo. Así de simple. Así de brutal.*

El mensaje termina ahí.

Por un instante, nadie se mueve. Es como si el tiempo se congelara, y todo el parque contuviera el aliento a la espera de una señal invisible. Luego, la tensión se quiebra de golpe. Y lo que viene es una explosión.

—¡Lo logramos! —grita alguien.

El aire se llena de voces y respiraciones soltadas de golpe. Jian me da una palmada en el hombro, breve, contundente. Ren deja caer la pala y se sienta en el suelo, exhalando como si acabara de escalar una montaña.

Por unos segundos, es como si el mundo hubiera vuelto a girar en la dirección correcta. Como si todo el cansancio, la rabia y el miedo hubiesen valido la pena. Como si, por fin, hubiésemos ganado.

Yun Chen está viva.

Repito esa frase en mi cabeza como un mantra. Está viva. Me obligo a respirar. El aire, al fin, entra sin oprimirme.

Pero entonces, justo cuando empiezo a permitirme el alivio, el móvil vuelve a vibrar en mi mano. Otro mensaje. Esta vez, va dirigido a mí.

> *Valkiria, parece que esta vez sí vas a lograrlo. Vas a salvar a la persona inocente. ¿O fallarás justo cuando parece que todo ha acabado?*

29

Nunca he entendido el fetichismo por las ruedas de prensa. Esa forma de disimular el caos con trajes planchados y frases preparadas. Una necesidad institucional de escenificar el control.

Desde la sala de pruebas, sentada frente a una mesa llena de documentos y vasos de café medio vacíos, observo la rueda de prensa en la televisión. El color está ligeramente lavado, como si incluso la imagen quisiera mantener distancia con lo que está ocurriendo.

El inspector Jian ocupa el centro del escenario, rodeado de micrófonos y cámaras, flanqueado por otros tres agentes que se reparten entre sonrisas tensas y expresiones de falsa humildad. Parecen un equipo que acaba de ganar una copa, aunque la final aún no ha terminado. Han resuelto los cinco juegos del asesino. Esa es la narrativa que venden. Las pistas, los lugares, los mensajes: todo descifrado. El caso, al menos en la parte que les tocaba, cerrado. Solo queda que el psicópata cumpla su parte del trato y libere a Yun Chen.

A un lateral del podio, apartados pero aún capturados por las cámaras, están Mei y sus padres. La madre mira el escenario sin parpadear, como si necesitara convencerse de que todo aquello está ocurriendo de verdad. Su padre está rígido, con los labios apretados y las manos unidas sobre el regazo, una estatua de granito con grietas invisibles. Mei, en cambio, tiene los brazos cruzados y una expresión sellada en el rostro, como si la frialdad de nuestra última conversación aún la mantuviera congelada. Hemos hablado poco desde entonces. Lo justo e imprescindible.

De todos los presentes, son los únicos cuyos rostros no celebran nada. Los únicos con la piel más pálida que los focos del escenario. Porque para ellos no hay victoria sin un cuerpo al que abrazar. Hasta entonces, todo esto seguirá siendo una farsa, un simulacro de alivio envuelto en uniformes y frases oficiales.

—Gracias por venir —empieza Jian, con esa voz grave que parece diseñada para los telediarios—. Hace dos horas, tras resolver la

última de las cinco pruebas planteadas por el autor de estos crímenes, la Policía de Taipéi ha cumplido con su cometido.

Cámaras, flashes, murmullos.

—Estamos ahora a la espera de que el responsable, como prometió, libere a la tercera víctima. Yun Chen. Esperamos que lo haga dentro de poco.

Un murmullo general recorre la sala, mezcla de alivio y expectación. No puedo evitar torcer los labios. Hablan como si se tratara de un acuerdo entre partes civilizadas.

—También queremos reconocer la colaboración puntual de la detective internacional Valkiria Kross —añade Jian.

No puedo evitar fruncir el ceño. Ni siquiera estoy en esa sala, y aun así siento cómo todas las miradas se giran en mi dirección. Jian pronuncia mi nombre como si leyera una línea del guion, agradece mi labor sin dirigirse realmente a mí.

Mejor así. Prefiero estar fuera del foco. No hay nada que necesite menos ahora que una ovación prematura.

La mayoría de los periodistas escriben sin levantar la vista de sus teclados o móviles. Pero uno de ellos, un tipo con gafas cuadradas y rostro anguloso, levanta la mano.

—Una pregunta, inspector —dice con voz neutra, casi amable—. ¿De veras creen que ahora va a liberar a la chica?

Se hace un silencio denso. Jian no responde de inmediato. Parpadea una vez. Luego dos. Su mandíbula se tensa. Mira hacia el periodista como si midiera cada palabra antes de dejarla salir.

—Ese hombre se autoproclama juez de la sociedad. Dice luchar contra la hipocresía, el sistema y la injusticia estructural. Se presenta como alguien por encima de nosotros, como alguien que castiga las fallas del sistema para evidenciarlas.

Hace una pausa y mira directamente a la cámara. A sabiendas de que su siguiente frase será cortada y repetida en redes sociales con subtítulos en idiomas en los que no sabe ni decir hola.

—Entonces, si es cierto lo que dice, si de verdad no es un cobarde con ansias de protagonismo, si realmente cree estar por encima de aquellos a los que acusa… debe cumplir su palabra.

Jian avanza un paso. Ya no habla para la prensa. Se dirige a él, al

asesino.

—Porque si no lo hace, si mantiene a Yun Chen secuestrada después de haber recibido lo que pidió, si convierte su vida en una moneda para seguir jugando… no será un mártir ni un reformador. Será otro cobarde más. Peor que todos los que dice despreciar.

Silencio. Uno cargado. La clase de silencio que solo ocurre cuando alguien lanza un guante al suelo y todos esperan si el destinatario lo recogerá.

Y entonces, como era de esperar, revientan los flashes.

Cuando el furor se tranquiliza, se suceden más preguntas, variaciones de lo mismo: cómo se resolvieron los enigmas, si tienen alguna pista sobre la identidad del asesino, si creen que volverá a actuar, si el Gobierno va a responder a las críticas que este ha lanzado contra el sistema. Jian responde con calma, sin dar pie a improvisaciones. Cada frase suena revisada tres veces antes de salir de su boca. Es un buen inspector, pero sin duda sería un excelente político.

Yo apenas escucho. Las voces de los periodistas se diluyen en el zumbido constante del fluorescente sobre mi cabeza. Hace demasiado rato que la adrenalina me abandonó. Ahora solo queda una calma tensa, la sensación de estar en la antesala de algo. Como si el tiempo se hubiese encajado entre dos respiraciones.

Casi media hora después, Jian da por concluida la sesión con un gesto de cabeza. La pantalla queda en negro unos segundos y después da paso a unos tertulianos que analizarán durante horas la rueda de prensa, en un ciclo vicioso de contenido infinito para las masas.

Entonces, llaman a la puerta.

—¿Sí? —digo sin alzar la voz ni moverme de la silla.

Se abre despacio. Mei asoma la cabeza primero, sus padres se mantienen atrás, fuera del encuadre de la puerta. No intenta sonreír. Camina hasta la mitad de la sala y se queda allí, de pie. Duda. No dice nada.

La tensión que hay entre nosotras no es rabia, es algo más hondo. Dolor sedimentado. La acumulación de días con el alma en vilo, con una hermana desaparecida y una presión inhumana latiendo en cada

decisión.

Mei se rompe primero.

—Estoy cansada —dice, apenas en un susurro.

Baja la mirada y se frota las manos, como si buscara algo que decir en la piel de sus palmas.

—Cansada de estar enfadada contigo… —añade, esta vez un poco más alto—. Sé que no ha sido justo, pero cuando desapareció Yun, cuando… cuando pasó todo, fue como si algo dentro de mí se rompiera. Me sentí tan culpable. Como si… como si la hubiese dejado sola.

Hace una pausa, mordiéndose el labio.

—Y tú estabas ahí. Con esa forma tuya de mirar todo desde fuera, tan tranquila, tan… segura. Y yo no podía con eso. Necesitaba culpar a alguien.

Trago saliva. No sé qué decir ni cómo decirlo.

Me inclino hacia adelante, apoyo los codos en las rodillas y me quedo ahí, clavada en ese gesto. Aún no me atrevo a mirarla. Como si el contacto visual pudiera deshacer lo poco que estoy logrando sostener.

—No eras la única —empiezo, con una voz que suena menos mía y más a alguien que intenta no temblar—. Yo también me sentía culpable. Por no tener respuestas, por no poder prometer nada.

Levanto la vista. Mei me observa en silencio.

—Y sí, a veces soy así… —digo, forzándome a seguir—. Fría, cerrada. Lo sé. No es porque no me importe. Es porque si empiezo a sentir demasiado, me bloqueo. Me quedo atrapada. Como si mi cabeza dejara de funcionar. Y si dejo de pensar, dejo de servir para algo. Para ayudar.

Mis palabras se quedan flotando. Mei no dice nada, pero da un paso más. Luego otro. Y, sin avisar, se inclina y me abraza en un gesto torpe, rígido al principio, pero cálido. De esos que no necesitas ver venir para saber que los necesitabas.

Tardo un momento en reaccionar. Después le devuelvo el gesto. Durante unos segundos, el mundo se queda ahí, suspendido entre dos personas rotas que intentan volver a ser amigas.

—Cuando recuperemos a Yun —dice, con una voz algo más firme

al separarse—, vamos a jugar esa partida de ajedrez que tenemos pendiente. Y esta vez no pienso dejar que me ganes tan fácilmente.

Sonrío.

—Tampoco lo hacías antes. Solo tomabas decisiones demasiado impulsivas.

Mei me empuja el hombro con una risa nasal, casi tímida. Es un sonido pequeño, pero vale más que todo lo que se ha dicho esta última hora en la rueda de prensa.

Entonces, escuchamos revuelo fuera de la sala. Pasos acelerados y voces entrecortadas. Una energía distinta. Algo ha cambiado.

Nos miramos sin decir nada. Al instante siguiente, ya estamos caminando hacia la puerta.

Nada más salir de la sala de pruebas, lo veo. Jian camina con paso acelerado por el pasillo, seguido de cerca por el subinspector y al menos media docena de agentes. Ninguno habla. Todos se dirigen al mismo lugar: el despacho del inspector.

No hace falta preguntar. El asesino ha vuelto a escribir.

Mei me sigue sin que se lo pida. Avanzamos por el pasillo en contra del flujo de funcionarios. Cuando entramos en el despacho, Jian ya tiene el móvil en las manos. Lo sostiene con la rigidez de quien carga un explosivo que podría activarse con un parpadeo. En la pantalla, un nuevo mensaje.

Leo por encima del hombro del subinspector. Reconozco la cadencia al instante. Sus frases cortas, la arrogancia contenida, ese tono de superioridad que no necesita gritar para imponer:

Mañana. A las doce del mediodía. Curva del teleférico de Maokong, entre Taipéi Zoo South Station y Zhinan Temple.

En una cabina. Solo vosotros cinco: Valkiria Kross, Inspector Jian, Mei Chen y el señor y la señora Chen.

Nadie más. Ni escoltas, ni helicópteros, ni francotiradores.

Llegad con el teleférico hasta la curva. Bajaos y esperad.

Si vosotros no hacéis ningún juego, yo tampoco.

Cumpliré mi palabra.

Por ahora.

Silencio. Apenas dura unos segundos. Y entonces estalla.

Uno de los agentes da un grito, los demás chocan las palmas, como si acabaran de marcar el gol final en una prórroga agónica. Las sonrisas brotan en cascada, algunas sinceras, otras tan forzadas que casi dan lástima. Jian no celebra, pero su expresión se afloja.

Mei rompe a llorar en un llanto de alivio que se le agarra al cuerpo entero. Se abraza a su madre con un grito ahogado. Su padre la envuelve con un brazo, y los tres se quedan así, fundidos en una escena que debería haber llegado mucho antes.

Y sin embargo, yo no me muevo. Sigo leyendo el mensaje. Una y otra vez. Cada palabra, cada silencio entre las frases. No hay errores. Todo está medido, fríamente planificado. Como siempre.

Esto no es un cierre.

Jian se da cuenta de que no me uno a la celebración. Me lanza una mirada fugaz, como quien intenta leer un gesto que no entiende. Yo ya estoy cogiendo uno de los folios que hay sobre su mesa. Arranco la tapa de un dosier y escribo en el reverso con su propio bolígrafo. Cuando termino de escribir se lo enseño al inspector.

Tenemos que hablar. Esto no ha terminado.

30

El restaurante es pequeño, apartado, uno de esos lugares sin cartel ni nombre, escondido entre calles secundarias a las que no llegas si no tienes una razón concreta.

Jian se sienta frente a mí con la rigidez habitual, pero esta vez no hay frialdad en sus gestos. Solo atención. No le he dicho por qué lo he traído. El mensaje en el papel ha sido suficiente para que no hiciera preguntas.

No hablamos durante los primeros minutos. Pedimos dos platos sencillos y té caliente. Cuando las tazas llegan, me incorporo en el taburete de plástico.

—La primera víctima murió antes de que empezara el juego —digo sin rodeos.

Me mira en silencio.

—No fue un símbolo. Fue un error —añado—. Y todo lo que vino después fue una forma de convertir ese error en sistema. En narrativa.

Jian se recuesta levemente en el taburete.

—Con la segunda víctima ya tenía un método. Un patrón. Pero incluso entonces había prisas. Irregularidades. Había algo que le obligaba a ir rápido, un reloj incesante que todavía desconozco. Luego llegó Yun. Y todo cambió.

El camarero deja los platos con un gesto mecánico. Jian no los mira.

—Más organización, teatralidad y precisión. El tercer juego me lo entregó a mí, no a la policía. Y luego… el robo.

Dejo que esa palabra pese un segundo en la mesa.

—El que entró en el apartamento de Mei no buscaba atención ni justicia. Buscaba algo. Algo que no encontró.

Jian asiente con una lentitud medida. Ha pensado en ello también. Quizás no con las mismas palabras, pero la sospecha estaba ahí.

—¿Y qué cree que era?

—No lo sé. Pero no era simbólico —respondo—. No era parte del discurso. El tipo que escribe aforismos moralistas en las paredes no

revienta cajones y desordena escritorios como un ladrón cualquiera. Ese robo fue otra cosa. Más concreto. Más… desesperado.

—¿Y si sí forma parte del discurso? —dice Jian, apoyando los codos en la mesa—. Puede que no sea simbólico para usted, pero para él todo esto sigue siendo una narrativa. Tal vez el robo también tenga una capa de significado que no estamos viendo.

—¿Qué tipo de mensaje se transmite tirando al suelo la ropa interior de una víctima? —digo, cruzando los brazos—. No es una alegoría. Es una búsqueda que no forma parte del guion que este tipo se esfuerza tanto en controlar. Es la grieta en su construcción.

—Quizás buscaba información para la creación de un juego posterior. O indaga una posible defensa por si nos acercamos a él.

Jian se queda callado unos segundos, como si se diese por vencido en esa línea de investigación. Su expresión no tarda en recobrar energía.

—Entonces… ¿qué lo motiva? —dice al final—. ¿Qué hay detrás de todo esto si no es justicia?

—Egoísmo —respondo sin dudar—. Puro y simple. Puede que se disfrace con moralinas, frases sobre el sistema, la presión social o el fracaso educativo. Pero al final… algo quiere. Algo personal. Lo de las víctimas, los juegos, todo eso es humo. Una obra de teatro para justificar una motivación que no se atreve a mostrar de frente.

—Las víctimas parecen aleatorias —dice Jian, con el ceño fruncido —. Diferentes edades, géneros, apariencia física, entornos, historias. ¿No te parece extraño que haya algo personal detrás?

—Eso es lo que parece —digo—. Pero hay un patrón. Uno mínimo. Tal vez débil, pero está ahí.

Él se queda mirándome, esperando.

—Las tres tenían una conexión con la naturaleza —continúo—. Más específicamente, con Yangmingshan. Iban con frecuencia. Caminaban por los senderos y conocían bien la zona. Shu-Fen para despejarse de su carga de estudios, Kuan-Lin para pintar y reconectar con su tierra natal, y Yun para inspirarse en nuevos proyectos arquitectónicos.

—¿Cree que se conocieron allí?

—Es posible. Que coincidieran en la montaña, que compartieran

algo. Una situación, un evento. Algo lo bastante relevante como para que él no lo haya olvidado.

—¿Y eso sería el detonante?

Jian se pasa una mano por la mandíbula, con más fuerza de la necesaria. La deja caer con un suspiro.

—Puede que sí. O el origen de una obsesión. Aún no tengo la pieza exacta, pero si hay un punto de contacto previo entre ellos, tiene que haber pasado allí. Es el único espacio compartido fuera del guion del asesino. Un espacio sin símbolos.

—Y eso lo hace real —murmura Jian.

Asiento.

—Y lo hace peligroso. Porque si su motivo es personal, si busca tapar una verdad que nació allí, entonces no hay nada que lo detenga salvo alcanzarla. No busca justicia ni castigo, solo aquello por lo que vino.

—¿Qué tipo de motivación? ¿Venganza?

—Podría ser —admito—. Venganza, dinero, poder. Quizá hasta algo más retorcido. Un ajuste de cuentas con una familia o con una institución, con una persona en particular. Yun no es una figura aleatoria en su guion. Es el centro. Y eso lo cambia todo.

—Pero sigue construyendo una narrativa compleja —dice Jian—. Aunque tenga una motivación personal, no actúa como un criminal tradicional. No roba y huye. No se esconde. Está haciendo un esfuerzo real por convertir sus actos en una especie de manifiesto. ¿Para quién?

—Para sí mismo. Los monstruos no siempre buscan testigos. A veces solo quieren convencerse de que son algo más que un fallo. Si convierte su egoísmo en misión, puede creerse redentor, justiciero, o incluso mártir.

Jian entrelaza los dedos.

—Entonces tenemos a alguien que oculta su deseo personal bajo capas de simbolismo para legitimarlo ante sí mismo o ante una figura ausente.

—O como mera distracción. Crea un teatro que capta la atención de los medios, el Gobierno y la comisaría, y mientras tanto intenta alcanzar su verdadero objetivo.

—¿Y si lo que busca no es algo físico? —dice Jian—. ¿Y si busca una verdad? ¿Un secreto?

—No descartaría ninguna opción. Pero si fuera algo abstracto, no necesitaría irrumpir en la casa de una víctima. El tipo que irrumpió allí buscaba algo concreto. Y al no encontrarlo, cambió el plan.

—¿A qué plan se refiere?

Lo miro. Ahora sí, fijo.

—A la entrega de mañana. A todo este teatro. No es un final, es otra oportunidad. Otro intento de encontrar lo que no logró sacar del apartamento.

Jian se echa hacia atrás y me observa durante unos segundos.

—Siga.

—Si no estaba en casa de Yun, queda una opción evidente —digo al fin—. La casa de los padres.

Jian se tensa en apenas un gesto.

—Por eso nos quiere allí, a todos —sigo—. No para entregar a Yun ni para cerrar nada. Sino porque necesita que estemos fuera de ese espacio. Que la casa quede vacía.

—Y que no levantemos sospechas —completa él.

Asiento.

El vapor del té sube entre nosotros. Me fijo en cómo tiembla, como si dudara de hacia dónde ir. Jian coge sus palillos, pero no los usa. Solo los sostiene, ausente.

—¿Y usted qué propone?

Me inclino hacia él y comienzo a contarle lo que veinte minutos atrás no era más que una idea difusa, pero ahora es un objetivo con cuerpo.

Jian escucha. No cambia de expresión. Pero sus ojos se mantienen fijos en los míos. Cuando termino de hablar, da un sorbo al té.

—Es arriesgado —dice por fin.

—Lo sé.

—Puede salir mal.

—También lo sé.

Levanta la vista.

—Pero si funciona…

—Lo atrapamos y recuperamos a Yun.

Cuando habla, no es una simple afirmación. Es una promesa.

31

La cabina asciende con una suavidad que roza lo irreal. Sin sacudidas ni ruidos mecánicos evidentes. Flota, como si la gravedad hubiese decidido hacerse a un lado por hoy.

A través de los ventanales, el mundo se extiende con una belleza tan intensa que incomoda. El zoológico de Taipéi se encoge bajo nuestros pies, un puñado de estructuras entre árboles domesticados. Más allá, el trazado urbano se estira y se disuelve, desvaneciéndose entre la neblina del mediodía. Y al fondo, como un telón pintado con paciencia, las colinas de Maokong. Verdes, húmedas, salpicadas de casas de té que parecen suspendidas en el tiempo. Tan calmo, tan estéticamente pacífico, que roza la crueldad.

Dentro de la cabina, nadie habla. Mei observa el suelo, aunque no hay nada que ver ahí abajo salvo copas de árboles. Su madre aprieta un pañuelo arrugado entre los dedos, como si fuera un ancla. El padre de Yun se mantiene erguido con la tensión en el cuerpo. Jian mira al frente, pero no está mirando. Está procesando. Y yo…

Yo también.

Anoche fue la primera vez, desde que llegué a Taipéi, que logré dormir. Dormir de verdad. Sin microsueños empapados en tensión, sin sobresaltos al menor chasquido. Antes de eso, pasé horas revisando cada ángulo posible con la intención de ponerle un nombre y rostro al individuo que seguía jugando con nosotros. Busqué conexiones en las cámaras de vigilancia cerca del parque natural de Yangmingshan. Crucé datos de los días del robo, seguí pistas falsas por estaciones de metro y analicé cada variación de comportamiento en los juegos. Todo en círculos.

Y cuando me rendí —no por falta de voluntad, sino porque ya no quedaba nada más que hacer— me metí en la cama y cerré los ojos. Pensé en la cabina. En el momento exacto en el que estaríamos aquí, flotando sobre Taipéi, sin saber si al otro lado nos esperaba un abrazo o una tumba.

Ahora estamos suspendidos entre dos estaciones. Y el asesino, como siempre, eligió el escenario perfecto.

Jian se lleva una mano al oído. Apenas un gesto, un leve roce en el borde del pinganillo. Yo también llevo uno.

Hay dos equipos. Nosotros, aquí, obedeciendo la coreografía que el asesino ha diseñado. Y el segundo, liderado por el subinspector Ren, apostado a varios kilómetros de distancia, a la entrada de una casa sin luz ni movimiento. La casa de los padres de Yun.

Eso fue lo que acordamos en la comida del día anterior. Dos frentes. Dos hipótesis. El juego visible y el juego oculto. Si lo que sospechamos es cierto —si esto es solo un señuelo para vaciar la casa y permitirle entrar—, entonces Ren y su equipo podrán pillarlo in fraganti. Si nos equivocamos… bueno. No vamos a equivocarnos.

Para el asesino, según dijimos en la comisaría con los micrófonos escuchando, el subinspector y el resto de agentes están esperando indicaciones a doscientos metros del teleférico. Es la demostración de que no estamos jugando con él, pero también de que no nos hemos rendido ni tenemos un plan oculto.

La cabina se desliza con precisión matemática hasta la curva entre Taipéi Zoo South y Zhinan Temple. El lugar marcado.

Jian se lleva el walkie al pecho y habla con los operarios con instrucciones cortas y secas. El teleférico se detiene. Las puertas se abren con ese sonido amortiguado de los sistemas neumáticos bien mantenidos. Uno a uno, bajamos.

El metal del suelo vibra bajo nuestros pies. El entorno está silenciado, como si la vegetación que nos rodea absorbiera el sonido. Las colinas de Maokong se extienden a ambos lados, cubiertas de niebla.

Jian hace una seña. El operario al otro lado del walkie confirma y el teleférico vuelve a ponerse en marcha. Avanza sin nosotros, se desliza hacia la siguiente estación como un animal sin amo.

Son las doce menos tres.

Mei está de pie junto a su madre, el padre de Yun permanece unos pasos detrás, Jian revisa su reloj y yo me mantengo alerta. Escucho. Respiro. Espero.

Nada.

En el pinganillo, el equipo de Ren reporta lo mismo. Sin movimiento. La casa intacta, sin señales de entrada. Ninguna

cámara alterada ni sensor. Nada.

Silencio.

Las doce y un minuto.

Nada.

Doce y tres.

El aire se espesa, como si el bosque contuviera la respiración. Mei permanece inmóvil. Su madre susurra una oración apenas audible, como si las palabras pudieran colarse entre la niebla y encontrar a su hija. El padre escudriña la arboleda con una intensidad ciega, como si bastara mirar el tiempo suficiente para arrancarle respuestas a las hojas. Ellos no conocen el plan, es mejor así. Su miedo nace de la posibilidad de que Yun no aparezca. El mío… de que quien debería aparecer no lo haga.

El reloj marca las doce y cinco.

El pitido del móvil nos atraviesa a todos. Es el dispositivo que apareció en el memorial de las estudiantes que se quitaron la vida. Jian lo saca, lee el mensaje y me lo entrega.

La pantalla brilla con palabras claras y frías, sin margen para la ambigüedad:

El juego ha terminado. Has perdido, Valkiria.

Otra víctima más que no has podido salvar.

Mi garganta se cierra. Lo releo una vez. Dos. Tres.

No. No tiene sentido.

La sincronización, el silencio en la casa, la elección de este lugar… todo apuntaba a que iba a actuar allí. A que necesitaba que estuviéramos aquí para colarse allá. Esa era su jugada. Era perfecta. Impecable.

Entonces… ¿por qué este mensaje? ¿Por qué la acusación directa? ¿Por qué la condena?

Algo no encaja, algo crucial. Lo que sea que buscaba… ¿ya lo tiene? ¿Nunca estuvo en la casa? ¿Realmente es todo un juego moralista?

—Entrad —dice Jian, con la voz tensa, como si empujara el peso

de la orden con los dientes apretados.

Quiero decir que no, que aún no, que es demasiado pronto. Pero ya lo ha dicho. Y el subinspector Ren ya ha respondido.

—Recibido. Vamos.

El canal del pinganillo se llena con el sonido amortiguado de botas contra cemento, instrucciones cortas, metódicas, el chasquido de seguros al levantarse. Entran en silencio y revisan cada estancia en busca de cualquier cosa.

Yo cierro los ojos. Por dentro suplico que algo interrumpa el curso de los minutos. Que suene una alarma, una cámara, un grito. Pero lo único que suena es el roce de la brisa sobre los árboles.

—Planta baja despejada —dice una voz.

—Accedemos al segundo piso —añade otra.

Mei se gira bruscamente hacia nosotros.

—¿Qué está pasando? —dice mirándome primero a mí, luego a Jian—. ¿A quién le habláis? ¿Qué están haciendo?

Nadie responde.

—¿Es parte del plan? ¿Hay otro equipo? ¿Dónde? —Da un paso hacia nosotros—. Decidme que están encontrándola. Que sabéis algo.

Su madre la abraza por la espalda, como si intentara detenerla. Mei no se suelta, pero tampoco se calma. Tiene la voz temblorosa, los ojos encendidos y la respiración entrecortada.

—¡Valkiria! —dice con un tono que es más una exigencia que una súplica—. ¿Me estás escuchando?

Yo sigo sin moverme. Ni siquiera parpadeo.

Jian mantiene la vista fija en el horizonte, como si no hubiese oído nada. Como si pudiera ignorar que todo se desmorona con cada palabra que no decimos.

—Todas las ventanas cerradas. Sin señales de forzamiento.

—La alarma no fue desactivada. Sistema intacto.

—Nada en la azotea. Repito: nada.

Mi estómago se hunde como si el suelo bajo mis pies cediera unos milímetros. No por lo que dicen. Sino por lo que no dicen. Jian no se mueve. Su espalda está tensa. Mira hacia el valle con los ojos fijos en algo que ya no está ahí.

—¿Y la habitación de Yun? —dice por el canal.

Pausa.

—¿Hay un equipo en casa de mis padres? —dice Mei.

—Sin alteraciones. Ningún indicio de que alguien haya estado aquí.

Un silencio espeso se instala en nuestros oídos.

—¿Yun está allí?

La voz de Mei suena más infantil de lo que debería. Más rota. Más desesperada. Su madre se estremece y el padre nos lanza una mirada como si quisiera atravesarnos.

—¿Dónde está mi hija? —pregunta la madre—. ¿Por qué no está aquí?

Nadie contesta.

—¿Dónde está? —grita el padre de Yun, y su voz se deshace en un eco tembloroso que se pierde entre los árboles.

—Dijo que estaría aquí —murmura la madre, como si hablara desde un lugar muy lejano—. Lo dijo. Dijo que la traería…

Mei se lleva una mano a la boca. Esta vez no para contener las palabras, sino para contener un grito. Su cuerpo tiembla de forma descontrolada, como si quisiera desgarrarse hacia fuera. La madre no llora. Solo se queda quieta, con los ojos abiertos de par en par, como si la realidad no hubiese terminado de alcanzarla. Luego extiende los brazos y envuelve a su hija con una torpeza mecánica. No es un abrazo, es un intento de seguir en pie.

El sol desaparece lentamente detrás de una masa de nubes opacas. Ya no queda rastro del azul del cielo. Las colinas de Maokong, antes verdes y serenas, se vuelven gris plomo. Un telón sin alma. Un escenario vacío después de una tragedia.

Jian no habla, yo tampoco. Porque si abro la boca, todo se rompe.

Mi garganta es un nudo seco. Siento cómo algo dentro de mí se agrieta en silencio. No es culpa, es impotencia. Esa certeza brutal de que no solo he fallado en salvar una vida.

He fallado en todo.

No detuve al asesino. No entendí el último movimiento. No protegí a la única persona que aún podía salvar. Todo lo que pensé, deduje, planifiqué… fue en vano.

Me llevo una mano al pecho, apenas rozando el lugar donde el

miedo se ha agolpado.

Ahora hay una chica que puede estar muerta por mi culpa, por mi arrogancia, por creer que podía leer la mente del asesino.

Miro el móvil aún encendido, con el mensaje cruel brillando como una herida abierta en la pantalla. «El juego ha terminado. Has perdido, Valkiria. Otra víctima más que no has podido salvar».

Por primera vez en mucho tiempo, quiero gritar, golpear algo, correr sin rumbo, desaparecer. Pero no hago nada. Me quedo quieta. En medio de una colina sin respuestas. Con el fracaso clavado en el pecho como un puñal lento.

32

El silencio se pega a la piel como una costra. Viscoso, asfixiante. Ni siquiera los pájaros se atreven a interrumpirlo. El bosque entero parece suspendido, conteniendo el aliento, esperando a ver si alguien es capaz de romperse por completo.

Jian no se mueve. Ni un gesto. Ni una palabra. El móvil apagado en su mano es lo único que sigue brillando. Entonces lo deja sobre el suelo, como si le pesara demasiado en la mano. Lo recojo para volver a leer ese mensaje maldito.

Me doy la vuelta, casi por necesidad. Si no lo hago, si no encuentro un rincón donde esconderme, voy a abrir la boca y no va a salir voz. Va a salir todo lo que llevo acumulando desde Bansko.

Camino sin rumbo, tropezando con mis propios pasos. Llego hasta una columna de hormigón y me dejo caer. Me arrastro contra el cemento como un animal herido buscando sombra y me quedo ahí. Con la espalda contra el frío, la mirada vacía clavada en el suelo y, de pronto, todo el aire del mundo es insuficiente.

Porque todo encajaba. Cada movimiento, cada silencio, cada maldito detalle. La casa vacía, la entrega de Yun como cebo, la hora exacta. Era perfecto, impecable. Y aun así… algo se me escapó. Algo esencial. Me sacó del tablero sin que lo viera venir. Me dejó aquí arriba, mirando el vacío, mientras allá abajo quién sabe qué demonios ocurrió.

Otra vez.

Otra vez.

Otra maldita vez.

Aprieto los ojos. No quiero ver la pantalla, pero ya la tengo tatuada por dentro. El pitido. El mensaje. Las palabras como un disparo sin eco. «Has perdido, Valkiria. Otra víctima más que no has podido salvar».

Pero no hay cuerpo ni prueba. Solo la condena. Y eso es lo que lo hace peor. Porque todavía podría estar viva y, si lo está, cada segundo que paso aquí sentada, rota, es un segundo más cerca de perderla de verdad.

Lo entregué todo en este caso. Y ahora solo queda la certeza brutal de que he fallado. De que no hay lógica que me salve ni estrategia que me justifique.

Fallé a Yun.

Fallé a Mei.

Me fallé a mí.

Bansko vuelve en ráfagas. La tormenta de nieve, la sangre en la moqueta del hotel, los gritos que nunca llegaron a tiempo, los cuerpos.

Meto la cabeza entre las rodillas mientras el mundo da vueltas. El bosque se cierne como un puño cerrado sobre nosotros. No lloro. Desconozco si porque ya no puedo o porque si empiezo no voy a parar.

El móvil me quema en la mano. Ese maldito artefacto. Cada vez que ha vibrado era para arrancarme algo. Una pista, una hora, un ultimátum. Y ahora… la condena.

Temblando, lo desbloqueo. Los dedos se mueven solos. Torpes, fríos a pesar del ambiente cálido. Como si ya no fueran míos.

No aviso. Ni Jian ni Mei cruzan mi mente. No pienso en nadie. Estoy sola. Sola con mi fracaso. Y quiero que eso tenga sentido, que al menos sirva para algo.

Sé que Yun está viva.

Las palabras se arrastran por la pantalla como gusanos. No las escribo. Las vomito.

La necesitas. No como persona. Como símbolo. Como trofeo. Pero no la has matado. No todavía. Porque sin final no hay historia, sin cadáver, tu mensaje no brilla.

Me arde la garganta. No he gritado, pero siento que algo dentro de mí se ha desgarrado. Sigo escribiendo.

Pero si de verdad buscas justicia, aquí estoy. Yo.

Alguien que sí supo funcionar en un sistema imperfecto. Una extranjera celebrada por resolver lo que tú creas.

Y aun así, fallé.

Fallé en Bansko. Fallé aquí. Fallé a Yun. Fallé a todos.

Soy el error del sistema que tú odias. El engranaje brillante que cruje en la maquinaria.

Tómame a mí. Déjala a ella.

Me detengo. El móvil tiembla conmigo. Mi visión se vuelve líquida, distorsionada. Pero no lloro. No todavía.

Y entonces, sin respirar, le doy a enviar.

El sonido del mensaje saliendo me perfora el pecho. Un pitido. Eso es todo. No hay reacción. Solo mi rostro reflejado en la pantalla gris: derrota.

No me reconozco. Lo he dado todo. Y aun así, no ha sido suficiente. No me queda nada más que ofrecer salvo a mí misma. Y ni siquiera sé si eso vale algo.

Pasan los minutos. Uno. Dos. Cuatro. O puede que diez.

El móvil sigue mudo. Cada segundo es un juicio. Cada vibración ausente, una negación.

Estoy esperando que un asesino me acepte como ofrenda. Y lo peor es que no me parece descabellado. Lo peor es que, en este momento, me parece justo.

El viento cambia y las hojas se agitan con un murmullo seco. Algo se mueve a lo lejos, no sé si es real o solo mi mente buscando ruido.

Entonces, vibra. Solo una vez. Y la pantalla se ilumina.

Si realmente crees que habéis ganado el juego, es que nunca entendiste a qué estabais jugando.

Eso es todo.

Una bofetada sin mano. No hay sarcasmo ni amenaza. Solo esa

frase. Cruel e inapelable.

Mi cerebro tarda unos segundos en reaccionar. No sé si quiero reírme o arrancarme la piel a tiras. Me quedo mirando la pantalla como si ahí pudiera encontrar otra frase. Una nota al pie. Algo que me salve.

Pero no hay nada más.

¿Y si tiene razón? ¿Y si nunca entendí el juego? ¿Y si yo tampoco soy tan distinta a él?

Obsesiva y metódica. Capaz de sobrevivir con diez horas de sueño en una semana sin que me preocupe lo más mínimo. De tomarme una noche en una celda como un descanso merecido. De ofrecerme como moneda de cambio a un asesino en serie sin consultarlo con nadie. Todo por la imagen borrosa de una víctima que aún podría estar viva. ¿Por salvarla? ¿O por resolver el caso?

Me cubro los ojos con el antebrazo, como si pudiera bloquear el mundo. Pero el mundo no es el problema. El problema soy yo. Esta necesidad de tener razón, de encontrar lógica incluso en la mente de un asesino, de demostrar que puedo entenderlo todo, resolverlo todo.

Porque esa es la pregunta. Esa es la daga. ¿Me importan las personas? ¿O solo me importa no fallar? ¿No perder?

33

Jian se mueve por primera vez en lo que parecen horas. No dice nada, pero lo veo acercarse por el rabillo del ojo. Su silueta se recorta contra la niebla, tensa, como si algo en su interior acabara de encajar y no le gustara nada el resultado.

Miro la hora en el móvil. Juraría que ha pasado media hora, pero han sido dos minutos. Dos malditos minutos.

Jian se planta frente a mí y su mirada baja al teléfono. Ve mi cara y expresión, o más bien, la falta de ella, y se alarma.

—¿Ha…? —empieza a decir, pero no termina la frase.

Entonces lo entiende. Ve que he escrito, que he enviado mensajes, que alguien ha respondido.

—¿Qué ha hecho? —dice con voz grave, sin levantarla, pero cargada de un peso que me aplasta.

No respondo. Porque no hay respuesta que sirva.

Jian no pide permiso. Me arranca el móvil de las manos, lo mira y lee. Sus ojos se mueven línea por línea. Una. Otra. Otra más.

Cuando termina, el silencio vuelve más cargado. Una pausa que huele a juicio. Levanta la vista y entonces lo veo. No solo rabia o incredulidad, también decepción.

—¿Quería intercambiar su vida por la de ella? —dice, más como afirmación que pregunta—. ¿Tenía algo en mente? ¿O simplemente era un sacrificio real?

Yo no digo nada. Se pasa una mano por la cara. Suspira y entonces, sin apartar los ojos de los míos, escupe lo que llevaba tiempo guardando:

—Su problema nunca fue la falta de talento. Es brillante. Eso lo sabemos todos. —Su voz ya no suena fría, suena harta—. Su problema es que necesita ganar cada caso como si su vida dependiera de ello. Como si cada victoria fuera una prueba de que merece seguir aquí.

Trago saliva. El nudo en la garganta no me deja hacer otra cosa.

—Yo pensaba que era peligrosa porque creía que podía salvar a todo el mundo. Pero no. Me equivocaba. —Se acerca un poco más—.

El verdadero peligro es que está dispuesta a destruirse para demostrarlo.

Cierro los ojos. No quiero que me vea así ni que tenga razón.

—La responsabilidad no es sacrificarlo todo, Valkiria —añade, más bajo—. Es hacer lo mejor que se pueda con lo que se tiene. Incluso si eso significa fallar. Incluso si no alcanza. Ese es el verdadero peso de esta profesión. Ese es el verdadero valor de un detective.

Las palabras de Jian se me clavan como un espejo roto. Cada astilla refleja algo que evitaba mirar. Algo que siempre supe, pero nunca me atreví a decir.

No era altruismo lo mío ni coraje. Era miedo. Una forma disfrazada de rendición.

Ofrecerme era fácil porque dolía menos que quedarme. Porque si moría con propósito, al menos no tendría que enfrentar la posibilidad de haber vivido en vano.

Me digo que es por Yun, pero no la conozco más allá de una comida en la que ni siquiera me cayó bien. Y aun así, he estado dispuesta a desaparecer por ella. Como si eso equilibrara la balanza. Como si la vida fuera una ecuación y mi muerte resolviera la última incógnita.

Pero ni siquiera eso me ha concedido. Ni siquiera eso.

Le he entregado el control de mi vida a un asesino. Y me lo ha devuelto con desprecio. Y eso… eso es lo que más duele. No la humillación ni la derrota, la certeza de que he estado dispuesta a dejar de decidir, de existir. Como si ya no fuera dueña de nada, ni siquiera de mí.

Respiro. Lento y hondo. Empiezo a entender. La responsabilidad no es salvar a todo el mundo, tener razón siempre o evitar cada tragedia. La responsabilidad es asumir que solo puedo controlar mis acciones. No el resultado. Hacer lo que esté en mis manos y vivir con lo que venga después.

Eso debe bastar.

Porque si no, me voy a pasar la vida culpándome por un fracaso que no me pertenece. Y por primera vez en horas, algo cambia.

Levanto la cabeza y vuelvo al presente. Jian sigue de pie, con el móvil desechable en la mano. Yo en el suelo. Pero mi mirada ya no

está perdida.

El juego no ha terminado.

Vuelvo a pensar en esas palabras malditas del mensaje. «Si realmente crees que habéis ganado el juego, es que nunca entendiste a qué estabais jugando».

Nunca fueron los juegos. No eran las pistas, ni los acertijos, ni los móviles escondidos.

Era lo que estaba en la casa. Lo que busca de Yun. Y la forma en que habló. Como si ya lo hubiese conseguido. Como si su victoria fuera un hecho consumado.

Una idea me sacude el estómago. Saco mi móvil y marco el número de los mensajes, el teléfono desde el que el asesino nos habla.

Jian me mira raro.

—¿Qué hace?

Llevo mi atención al pinganillo que sigue en mi oído. Escucho. Al otro lado, los agentes siguen en la casa de los padres de Mei. Esperan órdenes. Nada ha cambiado.

—¿Qué está haciendo? —repite Jian.

Lo miro.

—Escucha el pinganillo.

—¿Escuchar qué?

Y entonces lo digo.

—Está allí. Ahora mismo. El asesino está dentro de la casa.

—¿Qué está diciendo?

—Nunca tuvo oportunidad de entrar antes. No sin ser visto. No sin levantar alarmas. Pero ahora… ahora sí.

Lo digo justo cuando en el canal del pinganillo, en medio del silencio, se cuela un sonido. Breve. Cortante.

Un tono de llamada. Un eco débil, pero suficiente.

Jian me mira. Yo ya no estoy temblando.

—Está dentro —susurro—. El asesino está ahí.

34

—Maldita sea —dice el inspector.

No hace falta que diga más, ya no hay espacio para negarlo. El asesino está ahí, dentro, con ellos.

—Escúcheme —le digo, rápido, sin dejar que el pánico lo nuble—. Tiene que hacer que el subinspector gane tiempo. Dígale que rebusquen bien, que vuelvan a revisar cada habitación y que hagan parecer que buscan a alguien escondido.

—¿Y si pregunta por qué?

—No le diga la verdad. No diga nada. Que parezca que es una orden por protocolo para asegurarse de que la casa esté limpia.

Jian asiente, aunque aún tiene el gesto petrificado.

—Necesitamos que parezca que estamos desesperados. Eso le dará margen al asesino para seguir creyendo que va un paso por delante.

El inspector transmite la orden por el pinganillo. Mei y sus padres se han levantado y nos observan con interés, con un hilo de esperanza en sus miradas al ver la seguridad en mis palabras.

—¿Ahora qué? —dice Jian, todavía susurrando.

—Mande un equipo de paisanos al edificio y que se mantengan fuera, sin levantar sospechas. Si lo atrapamos dentro, nunca nos dirá dónde tiene a Yun.

Jian duda apenas un segundo más, luego se lleva el walkie al pecho. Emite órdenes rápidas. Las repite dos veces, sin dejar margen a que nadie pregunte nada.

Mientras tanto, nos dirigimos al siguiente teleférico. Una cabina vacía se detiene frente a nosotros con su zumbido amortiguado. No decimos nada a la familia. No hay tiempo, ni palabras que sirvan. Ellos siguen ahí, quietos, como figuras atrapadas en una fotografía vieja. Sin embargo, la mirada que le dedico a Mei es suficiente para que sepa que todavía no está todo perdido.

Subimos y las puertas se cierran. Solo cuando estamos en el aire, rodeados de niebla y silencio artificial, Jian vuelve a hablar.

—¿Cómo es posible? —dice sin mirarme—. ¿Cómo puede estar el

asesino en la casa? Está llena de agentes y dijeron que la registraron entera. Dos veces.

—Porque no está escondido. Está ahí… entre ellos.

Jian gira la cabeza lentamente hacia mí.

—¿Está diciendo que es policía?

—Estoy diciendo que lleva un uniforme. Lo ha hecho antes. Entró en la comisaría y colocó micrófonos. Si pudo hacer eso, pudo robar una placa y un uniforme. Lo que necesite para parecer uno más.

Jian maldice entre dientes.

—Se mezcló con el equipo cuando entraron. No tenía por qué infiltrarse antes. Esperó a que le abriéramos la puerta.

—Exacto —asiento—. Supo que no íbamos a caer tan fácil, seguramente dedujo que ya conocíamos la existencia de los micrófonos y no se fio de lo que dijimos. Así que planeó algo más simple. Dejar que creyéramos que teníamos el control, que la vigilancia era nuestra. Y se metió justo donde lo esperábamos… pero sin ser quien pensábamos.

Lo veo apretar los puños. La cabina se desliza sobre el vacío y, en la lejanía, en el centro de la ciudad, en una casa llena de hombres armados, alguien cree que ya ha ganado el juego.

La voz del subinspector irrumpe por el pinganillo con un deje de frustración mal contenida.

—No sirve de nada. Hemos registrado la casa de arriba abajo cuatro veces. Es imposible que una persona adulta esté escondida. Por más que lo intentemos, el asesino no va a aparecer aquí dentro.

Jian no responde. No aún.

El móvil vibra en su bolsillo. Lo saca. En la pantalla aparece una ventana emergente: transmisión activa. Es el equipo de paisanos.

—Ya están en posición —me dice sin mirarme.

La imagen tiembla levemente, enfocando la fachada del edificio. Es la cámara de uno de los agentes encubiertos, con el origen en el asiento del copiloto de un coche.

Jian se lleva la mano al pinganillo.

—Subinspector —dice Jian con voz firme, sin alterar el tono—. Salgan de la casa. Ya hemos perdido contra él, no hay nada más que hacer ahí dentro.

El canal del pinganillo se llena de un silencio denso. Nadie responde al instante. Se oye apenas el ruido de pasos, algún chasquido de radio, respiraciones contenidas. La orden no encaja. No para quienes llevan días detrás de un asesino que creían ya capturado, para acabar encontrándose con un agujero en la red.

—Entendido… —dice al fin Ren.

En la pantalla del móvil, el equipo de paisanos ya está listo. Lo vemos todo, pero no controlamos nada. El teleférico se sigue moviendo con calma, ajeno a lo que ocurre en su interior.

Los primeros agentes comienzan a salir. Lo hacen con el ritmo ensayado de quienes obedecen sin comprender. Llevan la cara completamente tapada y cubierta por un casco. Algunos miran a su alrededor, como si esperaran una corrección de último minuto. Otros simplemente bajan la cabeza.

Y no son pocos. Cuento nueve. Diez. Doce.

—¿Cuántos había dentro? —pregunto.

—Catorce —responde Jian sin dudar.

Uno. Dos más. Y entonces un último añadido. El decimoquinto agente. El último en salir lo hace con el casco mal ajustado y el uniforme ligeramente arrugado. Camina más despacio. No se agrupa con los demás.

—Es ese —susurro.

La cámara lo sigue a una distancia prudente. El hombre anda detrás del pelotón y entonces… se mete en un callejón.

—¿Qué es esa calle? —pregunta Jian a los paisanos por el walkie.

—Es una calle de servicio, no tiene salida.

El inspector asiente, inseguro.

Mientras que el equipo de asalto vuelve a la furgoneta en la que llegaron treinta minutos antes, nosotros mantenemos la mirada fija en la boca del callejón.

Al rato, un hombre sale. Tiene la misma altura y complexión que el que entró, pero ya no lleva uniforme. Camina con ropa normal, chaqueta oscura, pantalones vaqueros y casco de moto en la mano. Entonces se sube en un scooter aparcado, el medio de transporte más usado en la ciudad.

Jian acerca el móvil y los agentes de paisano hacen zoom en la

retransmisión. El rostro del hombre se perfila en la imagen y yo lo reconozco al instante.

—Es él. ¡Lo conozco! —digo, incrédula.

—¿Quién?

—El conserje. Me despertó una de las mañanas, trabaja en vuestra comisaría. Por eso pudo poner los micrófonos y vestirse como uno de ellos sin que nadie sospechara.

Jian se queda pálido, hasta que la confusión se transforma en comprensión e ira. No dice nada, no hace falta.

El scooter se pone en marcha con una suavidad casi ofensiva. Gira a la derecha, sin apuro, como si nada en él delatara que acaba de salir de una escena del crimen. Los únicos que lo siguen son los dos agentes encubiertos, a bordo de un coche sin distintivos, dos vehículos detrás. Nada más. Nadie más. El margen de error es mínimo.

La transmisión llega en tiempo real al móvil de Jian. Una imagen de salpicadero con luz tenue. Delante, el scooter, manteniendo su paso tranquilo. Y aun así, cada giro que da, semáforo que atraviesa o frenada suave, se siente como una amenaza. Porque ese hombre, ese conserje casi invisible, es el núcleo de todo. El monstruo que habita bajo la piel de la ciudad.

—Distancia estable —dice la agente desde el coche—. No ha cambiado de ritmo. No muestra indicios de alerta.

—Seguid así —dice Jian, sin levantar la voz—. Sin prisas ni presión.

Desde nuestra cabina, el teleférico desciende. Un trayecto lento, sin sobresaltos, que parece irónico frente a la tensión que llevamos en el pecho. Cuando las puertas se abren, corremos sin hablar, con pasos duros y controlados. Llegamos al coche, Jian arranca y las calles de Taipéi nos engullen. Todo avanza con una lentitud frenética.

En la pantalla del móvil, el scooter sigue avanzando. El tráfico no es denso, pero sí impredecible. Un autobús lo oculta durante unos segundos, luego, reaparece. La cámara lo recorta entre retrovisores.

—Está seguro —murmuro—. Demasiado seguro.

Jian asiente.

—Está convencido de que ya hemos perdido. Cree que esto es solo

el epílogo.

—Y por eso se está permitiendo este margen —añado—. El lujo de no correr, de moverse como si no tuviera nada que esconder.

—Esto puede jugar a nuestro favor —dice Jian, pero su tono suena hueco, como si no se atreviera a creerlo del todo.

En la pantalla, el scooter reduce la velocidad y se detiene junto a la acera, justo frente a un hospital de fachada rosa, cubierta de pequeños azulejos que reflejan la luz como escamas apagadas. La entrada está enmarcada por una marquesina de líneas angulosas. El conjunto cuenta con ese aire funcional y deshumanizado que tienen demasiadas instituciones públicas en Asia. Al fondo, la silueta del Taipéi 101 asoma como una deidad adormilada, indiferente a lo que ocurre a sus pies. Nosotros estamos apenas a unos cientos de metros de ese mismo lugar.

El hombre baja del scooter y se quita el casco con una lentitud estudiada. Lo cuelga en el manillar y mira a su alrededor. No parece buscar amenazas, solo está ubicándose.

Luego se aleja caminando, sin volver la vista atrás. La cámara del coche lo sigue, hasta que se detiene en seco, detrás de un coche aparcado.

Ni Jian ni yo decimos nada. Ambos lo sabemos: no va a entrar al hospital. Ese edificio se yergue a la falda de Elephant Mountain, un monte lleno de caminos donde perderse entre los árboles. Un lugar céntrico, a la vez que aislado, en el que esconderse.

Justo cuando el hombre se introduce en uno de los caminos de la arboleda, nosotros llegamos. La calle es angosta, sin salida, bordeada por muros descuidados y farolas apagadas desde hace tiempo. La imagen en la pantalla se vuelve tridimensional ante nuestros ojos. Aparcamos detrás del coche de seguimiento.

Al bajar, los dos agentes de paisano ya están fuera. No hablan ni se mueven más de lo necesario. Uno de ellos hace un gesto mínimo con la cabeza y nos incorporamos a su ritmo.

Avanzamos por tierra compacta, con crujido de ramas secas. El aire huele a humedad estancada.

El objetivo sigue caminando a unos cien metros, sin mirar atrás. Se mete por un camino lateral, envuelto de árboles torcidos y maleza.

Es un sendero urbano abandonado, uno que se disuelve con cada paso. Primero tierra, luego grava, luego barro. Nos cubren los sonidos difusos de la ciudad a lo lejos. Aquí no hay bocinas ni gente, solo nosotros y él.

El terreno se estrecha, la vegetación lo engulle todo y, al fondo, por fin, lo vemos.

Una cabaña pequeña y desvencijada, con el tejado torcido como si hubiese perdido la voluntad de sostenerse. El huerto a un costado está podrido, cubierto de malas hierbas, cercado por una verja vencida por el óxido. Todo huele a metal viejo, a tierra empapada y a abandono. Pero hay algo más.

La sensación de que algo se pudre dentro.

Nos detenemos a pocos metros. El hombre ha desaparecido tras la puerta. No se escucha el menor ruido. Pero tenemos la certeza de que está dentro y con él, posiblemente, Yun.

Uno de los agentes da un paso, lento y medido. Da dos golpes secos en la puerta.

Silencio.

Y entonces, una voz desde el interior. Fría, exacta, sin tono.

—Un paso más y le pego un tiro en la cabeza a Yun.

35

El silencio que sigue a la amenaza del asesino es tan denso como el aire húmedo que nos rodea. Nadie se mueve ni respira.

Jian gira apenas el rostro. Su mandíbula tensa y los ojos clavados en la puerta, como si pudiera desarmarla con la mirada.

—¿Estás diciendo que sigue viva? —pregunta, sin levantar la voz.

Yo siento cómo una chispa de esperanza me recorre la columna. Está viva. Yun está viva.

—Quiero una prueba —digo, alzando la voz por primera vez—. Si está viva, demuéstralo.

Pasan dos segundos. Tres. Y entonces, la voz ahogada de una mujer rompe el aire. Es un grito ahogado, desgarrado. Yun. Sin duda. No es capaz de emitir una palabra entendible, solo llora.

Jian se endereza.

—Xiang Yu —dice por fin, soltando el nombre como un golpe seco.

Me giro a él, extrañada. Acaba de leer ese nombre en el móvil. Me acerco y veo un mensaje de un agente de la comisaría. Ese hombre realmente trabajaba como servicio de limpieza en la policía. Llevaba tres años entre pasillos y escritorios, invisible, como todos los fantasmas administrativos que mantienen el sistema en pie.

—Escúchame —continúa Jian, con tono firme—. Estás rodeado por tres agentes armados. El equipo de asalto con el que tú mismo te has camuflado está a dos minutos de aquí. No tienes escapatoria, pero tampoco tiene que morir nadie más. Si matas a Yun, perderás la única opción que te queda de evitar la pena de muerte.

Su voz es controlada, pero firme. Xiang no responde.

—El juego ya terminó —añade Jian—. Y has perdido.

Nada. El silencio se extiende entre la arboleda, impropio en un lugar tan próximo a una metrópolis de casi tres millones de habitantes.

Entonces doy un paso al frente.

—Voy a entrar —digo.

Jian se vuelve hacia mí, con una mirada que no sé si es de incredulidad o rabia.

—Es conmigo con quien has estado jugando —añado—. No con la policía. Voy a entrar, Xiang. Sola.

—Está bien. Pero si vas armada o entra alguien más, Yun muere.

Asiento y doy pasos lentos hasta la cabaña. Al empujar la puerta, esta se queja con el lamento de un animal herido.

El interior huele peor de lo que parecía desde fuera. Un hedor ácido, mezcla de humedad, orina reseca y metal oxidado. La penumbra es espesa, como si la oscuridad llevara días fermentando aquí dentro.

Hay una única habitación, con el suelo de madera podrida y las paredes cubiertas por un papel pintado que se deshace al mínimo roce. Un colchón mugriento en una esquina, una silla rota y un lavabo oxidado sin agua. Nada más.

Excepto ellos.

Yun está sentada en el suelo, atada con bridas de plástico. Las muñecas amoratadas, la cara manchada de suciedad y una brecha seca en la frente. La ropa empapada —no sé si de sudor, lágrimas o algo peor— y el pelo enredado le cubre el rostro en mechones, como si cada día en esa cabaña le hubiera arrebatado un pedazo. Pero está ahí, viva. Su respiración entrecortada me lo confirma.

A un metro de ella, de pie, se encuentra Xiang.

Es más joven de lo que esperaba. Treinta y pocos. Pelo corto y manos firmes con una pistola apuntándome al pecho. Y una mirada astuta, demasiado astuta para su propio bien. A pesar de tener tres armas esperándole fuera y que yo estoy justo frente a él, no hay miedo en su rostro. Solo cálculo. Como si estuviera seguro de ser el más listo en la sala.

Esa suele ser mi mirada.

—No me lo explico —dice, como si retomara una conversación que hemos dejado a medias—. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

Su voz no tiembla, pero yo sé leer entre líneas. Al principio me desconcierta que le interese más saber cómo lo hemos descubierto que preocuparse por salir de aquí. Luego me doy cuenta, una vez más, que nos parecemos más de lo que me gustaría asumir. Él también está condenado por una curiosidad incansable, casi perjudicial.

—¿Acaso era mentira? —añade, volviéndose hacia Yun—. ¿Llegar a ofrecerte como sacrificio no era más que un señuelo para que pensara que estabais desesperados?

—No. —Mi voz sale firme, más de lo que esperaba—. La desesperación era real.

Él parpadea, confuso.

—¿Cómo?

—Ganaste, Xiang. Nos derrotaste. Nos dejaste hechos polvo. El juego era tuyo.

Iba a decir más. A explicarle qué cambió en mí después de ofrecerle mi vida, pero entonces veo cómo baja ligeramente la cabeza. Susurra algo. Un momento de lucidez.

—La llamada —murmura—. Esa llamada, cuando estaba en casa de los padres de Yun… Fue ahí, ¿verdad?

Asiento.

—Desde el principio supe que los juegos eran una distracción. Todos tus acertijos, tus móviles ocultos, los tiempos límite, tu mensaje aleccionador… solo eran un decorado para algo mucho más personal. Tú no querías dar una lección. Querías otra cosa. Y sabías que la clave estaba en esa casa.

Yun, de repente, grita con el rostro encendido:

—¡Un maldito billete de lotería!

Xiang reacciona como si le hubieran abofeteado. Se gira, le cruza la cara con el dorso de la mano y le tapa la boca.

Doy un paso al frente, instintivo.

—No vuelvas a hacer eso —digo.

Él me mira con la misma calma de antes, pero hay un temblor mínimo en su mano. Lo ha perdido. El control, la lógica y su propia narrativa.

—Un billete de lotería… —murmuro, como si las palabras hubiesen estado esperando justo debajo de la superficie—. Las tres víctimas… Tú, ellos… os conocisteis por casualidad, ¿verdad? ¿Fue en Yangmingshan?

Xiang no responde enseguida. Su mirada se clava en la mía, tensa. Hay un destello distinto, no de amenaza, sino de reconocimiento. Pero también de contención.

—Qué importa eso ahora —dice al fin, con voz rasposa, ladeando apenas la cabeza—. Saber lo que ocurrió no va a revivir a Shu-Fen y Kuan-Lin, ni tampoco va a salvar a Yun.

Termina la frase con la mirada clavada en la hermana de Mei.

—Es cierto, no cambiará lo que ya ha ocurrido. Sin embargo, sé que estás deseando contármelo.

Xiang frunce el ceño. Va a responder inmediatamente, luego se queda pensativo un par de segundos, receloso de que sea una posible trampa.

—¿De qué hablas?

—Aunque me duela admitirlo, tú y yo tenemos ciertos parecidos innegables. Uno es la curiosidad, por eso lo primero que has preguntado al verme es cómo te hemos encontrado. El otro es la necesidad de ser reconocido por los demás. Xiang, no nos vale con ser más inteligentes que el resto, lo tenemos que demostrar.

El hombre que tengo delante de mí, que permanecía serio hasta entonces, me dedica una risa irónica, casi amarga.

—Era mi cumpleaños. Treinta y uno. Cuando mi padre vivía, siempre íbamos a Yangmingshan ese día. Decía que la montaña limpiaba la cabeza… que cada paso te oxigenaba. Una tontería, supongo. Pero era nuestra. Y cuando murió, seguir yendo dejó de ser una costumbre. Se volvió una necesidad.

Se queda quieto. Mira al suelo, como si allí hubiera algo que solo él puede ver.

—Ese día cayó una tormenta de las que no dan tiempo a pensar. En segundos estaba empapado, con las zapatillas llenas de barro. Corrí hasta un alero de madera, medio escondido entre los árboles. Estaba solo, tiritando. Por primera vez en años, pensé que quizás ese día ya no significaba nada.

Inspira hondo. Yo no lo interrumpo.

—Y entonces llegaron ellos. Primero la chica. Luego el alto, el artista. Y después la última. Cada uno por su cuenta, huyendo del aguacero como yo. Lo único que teníamos en común era la necesidad de refugiarnos de la lluvia.

»Hablamos durante más de una hora, el tiempo que duró la tormenta. Del parque, del clima, de lo mal que estaba todo. De

cómo florecían los cerezos en primavera. Tonterías. Pequeñas cosas que solo se dicen a los desconocidos. Pero, durante esa hora, no fui un fracaso ni un error. Por una maldita vez, sentí que pertenecía a algo.

Traga saliva. Su voz sigue firme, pero la grieta es evidente.

—Al parar de llover, uno de ellos sugirió ir a comer. Un local escondido entre los senderos. Pedimos varios platos y pagamos entre todos. Cuando dejaron el ticket sobre la mesa, Shu-Fen dijo: «Si toca algo, repetimos». Todos reímos. Yo también. No por el dinero, porque quería volver a verlos, porque por primera vez tenía una excusa.

—Y salió premiado —murmuro.

Asiente.

—El premio más grande. Diez millones.

Recuerdo la conversión en euros: trescientos mil.

—Pero no recordabas quién tenía el billete. —Xiang niega con la cabeza—. Así que tuviste que empezar con alguien, y elegiste a Shu-Fen.

—Era la más joven, pensé que eso me ayudaría a convencerla. Cuando le hablé del ticket y vio mis ojos, no tardó en entender qué ocurría y ella misma miró si había salido premiado. Me ofreció compartir el premio… conmigo, como si me estuviese haciendo un favor. A mí, que no tenía nada, que no era nadie. La escuchaba hablar y solo veía condescendencia. Ella, la estudiante brillante, el modelo perfecto del sistema. Como los otros dos. El artista reconocido y la arquitecta premiada. Todos encajando.

Xiang desvía la vista, los dedos crispados sobre las rodillas.

—Yo también era uno de ellos. O más bien, lo fui. El alumno ejemplar, el orgullo del colegio, el que siempre tenía respuestas, el que nunca fallaba. Me creí la promesa que nos hicieron. Creí que si lo hacía todo bien, si seguía las reglas, si no me desviaba, todo saldría como debía. Un futuro garantizado y una vida plena.

Hace una pausa. Algo en su expresión cambia. Más que tristeza, es desgaste.

—Y entonces, un día antes del examen de acceso al instituto, el día más importante en la vida de un estudiante taiwanés, mi padre

cruzó una calle. Solo eso. Cruzó. Y un coche sin frenos… —No termina la frase, pero el silencio lo dice todo—. Esa noche no dormí. Estuve en la UCI, vi cómo se apagaba y agarré la mano de mi madre cuando nos dieron las noticias. Me quedé de pie, como un estúpido, porque no quería sentarme. Como si mantenerme de pie fuera la última forma de conservar algo de control.

Se le escapa una exhalación breve. El peso de los años comprimido en un solo instante.

—Y a la mañana siguiente, fallaste el examen —digo, sin poder evitarlo.

Él suelta una risa hueca. No es una risa, en realidad, es el sonido de algo que se rompe.

—Fallé todo. No solo el examen. Fallé la vida. En el sistema, un error te borra. No hay segundas oportunidades. Si no entras en un buen instituto, estás fuera. Un mal día y se acabó el juego. Yo lo tuve. Y ya nunca pude volver a entrar. Ni en el sistema, ni en sus reglas, ni en su promesa.

Se lleva una mano al rostro y se lo cubre como si hablara desde detrás de una máscara invisible.

—Podría haberlo intentado de nuevo. Repetir curso. Esperar al año siguiente. Pero cuando fracasas en un sistema que no perdona, no se rompe solo el futuro, también se rompe algo por dentro. Algo que no se arregla. Empiezas a creer que el problema eres tú, que el fallo está en tu forma de ser. Y te lo tragas, lo rumias cada noche. Hasta que empieza a doler más que la pobreza, las deudas o el hambre.

Lo dice sin melodrama ni buscando compasión.

—Años después, estando ya en la treintena, tenía más deudas que ropa, una adicción al juego que era lo único que me hacía sentir que todavía podía ganar algo y una habitación alquilada donde los cables del techo se caían cada vez que llovía. Nadie se preguntaba qué pasó con el alumno brillante. Porque nadie se acuerda de los que no encajan. Somos desechos.

En el exterior se escucha cada vez más ruido. Seguramente el número de agentes se ha multiplicado por diez.

—Y tú culpaste al sistema.

Xiang me mira diferente por primera vez. No con superioridad ni

suspicacia. Sino como alguien que está, finalmente, siendo escuchado.

—Yo no lo destruí. Ellos me destruyeron primero. Yo solo devolví la lógica que me enseñaron: si no vales, si fracasas, si no eres útil, te descartamos. Solo que esta vez… fui yo quien eligió a quién descartar. No es el billete —susurra—. Nunca lo fue.

Sus palabras quedan flotando en el aire como ceniza. Y por un momento, lo veo con claridad. No como el monstruo que ha secuestrado a una inocente y matado a otras dos personas ni el psicópata que ha jugado con nuestras vidas durante días. Sino como lo que realmente es: un hombre que se quebró. Que quiso devolver al mundo la misma violencia silenciosa que lo expulsó sin mirar atrás.

No buscaba justicia. Ni siquiera venganza. Lo que buscaba era sentido. Un eco, una confirmación de que su dolor no había sido invisible. Porque cuando el sistema te arranca el futuro por un tropiezo y nadie se detiene a ayudarte a que te levantes, solo queda una certeza: que para que el mundo te vea, tienes que hacerlo arder.

Y Xiang lo hizo. Con lógica y precisión. Con la misma frialdad con la que alguna vez corrigió a sus profesores. Pero ahora está aquí, frente a mí, y por primera vez en todo este juego… se le nota cansado. Como si por fin entendiera que, incluso eligiendo a quién descartar, sigue siendo solo eso: un hombre descartado.

Respiro hondo. Todavía siento el zumbido de la adrenalina en los oídos, pero mi voz sale firme.

—Según tú, ese billete es tu forma de recuperar lo que siempre debiste tener. De rehacer la línea que el sistema te obligó a borrar. Diez millones de dólares taiwaneses. Trescientos mil euros. Tu «merecido».

Xiang asiente. No hay orgullo en su gesto, solo cansancio.

—Exacto. Lo vi como justicia, una forma de reescribir mi vida. Pensé… si el sistema me falló, si me quitó todo por un accidente y una mala noche, entonces… esto me lo debe. Ese premio no es suerte. Es mío.

Camina unos pasos dentro de la cabaña. Su figura, antes erguida,

ahora se curva levemente. El peso del plan, de las muertes, del dolor acumulado… finalmente cae sobre él.

—Shu-Fen fue la primera. No fue intencionado. Fue un impulso, una discusión. Cuando la escuché decir que podíamos compartir el premio… como si me estuviera haciendo un favor… algo dentro de mí se rompió. O más bien, se soltó. Esa frase fue como una cerilla encendida sobre años de rabia acumulada. La misma que contuve cuando un jefe me gritó delante de todos por llegar dos minutos tarde tras un turno de catorce horas sin pausa. La misma que reprimí mientras lavaba inodoros ajenos con guantes rotos y las rodillas encharcadas. La misma que anestesiaba cada noche apostando lo poco que tenía en un sótano mal ventilado, rodeado de otros como yo, esperando que la suerte nos diera lo que el mundo nos negó. Nunca me quejé. Nunca levanté la voz. Hasta que lo hice. Y fue con ella, transformando esa ira en violencia. Me lancé a su cuello como un perro famélico. Antes de darme cuenta, la había ahogado con mis propias manos.

Se queda quieto unos segundos, observando la mano libre, como si se hubiese transportado veinte días atrás, al instante en el que comenzó toda esta locura.

—Cuando murió, entendí que ya no había marcha atrás. Así que construí todo esto. —Abre los brazos y señala la cabaña, la oscuridad, a Yun—. La narrativa del asesino moralista, los juegos, las pistas. Era solo una estructura… para sostener la culpa. Para disfrazar lo que realmente estaba haciendo.

—Buscar un billete —digo.

Yun se revuelve, tirada en el suelo, como si los minutos de nuestra conversación hubiesen oxidado la tubería a la que está enganchada y por fin pudiese escapar. Xiang ni siquiera la mira.

—Esperaba que lo tuviera Kuan-Lin. Su forma de hablar aquel día… lo que dijo sobre guardar recuerdos. Parecía de los que se aferran a los detalles. Pero no. Así que también tuvo que morir.

Se vuelve hacia Yun. La observa como si midiera lo que está a punto de decir.

—Por eso tenías prisa con Shu-Fen y Kuan-Lin, no querías que el resto comprobara el billete de lotería y entendiera qué ocurría. En

cambio, con Yun ya no había urgencia. Sí o sí, ella debía tenerlo.

Xiang asiente con lentitud.

—Ella fue distinta desde el principio. No me miró con lástima, ni como un pobre tipo desesperado. Cuando la secuestré, parecía confusa. No había visto las noticias y desconocía quiénes eran las víctimas anteriores. Cuando lo supo, no mostró terror, sino repugnancia hacia mí. Me miró como a un desecho social, como a alguien que no debería existir. Me costó que me dijera dónde tenía el billete, y cuando lo hizo, me mintió. Me dijo que estaba en su casa. Me aferré a eso como un último salvavidas. Pero cuando entré a la casa de sus padres…

Yo trago saliva. Ya sé lo que va a hacer antes de que lo haga.

Xiang mete la mano en el bolsillo de su pantalón y saca un trozo de papel. Es un mero recibo de una comida. Un papel endeble manchado de tinta. Un papel con valor de trescientos mil euros.

—Ya está —digo, con suavidad—. Ya lo tienes. El billete, el premio, todo lo que construiste para llegar hasta él. ¿Y ahora qué?

Xiang baja los hombros, como si ya estuviese cansado de todo, como si actuase más por inercia que por iniciativa. No responde, solo respira.

—Si ahora me matas a mí… o matas a Yun, solo estarás sumando una muerte más a tu lista. Otro cadáver que el sistema ignorará. Porque eso es lo que hace, se traga la tragedia y la convierte en estadística.

Doy un paso.

—Tú estabas en contra del sistema. Te entiendo más de lo que crees. Yo tampoco encajé nunca, siempre fui la rara, la que hacía preguntas incorrectas. La que se saltaba los pasos y prefería ver desde fuera. Yo, en cambio, aprendí a usarlo cuando me convenía. A moverme por los márgenes y a existir sin pretender cambiarlo. No porque no lo merezca, sino porque sabía que, si intentaba luchar contra él… acabaría como tú.

Sus labios tiemblan apenas un segundo. Un estremecimiento que no consigue disimular.

—Yo no he sido mejor que tú —digo—. Solo elegí una forma distinta de sobrevivir.

Xiang baja la cabeza. Por un instante, parece desmoronarse. El sudor le cae por la sien, lento, y se lo limpia con el dorso de la mano, como si aún le importara parecer digno.

Luego vuelve a alzar la mirada. Y ya no hay dolor, solo el reflejo afilado de una idea oscura.

—Tal vez no pueda canjear el billete —dice, con una sonrisa torcida —. Quizás mi vida de mierda esté a punto de acabarse, con una celda o una inyección letal esperándome. De ser así, al menos puedo llevarte conmigo.

Mis ojos no parpadean. Su voz ya no me hace daño.

—Eres buena, Valkiria. Pero no saliste ilesa de Bansko. Desde entonces, no has vuelto a dormir bien. Esa culpa te carcome, esa soledad, esa maldita necesidad de salvarlos a todos. Esta era tu oportunidad de redención… ¿y qué pasa si no lo logras?

La pistola, antes apuntando al suelo, se eleva de nuevo. Esta vez, directa a la cabeza de Yun. Ella se retuerce sobre el suelo, como puede. Las muñecas atadas crujen contra el plástico de las bridas. Gime tras la mordaza con un sonido agudo, desesperado. Sus ojos, desbordados de rabia y miedo, se clavan en Xiang como si pudieran atravesarlo.

—Puedes resolver el caso —continúa Xiang, con tono casi amable —. Como en Bansko. Sin embargo, la última víctima… todavía no está a salvo. Este juego yo ya no lo voy a ganar, y aun así, todavía puedo asegurarme de que el final sea memorable. Puedo asegurarme de que mi contrincante tampoco venza, que se quede todo en tablas. Un empate siempre es mejor que una derrota.

Yun forcejea con los ojos abiertos de par en par, atada, muda. La desesperación es brutal.

Yo no me muevo.

—Tienes razón —digo—. Si la matas, me destrozarás. Porque Yun es la hermana de una amiga muy cercana. Porque es una persona inocente que no hizo nada malo. Porque su único error fue compartir una comida contigo en la montaña y sonreírte sin saber lo que desencadenaría esa tormenta.

»También sé que he hecho todo lo posible por evitar que lleguemos hasta aquí. Cada segundo desde que puse un pie en este

país, he luchado para que esto no ocurriera. He puesto mi cuerpo, mi mente y todo lo que me queda para traerla de vuelta viva.

Respiro hondo, reuniendo la fuerza necesaria para decir lo que tengo en la cabeza.

—Y si a pesar de eso, no consigo salvar su vida, entonces será algo con lo que tendré que vivir el resto de mis días. Como vivo con lo de Bansko. Como vivo con cada uno que no pude salvar.

Yun pone los ojos en blanco. Su protesta se pierde contra la mordaza. Está horrorizada de que haya dicho eso con tanta calma. Como si me hubiese rendido. Y no es así. Nunca lo he hecho.

—Pero ten clara una cosa. Si aprietas ese gatillo, no estarías atacando al sistema, estarías arrebatando una vida inocente. Te convertirías en la persona que conducía el coche que mató a tu padre. Mei Chen, su hermana, será quien apriete la mano de su madre en la morgue esta tarde.

»Tu trabajo hasta ahora tiene cierto valor. Has hecho ver a mucha gente los fallos que existen en la forma de funcionar de esta sociedad, a pesar de los métodos que has usado. Pero como dijo ayer el inspector en la rueda de prensa, si aprietas ese gatillo te convertirás en uno más del sistema, en alguien que descarta a otros, en el propio fallo que tú pretendes enmendar.

Xiang me mira. Y entonces, la tensión se rompe.

El arma cae con un golpe seco. Y con ella, Xiang. Primero de rodillas. Luego desplomado, como si el suelo fuera lo único capaz de sostenerlo. No dice nada. No lucha. Solo se rinde. Porque por fin lo ha entendido: este juego nunca tuvo un premio que ganar. Nunca tuvo una oportunidad real de derrotar al sistema.

36

Doy un paso y la madera cruje bajo mis botas. Aparto el arma de Xiang con la puntera y la deslizo lejos, hasta que queda fuera de su alcance.

—Está hecho —digo, apenas alzando la voz—. Entrad.

La puerta se abre de inmediato. Jian es el primero en cruzar el umbral, seguido por una manada de agentes armados. Lo hacen en silencio, como si temieran romper algo más de lo que ya está roto. La tensión aún flota en el aire, aunque el peligro se haya disuelto.

Xiang no se resiste. No levanta la cabeza. No dice una palabra.

Le colocan las esposas con movimientos automáticos. Él no pone oposición. Se deja hacer como si la rendición fuese la última decisión que le quedaba.

Lo ponen en pie para sacarlo de la cabaña y, al pasar junto a mí, gira apenas el rostro. Me mira. Y entonces sus labios se mueven. Una frase. Apenas un susurro, cargado de algo que no sé nombrar. No lo entiendo, no todavía, pero sé que no lo olvidaré. Después, sigue caminando.

Yo lo observo marcharse, a paso lento, flanqueado por dos hombres armados. Su figura encogida parece más pequeña con cada paso, como si al despojarla del peso del odio también le hubieran arrancado cuerpo.

Me vuelvo hacia Yun. Un agente ya está a su lado, le ha quitado la mordaza y le ha cortado las bridas. Le pone una manta térmica sobre los hombros. Está pálida, con los labios agrietados y los ojos vidriosos. Pero está viva.

Apoya el rostro contra la tela plateada, sin emitir sonido. Ni llora ni grita, solo respira. Como si el simple acto de seguir viva le costara un esfuerzo inmenso.

Otro agente le ofrece agua y ella la acepta con manos temblorosas.

La cabaña se llena de movimiento. El equipo de asalto que registró la casa de los padres de Yun está ahí. Las linternas barren la estancia. Empiezan a recoger pruebas: las bridas, el colchón, los

restos de comida, los papeles tirados, el arma. Todo será archivado, etiquetado y convertido en evidencia. Pero nada de eso explicará lo que pasó aquí dentro. Y mientras ellos trabajan, yo solo puedo quedarme quieta. Mirando a Yun, a Xiang, a las sombras de esta cabaña que ya no ocultan nada.

Después de unos minutos, salimos por fin al exterior. Xiang camina delante, custodiado por dos agentes. No forcejea, ni habla, ni desvía la mirada. Su figura se recorta contra la penumbra como un fragmento fuera de lugar. Yun va a mi lado. Se apoya en mí, los pasos cortos, inseguros. Pesa poco, muy poco, como si se hubiera ido vaciando lentamente en esos días de encierro.

El inspector cierra la marcha. El sendero, que antes parecía una trampa, ahora se siente como un túnel abierto. La vegetación, los árboles, todo parece haber bajado el volumen. No hay más juego, solo el camino de vuelta.

Al llegar al final del bosque, los faros de un coche iluminan la curva. Reconozco la silueta antes de que frene del todo. Mei. Se baja sin esperar a que el vehículo se detenga y corre hacia nosotros. Su grito rompe la noche.

—¡Yun!

Yun levanta la cabeza justo a tiempo para recibirla en los brazos. Las dos se funden en un abrazo. Mei llora, tiembla, aprieta como si quisiera asegurarse de que su hermana es real. Y Yun… Yun finalmente se quiebra. Llora. Llora como no lo hizo en la cabaña y se derrumba sobre su hermana.

Los padres llegan segundos después. El padre se arrodilla y la madre la envuelve. Nadie dice una palabra.

Yo doy un paso atrás. No quiero invadir. Jian se me acerca en silencio. Tiene la expresión seria, como siempre.

—Durante todo este caso —dice, sin rodeos— pensé que su forma de trabajar era una amenaza. Que su obsesión era una bomba de relojería. Que acabaría arrastrándonos a todos con tal de encontrar la verdad.

Me giro hacia él.

—Pero ahora lo entiendo. Entiendo que hay cosas que no se resuelven dentro de los márgenes. Que hay momentos en los que

alguien tiene que estar dispuesto a cruzar ciertas líneas. —Hace una pausa—. Usted es esa persona. Y aunque me asusta… también sé que sin usted, Yun estaría muerta.

Nos miramos un segundo largo y por primera vez en mucho tiempo, me permito aceptar algo sin sospecha ni resistencia.

Entonces, algo cambia en el aire.

No lo oigo. Lo siento. Una vibración mínima, un cambio de ritmo en la escena que hasta ahora parecía bajo control.

Xiang y los dos agentes que lo escoltan han seguido andando hacia los coches patrulla, a unos metros de nosotros. Los árboles ya no lo enmarcan, está bajo el cielo abierto. Y justo ahí, en ese umbral entre el encierro y el sistema, algo se activa.

Xiang, esposado, se revuelve.

Me giro bruscamente. Lo entiendo antes de que ocurra. Lo veo todo en cámara lenta. Ya me lo dijo antes, al pasar junto a mí, dentro de la cabaña: «Hasta las piezas rotas pueden elegir cómo terminan el juego».

Ahora lo entiendo, pero ya es demasiado tarde.

Con un movimiento seco, desesperado, Xiang se zafa de uno de los policías. Lo hace sin fuerza bruta, con un giro preciso del hombro y una torsión rápida del torso que deja al agente un segundo detrás de la acción. Un segundo que basta.

Los grilletes le limitan, pero no lo detienen. Da un paso largo, desequilibrado, directo hacia el otro agente. No va a por él, va a por el arma que cuelga de su cadera.

Yo grito.

—¡No lo hagáis!

Pero el tiempo ya no responde a nadie. Todo ocurre como en un bucle distorsionado: los brazos de Xiang que se estiran, los dedos que casi tocan la empuñadura, el destello en los ojos del policía, la tensión en los músculos.

Y entonces, los disparos del otro agente. El primero le da en el pecho. El segundo, en el abdomen. Los dos suenan secos, contundentes, sin dramatismo.

Xiang se detiene a mitad de paso. La energía se le va como un hilo cortado y se desploma hacia un costado, primero de rodillas. Luego

el torso cae y las piernas se doblan como un muñeco mal sostenido.

Queda en posición fetal con la cara vuelta hacia el bosque. Los grilletes aún brillan bajo la luz azul del cielo.

Todo se detiene. Un halo de vapor asciende desde su pecho herido. La sangre empieza a manar, lenta y oscura, dibujando una sombra irregular bajo su cuerpo. Pero no es eso lo que me inmoviliza. Es su rostro. Su expresión.

Paz.

Una paz que no debería estar ahí. No tras dos disparos o esa derrota. Pero está. Como si acabara de alcanzar algo que nosotros jamás entendimos. Como si en ese gesto final, Xiang hubiera ganado su última partida. Como si, por fin, hubiese logrado decidir una sola cosa en toda esta historia: el final. Su final.

Yo no me muevo. Observo su cuerpo inerte, el eco de los disparos aún suspendido en el aire. Y lo entiendo.

Xiang sabía que nunca saldría vivo de esta historia. Que no habría redención, ni juicio, ni celda que pudiera reparar lo que rompió. Pero aún le quedaba eso. La forma en la que caería. Su final elegido.

Esa era su jugada final.

Yo podía ser más rápida que nadie. Podía ver las piezas antes que los demás, combinarlas mejor, anticiparme a todos los movimientos. Pero el tablero no es todo. No puedo controlar lo que escapa a la lógica ni evitar que alguien elija su final.

Porque las personas no son piezas.

Porque incluso las piezas rotas… pueden elegir cómo acaban el juego.

37

La brisa es cálida, pero no pesa. Por primera vez en días, el aire no huele a urgencia. Mei y yo estamos sentadas en un banco de madera que ha perdido parte del barniz. Entre nosotras, un tablero de ajedrez portátil que apenas se mantiene estable sobre nuestras rodillas. Ella mira la disposición de las piezas, analizando si realmente tengo mate en dos.

—No puedo creer que al final me hayas ganado —dice, con cierto fastidio en su voz.

—Podemos echar otra, si necesitas esa victoria para sentir que has recuperado el control de tu vida…

Mei me lanza una mirada fingidamente ofendida.

—A veces me olvido de lo insoportable que puedes ser.

—Lo sé. Por eso me tienes en tu lista de contactos favoritos.

Me río. Ella también.

—¿Te acuerdas de aquel sitio en Singapur donde siempre pedías té helado con tres dedos de leche condensada? —dice Mei mientras recoge su caballo y lo devuelve a la caja.

—¿Cómo olvidarlo? Si cada vez que lo pedía, el camarero me miraba como si estuviera cometiendo un crimen dietético.

—Lo era.

—Tú pedías lo mismo. Solo que luego fingías que te lo habían dado mal.

Mei tiene esa sonrisa que se asoma cuando los recuerdos hacen un poco de cosquillas.

—¿Te imaginas volver? —dice de pronto.

—A Singapur, no. A ese tiempo, quizás. Aunque ya no seríamos las mismas.

—Eso es lo que me asusta un poco —admite—. Volver a los lugares donde fui feliz. Tener que descubrir que no encajo en ellos. O peor, que sigo encajando, pero que ya no me hacen feliz.

—No creo que se trate de encajar. Solo de saber cuándo moverte y cuándo quedarte quieta.

Mei guarda silencio un momento. Luego cierra el estuche del

ajedrez con un clic.

—Tú sigues pensando en todo como una partida.

—Y tú sigues creyendo que eso es algo malo.

La miro, ella no aparta la vista. Ya no es la Mei que me llamó ahogada de miedo, ni yo soy la que contestó con la adrenalina mordiéndome la espalda. Hay algo nuevo entre nosotras, o quizás más claro. Como si el humo al fin se hubiera disipado.

Y entonces, sin que ninguna lo diga, levantamos la vista al árbol frente a nosotras. Ese almez taiwanés, alto y silencioso. La placa sigue allí con sus tres nombres, tres alumnas del Taipéi Premier Girls' High School. Las que nadie supo sostener a tiempo. Las ramas se alzan con obstinación, negadas a rendirse.

Nos ponemos en pie y nos acercamos a su sombra.

El sol se está poniendo y la luz se filtra entre las hojas, dorada, casi líquida. Cae sobre la hierba y sobre nuestras piernas, las formas que deja se disuelven con cada minuto. La ciudad murmura a lo lejos, como si también estuviera bajando la voz.

Mei no me mira cuando habla.

—¿Vas a convertir este caso en un libro?

Sonrío.

—Tiene todos los ingredientes. Jac ya me está suplicando que le deje. Pero no lo haré si tú no quieres.

Ella niega con la cabeza, despacio.

—No me importa. —Hace una pausa—. Aunque el mensaje fuera una distracción, no mentía del todo. El sistema te obliga a encajar. Si no lo haces, te lima hasta que dejas de ser tú. O te rompe. Así que… no me parece mal que se escriba. Al menos, alguien debería recordarlo.

Asiento y no digo nada más, no hace falta.

Jac se alegrará cuando se lo cuente. Le había dicho que aún no estaba segura de querer convertir este caso en su segundo libro, pero eso no le impidió ponerse a documentarse con la investigación. También me pidió disculpas por su falta de sensibilidad al querer involucrarse, aunque, siendo honesta, la disculpa debería haber venido de mi parte. Sabía que no lo movía el morbo. Ya no. Lo suyo era más bien un intento de ayudar.

Permanecemos en silencio un rato más. El sol sigue bajando, empujando la luz hacia los bordes del cielo. Y en esa calma suspendida, mi mente vuelve, inevitablemente, a los últimos días.

La resolución ya está escrita. Xiang está muerto, Yun viva y el caso cerrado.

Los informes institucionales ya circulan. Las ruedas de prensa están programadas, las versiones oficiales han sido cuidadosamente editadas para encajar en el marco aceptable. El asesino era un sociópata y un manipulador. Usó un discurso moralista para distraer a la Policía de su verdadero móvil: un billete de lotería. Era un resentimiento larvado con una vida arruinada por decisiones propias.

Eso es lo que dirán. Lo que ya están diciendo.

La Policía y el Gobierno no quieren grietas. No pueden permitirse que alguien —nadie— cuestione el sistema más allá de los márgenes controlables. Así que han apagado el ruido, lo han traducido a términos digeribles. Lo han convertido en un caso más.

Pero fuera de ese marco, la verdad es más difícil de clasificar.

Xiang mintió, sí. Manipuló, jugó con nosotros. Pero entre sus mentiras se escondían verdades, y hay verdades que duelen más cuando vienen de la persona equivocada.

Porque lo que dijo… no era del todo falso.

El sistema te obliga a encajar. Si no lo haces, te lima o te rompe. Y aunque su mensaje estuviera contaminado por su ego y su rabia, la pregunta queda suspendida en el aire: ¿Y si parte de lo que decía era verdad? ¿Y si el sistema sí tritura a quienes no encajan? ¿Y si hay más Xiang?

Silenciosos. Ignorados. Esperando.

Mei me devuelve a la realidad. Se pone en pie con un suspiro leve, como si algo en su interior marcara el final del momento.

—Me tengo que ir —dice—. No quiero llegar tarde a la cena con Yun. Mis padres ya han ido a recogerla del hospital esta tarde.

La veo sacudirse suavemente los pantalones y recogerse el pelo detrás de la oreja.

—¿Cuándo sale tu vuelo mañana?

—A primera hora —respondo.

Asiente, pero se queda quieta un segundo más. Me mira de reojo,

como si dudara.

—¿Y ya tienes otro caso?

Sonrío.

—Claro. Otro caso. Otro avión. Otra ciudad.

—¿Ni un día de descanso?

—Ya descansaré cuando me muera.

Mei resopla una risa por la nariz, pero en sus ojos hay algo más que humor. Hay ternura. Y una pizca de tristeza.

—Eres una adicta, Valkiria.

—No soy yo. Es el mundo. No para nunca.

—Tú tampoco —dice.

Nos quedamos en silencio.

Y entonces nos abrazamos.

—Cuídate, ¿vale?

—Tú también. Y cuida a Yun, que coma y que duerma.

—Haré lo que pueda. Tú… sigue haciendo lo tuyo. Aunque sea raro y a veces dé miedo.

—Es lo único que sé hacer —digo, bajando la voz.

Y con eso, se despide.

Camina hacia el sendero sin mirar atrás. Desaparece entre los árboles, envuelta por la luz tibia del atardecer.

Yo me quedo un momento más.

Me llega un mensaje al móvil. Al ver que es de Max, lo vuelvo a guardar sin abrirlo. Desde que recuperamos la relación, se está tomando demasiadas libertades. Ya ha empezado a insistirme en que vea a nuestro padre. Para mi sorpresa, la respuesta que tengo en mente no es un no rotundo, sino algo más tibio: un «todavía no». Sé que no puedo huir de él para siempre, pero quizá sí un poco más.

Observo el horizonte. Las últimas franjas de sol se disuelven sobre el cielo, el viento apenas se mueve. Todo está en pausa. Todo está, por fin, en silencio.

Luego me sacudo la hierba de la ropa con un gesto automático, sin prisa. Sin necesidad de correr hacia ninguna parte.

Esta es mi vida ahora.

No todos los casos tienen justicia. Pero todos merecen memoria.

Jac dice que esto importa. Mucho

Yo no suelo pedir favores. Pero Jac insiste en que, si esta historia te ha tocado de algún modo —si te hizo pensar, dudar o te mantuvo en vela—, entonces deberías dejar una review.

Dice que es la única forma de que esta historia no se pierda entre algoritmos y portadas sin alma.

Así que aquí estoy, haciendo algo que no se me da bien: pedirte algo.

Un minuto de tu tiempo. Escanea el QR o entra en: kiannoren.com/review-valkiria-kross-2

Dejar una review es rápido. No duele. Y puede marcar la diferencia.

¿Vienes conmigo al siguiente caso?

El trabajo de una detective internacional de lujo nunca termina.

Todavía no sé cuál será mi próxima investigación… pero si Jac decide escribir un libro sobre ella, puedes apostar a que será intensa.

¿Quieres ser de los primeros en descubrirla? Resérvala ya escaneando el QR o entrando en: kiannoren.com/valkiria-kross-3

Nos vemos dentro.